

ATENEEO

ORGANO DEL ATENEEO DE EL SALVADOR

✦ Ubi Scientia, Ibi Patria ✦

Directores: Doctor Lisandro Villalobos. — Juan Felipe Toruño.

Redacta: Juan Felipe Toruño.

Tercera Epoca. No. 152

San Salvador, El Salvador, Diciembre de 1941

AÑO XXX

Nuestra Literatura en el Año de 1878

El "Ateneo de El Salvador", tiene cerca de treinta años de realizar esfuerzos en favor de la cultura del pueblo Salvadoreño. Estos esfuerzos bien o mal organizados, han tenido siempre un sentido generoso: el de contribuir a la obra magnífica del progreso colectivo desde el punto de vista del sentimiento y de la idea; progreso que, indudablemente, tiende a mejorar el vivir de las sociedades, suavizando sus costumbres, vinculando sus intereses al impulso de principios de cooperación y de fraternidad, y lo que es más grandioso aún, elaborando ideales en el espíritu público con inspiración en las doctrinas de histórica cultura, que derivan de la fuente suprema de la Libertad en las nobles manifestaciones del pensamiento, de la creencia y de la acción. Ser libre para pensar, para creer y para actuar, han sido en todos los tiempos los tres grandes sustentáculos de la mejor y más honesta convivencia social.

El "Ateneo de El Salvador", ha soñado engrandecer la Patria por medio del perfeccionamiento de las Artes, de las Letras y de las Ciencias en nuestro país.

Y a tendencia tan patriótica por lo desinteresada y noble, responden sus empeños por hacer llegar a la mayoría de nuestros connacionales las expresiones del pensamiento literario, artístico y científico palpitantes en el mundo, con el anhelo inmediato de despertar en la conciencia del país cariño y devoción por las obras regeneradoras del espíritu.

En El Salvador la labor artística o científica, no ha sido nunca ni tesonera ni constante, a veces por falta de ambiente, de estímulo o de ayuda tan necesaria para la acción fecunda del Arte y de la Ciencia. El cultivo de la Literatura ha sido, pues, entre nosotros, intermitente y de escaso rendimiento, principalmente, porque la producción literaria ha carecido de valor económico aceptable, manteniéndose como mero esparcimiento espiritual sin trascendencia ni eficacia en la satisfacción de las necesidades humanas.

Nadie cree, en nuestra tierra, que la Literatura tomada en su genuina significación de "Arte bello que emplea como instrumento la palabra" y que "comprende no solamente las producciones poéticas, sino también todas aquellas

obras en que caben elementos estéticos, como las oratorias, históricas y didácticas", sea industria capaz de dar bienestar personal o independencia económica, o que sus productos pudieran tener, al menos, poder de cambio en los mercados alimenticios.

De aquí ha resultado, que las Letras, sean faena de obstinados o de ilusos, y en el mayor número de veces instrumento de corrupción en manos de la más baja mendicidad, como lo es el servilismo hambriento y facineroso, que comercia con la adulación y la mentira.

Y como la energía productora ha sido desinteresada y vocacional, el huerto no ha dado frutos sino muy de tarde en tarde, cuando la savia ha sido incontestable en potencia y virtualidad. Generalmente, han sido las juventudes las que en el ímpetu irresistible de sus energías milagrosas, se han lanzado en ocasiones al erial abandonado, ávidas de abrir surcos para la siembra del Arte que redime y ennoblece; pero es de notarse que han hecho ésto sólo aquellas juventudes que hicieron del estudio una disciplina personal y sanearon su corazón con algún ideal de patriotismo.

Los movimientos literarios que se conocen en "El Salvador" han sido empresas de alguna juventud que fué ferviente en la devoción de la Patria y que tuvo fe en las doctrinas del honor que santifica las acciones humanas. Para comprobar de golpe esta tesis, se puede señalar el hecho de que a medida que el fervor patriótico ha declinado en nuestras juventudes, la Literatura nacional ha ido muriendo, en la misma lenta proporción, abatida por una incapacidad materialista y cobarde.

Sería fácil marcar en un diagrama oportuno, la curva que han seguido las Letras nacionales desde la independencia hasta nuestros días. Y la línea aparecería francamente ascendente en las décadas de inmediata posterioridad a aquella gloriosa efemérides, descendiendo luego, a medida que se aproximan los años contemporáneos.

Las anteriores apreciaciones responden al deseo de referirme ahora de manera particular a uno de esos movimientos intelectuales, a que he aludido y que son honra y prestigio del país. Es aquel movimiento que promovió la juventud de hace sesenta y dos años y a la cual quisiera tributar un homenaje de positiva y sincera admiración, encendiendo en los corazones que palpitan con la sangre de las épocas actuales la llama de las gratas reminiscencias.

La totalidad de aquellos jóvenes de entonces, reposan ya en la eternidad de la tumba, habiendo dejado a su paso por el laberinto de la vida huellas imborrables de luz espiritual que marcan las rufas por donde se extravían y desaparecen la mediocridad y el anonimismo.

El día Martes 10. de Enero de 1878, apareció en esta ciudad de San Salvador el número inaugural de un periódico científico, literario y de variedades, llamado "El Cometa", órgano de la juventud salvadoreña y que se imprimía en la "Imprenta de la Paz", perteneciente a Don Francisco Mirón, cuyos talleres tipográficos estaban instalados en la calle de Concepción de esta capital.

El primer ejemplar de "El Cometa" consta de ocho páginas, y su artículo de presentación fue escrito por el Doctor Don Ramón García González con el nombre de Prospecto, y el cual se destaca en la página de honor de la revista.

De este editorial tomamos los siguientes párrafos: "Por eso nosotros, sin pretensiones de escritores ni menos de literatos, venimos hoy al sagrado palenque de la prensa a fundar una hoja periódica, cuyos fines se encaminan al desarrollo y conocimiento de nuestra literatura nacional.

Por eso nosotros aunque escasos de recursos materiales y muy más en conocimientos que poder enseñar como deseáramos, no trepidamos, sin embargo, en venir a la arena a aprender en continuos ejercicios la santa misión del periodista.

Por eso nosotros, jóvenes aún, pero con las justas aspiraciones de ver en nuestro país el comienzo definitivo de una era próspera para las letras, saludamos con entusiasmo la brillante aurora del 1o. de Enero con la humilde aparición de "EL COMETA".

En la redacción de "EL COMETA" figuraban en primera línea, los licenciados Don Manuel Delgado, Don Francisco Vaguero y Don Macario Araujo, los Doctores Don Rafael Reyes y don Ramón García González y los señores Don Gustavo Guzmán y Don Salvador J. Carazo y contaba con el siguiente grupo de colaboradores: Licenciado Antonio Guevara Valdés, Don Anselmo Valdés, Licenciado Antonio J. Castro, Licenciado Buenaventura Selva, Doctor Carlos Alberto Uclés, Don Cesáreo Salinas, Doctor Darío González, Doctor David J. Guzmán, Don Doroteo J. Guerrero, Don Enrique Guzmán, Don Eduardo Hall, Doctor Fernando Cruz, Doctor Francisco E. Galindo, Don Félix Medina, General Francisco Iraheta, Doctor Ignacio Gómez, Doctor Isaac Ruiz Araujo, Coronel Juan, J. Cañas, Licenciado Jacinto Castellanos, Doctor José María Castro, Don José María de Urioste, Licenciado Juan José Bernal, Doctor Lorenzo Montúfar, Licenciado Luciano Hernández, Doctor Manuel Herrera, Licenciado Manuel M. Vigil, Licenciado Pedro García, Doctor Pablo Buitrago, Doctor Pedro Molina Flores, Doctor Ramón Rosa y Don Teodoro Aguiluz.

Todos estos nombres recuerdan la flor y nata de la intelectualidad centroamericana de hace más de cincuenta años, y al mentarlos hoy, lo hago con orgullo y veneración, en un justo reconocimiento a sus decididos propósitos de sinceridad patriótica, cuando procuraban iluminar las conciencias con los resplandores del Arte y de la verdad científica.

El "Ateneo de El Salvador" al editorializar hoy con este venerable recuerdo para la generación literaria del 78, lo hace sintiendo el anhelo de restaurar en el espíritu de nuestros tiempos el reinado del verdadero patriotismo, que es ni más ni menos, el que hace Arte y Ciencia en beneficio de la Nación. Y quiere el "Ateneo" intensificar estos propósitos, precisamente ahora que esos ejercicios nobles de la actividad humana, parecen naufragar en medio de las tormentas de odios y ambiciones que llenan de espanto y zozobra al Universo entero, amenazando con el exterminio de las obras excelsas del Arte y de la Ciencia, que constituyen el orgullo de toda una civilización.

Lisandro Villalobos.

San Salvador, Octubre de 1941.

Corrientes Culturales Durante el Renacimiento

Escribe: Ricardo Fuentes M.

I

La renovación científica, artística, política y social que se inició a fines del siglo XIV y desarrolló durante los siglos XV y XVI, denominada por los historiadores la época del renacimiento o, como dice Arnold, «El nuevo nacimiento de la cultura antigua», marca en la vía interminable trazada a la humanidad para que marche sobre ella, una elevación en donde el hombre apoya su planta y, como el león que se yergue en la meseta y aspira con el desmereamiento de un despertar las emanaciones que del valle le llegan, aromadas de caza, así el hombre de las postrimerías de la Edad Media, no solamente aspiró sino que vió la cultura antigua a través de la nebulosa de esa edad que Menéndez y Pelayo dió en llamar «la gran batalla entre la luz cristalina y latina y las tinieblas germánicas».

Es un despertar del hombre que, para unos, constituye un reaccionismo y como tal, apareja la expectación de una aurora a la violencia del huracán. Para otros, el Renacimiento es la natural consecuencia del resurgimiento de innumerables fuerzas culturales que habían permanecido latentes durante mucho tiempo; es decir, impulsos conservados; porque como dice un gran pensador: «en el dominio de la Historia rige esa ley conservativa, semejante a la ley física de la conservación de la energía».

Es un despertar, hemos dicho, y no cabe en otro término, puesto que el Renacimiento no es la creación de una filosofía propia; no tiene originalidades ni se distingue por su fecundidad prístina; es, pensamos con Minguijón, solamente un espíritu, un principio: la exaltación del hombre. Razón es ésta, dice el mismo profesor Minguijón, por la que bien podemos reducir a una fórmula breve la significación del Renacimiento como concepción de la vida, diciendo que está constituido por dos principios fundamentales: NATURALISMO E INDIVIDUALISMO.

Esta fórmula talvez por su exacto acoplamiento a las tendencias generales de la época que nos ocupa, o por su sencillez —en fin— se ha generalizado tanto que los historiadores, biógrafos, sociólogos, etc., fincaron su tienda de campaña en ella y, desde ahí, tendieron los hilos de sus tesis que los llevaron a conclusiones como éstas: Dice un historiador cuyo nombre no recuerdo: «el Renacimiento fué la glorificación del hombre». Otro, Janet, proclama: «en política, el Renacimiento es la ciencia de ganar por la fuerza o por la astucia». El teólogo doctor Creighton se expresa en estos términos: «el desarrollo del sentimiento nacional y su reconocimiento en los asuntos humanos se dió la mano con otro reconocimiento más completo: el poder individual».

Siguiendo este orden de ideas en que se ven meridianamente marca-

das las tendencias de una época, armonizamos con la ideología de los que pregonan que el Renacimiento fué un reaccionismo contra la Edad Media. Pero dice el mismo profesor Arnold precitado: «la formación intelectual, moral y estética de la antigüedad clásica atraviesa los tiempos derramándose por numerosos aunque tenues conductos hasta el Renacimiento». Para Hauser, «el humanismo es la confirmación de que el estudio de las letras antiguas hará a la humanidad más civilizada, más noble, más dichosa».

Esta otra fase conceptual del Renacimiento se hermana con la ideología de los que creen que las manifestaciones culturales estaban, más o menos, fuertemente sujetas, quedando libres de trabas —unas tras otras— en rápida sucesión, y actuando en el mismo sentido o en direcciones contrarias a las energías que ya estaban en actividad.

Mas, a través de todos los modos de pensar, a través de las teorías concluyentes expuestas, una sola manifestación irradia como un sol en la policromía de una atardecida: el individualismo, la conciencia de la propia personalidad, la exaltación del hombre.

II

Llegados a esta excluyente concepción de lo que significa y es el Renacimiento, intentemos analizar hasta dónde se benefició la humanidad con ese despertar, con esa contemplación del clasicismo antiguo.

El simbolismo exagerado de la Edad Media, llevado a tal extremo, fue motivo para que se descuida-

ra el estudio de la Naturaleza como fuente de inspiración artística y es, dice un historiador, porque la Edad Media no solicitó la contribución de la Antigüedad, no la erigió en reguladora de su vida moral. No así el Renacimiento que volvió la vista atrás, apoyó el andamiaje de su estructura en los tesoros del clasicismo antiguo y vino la glorificación del hombre. Y es así como surgió ese núcleo denominado «humanista», a cuya cabeza bien podemos colocar al Dante, a Petrarca y a Boccaccio. Todo hacía suponer que el movimiento renovador cumpliría con el mandato que el espíritu de la Edad Antigua le determinaba. Mas no fue como se esperaba. Dos corrientes entraron en pugna y vino el error. Vino el cambio de dirección de los caminos seguidos hasta entonces y los nuevos por seguir. La Edad Media lucha por sostener su simbolismo exagerado, su espiritualidad, su poco apego a la forma; el Renacimiento, pujante y agresivo, no trató ni entendió de una armonía con la cultura medioeval de la que él mismo procedía. Este error y el apegamiento a lo antiguo sin realizar un trasplante juicioso, no separándolo del proceso histórico que lo produjo, puesto que la antigüedad no impuso brusca y violentamente sus doctrinas, sus principios, su constitución, este error, decimos, hizo zozobrar la nave que gallardamente emprendía el viaje hacia el país de la restauración del clasicismo que, dándose la mano con la ideología medioeval hubiera podido felizmente dar un resultado cuyas excelencias colmaran los anhelos humanistas. No obstante este error apuntado, los precursores, los humanistas y los discípulos de éstos,

desnudos de todo fanatismo, propugnaron la riqueza y el colorido sustanciales del movimiento y, en medio de la vorágine de personalismos enconados; confundidos en el caos de una egolatría que tendía a envolver y desvirtuar toda la grandeza de la reforma de una época, perdidos en el fragor de las batallas tanto materiales como del pensamiento, tales como las conquistas, las campañas y batallas de los principados, las imposiciones, la trayectoria luminosamente trágica de Savonarola, de Maquiavelo, de los Médices, etc., las acciones y reacciones de la Iglesia, en fin, dentro de todo aquel despertar, los humanistas bien compenetrados de los fines del reformismo, predijeron, mantuvieron y esperaron convencidos. Tenían, dice Burdach: «la conciencia que del estado primitivo de la humanidad, de esa antigua, eterna e inagotable fuente de la vida, de la cual el hombre se había apartado mucho, debía venir una nueva grandeza, una valoración más elevada de las cosas, una transformación». Y esa se operó: el amor por el estilo, por el bien-decir, por el ensanchamiento lexicográfico muy pronto empezó a palpitar; el amor por la enseñanza también perfiló sus más vivas manifestaciones y, las disciplinas pragmáticas del humanismo en todos sus aspectos, son llevadas de un rumbo a otro por los maestros humanistas, viejos y jóvenes, y como dice el historiador «iban de palacio en palacio, de ciudad en ciudad, como los antiguos sofistas, como los trovadores caballerescos, como los cómicos trashumantes de la antigüedad».

Efecto saludable de esa romería es la rápida sucesión de geniales descubrimientos que han dado a las ge-

neraciones posteriores al período renacentista, comodidad, bienestar, grandeza, ilustración. Y aquí haremos un sucinto relato de los descubrimientos que a nuestro juicio merecen mencionarse: tales, el perfeccionamiento y buen uso de la brújula, la aplicación industrial de la pólvora cuyas nuevas fórmulas abren la perspectiva de la invención y del constante perfeccionamiento industrial. El uso general de las lentes; y, más tarde, la aparición del telescopio y del microscopio, forma página igualmente en los anales de Renacimiento.

Geográficamente, los progresos y conocimientos de la Europa medioeval eran escasos, carentes de método y orden y, sus empresas expedicionarias, limitadas; pues, sólo cuenta con las atrevidas expediciones de los vikingos en los siglos X y XI, hacia el Oriente y hacia el Sur. No así el Renacimiento que, gracias al uso generalizado de la brújula y al arrojamiento de los «pilotos de la Europa» como se les llamó a los marinos portugueses y españoles, pudo cantar en sus páginas «la epopeya de los grandes descubrimientos geográficos semejantes a los que cantaron la *Iliada* y la *Odisea*». La última consecuencia de los grandes descubrimientos dice Apelt: «fué el impulso de los buenos espíritus a huir de la Tierra. Los felices campos del Elíseo así como el jardín del Edén, colocados al principio en las más lejanas costas o sobre el mismo Océano, se alzaron más tarde de la Tierra, como el Dorado de la fantasía de los moros, hacia las nubes y acabaron por volar a las estrellas».

Como el organista que al conjuro de sus dedos hace mover las innumerables teclas del instrumento y se

escapan simultáneamente por la sección tubular armoniosas notas, así el Renacimiento, hace mover los ingenios, despierta las mentes, aviva la audacia, engendra el anhelo de superación individual; y las ciencias en sus distintas ramas reciben el empuje; ora se constatan los adelantos de las Ciencias Naturales; ora la Filosofía enriquece su caudal lingüístico y literario; ora se sorprenden a Cusano, Peurbach y Regiomontano sobre sus papeles en acusiosas investigaciones matemáticas; y no podemos decir menos de la Física, del Álgebra, de la Química, de la Astronomía, etc., que recibieron notables empujes cuyo feliz resultado ha sido la luminosa trayectoria recorrida por dichas Ciencias hasta nuestros días.

Qué más podemos pedir a la generación del Renacimiento, si ella llevó a cabo el descubrimiento de la Naturaleza bajo las normas de antiguos entusiasmos por lo terreno, de la antigua alegría del vivir?

III

Hemos contemplado y analizado brevemente el Renacimiento desde los puntos de vista: científico, artístico y político. Intentemos ahora analizarlo someramente desde el punto de vista sociológico.

Barreras infranqueables parece habían sido levantadas entre «clérigos y legos» en la Edad Media. Más tarde, como una intuitiva transición, obra de los humanistas, la sociedad occidental se dividió en personas cultas e incultas; y esta nueva concepción social ayudada y apoyada por la imprenta va generando un invisible pero potente lazo que une a príncipes, señores, eclesiásticos, ciu-

dadanos, etc., formando así una sociedad de fisonomía peculiar en donde privan las tendencias individualistas en que la persona se ve facultada— y hasta obligada— a hacerse valer por sí misma. Qué abundancia de caracteres surgen de un golpe! Qué originalidad en el pensamiento y en la acción! Qué audacia en todos los sentidos: en la virtud y en la maldad! Así exclama un notable historiador al considerar la faz social del Renacimiento.

No obstante esa multiplicidad de sentires, esa divergencia de caracteres, salta a los ojos del observador un sensible contraste entre las tendencias aisladoras y las asociativas, pues, por un lado el hombre se descubre a sí mismo, surgen los individuos liberados de la influencia de la Iglesia, puesto que, según opiniones autorizadas, eran «dominados hasta en su vida privada y en su pensamiento». Por otro lado, los hombres cultos de todos los países tienden a unirse por iguales intereses literarios y científicos. Mas, la serpiente bíblica de nuevo detenta su poder e influye en el espíritu de la época: el engreimiento emboha a los humanistas; la adulación se enseñorea en aquel ambiente propiciatorio a todas las virtudes como a todos los vicios. La alabanza pública fué desde entonces instrumento poderoso para alcanzar no sólo elogios sino protección y dinero. Pero no sólo lacras sociales generó aquella época.

Del interés por las personalidades; de las alabanzas y elogios; del afán desmedido de hacerse popular, brotó una abundante floración de escritos biográficos que han enriquecido el acervo histórico. Obra del Re-

nacimiento fueron también las primeras clarinadas en favor de la emancipación de la mujer que logra, después de una campaña de más de un siglo, equipararse al hombre y conseguir una educación eminentemente humanista.

En resumen: el Renacimiento cumple con el mandato que la suce-

sión de los tiempos le había determinado: enciende la antorcha y, aunque la llama ora decrezca, ora se agrande, ora se incline a uno u otro lado, debilitada, avivada o animada por la ráfaga de vientos pasionales, la mantiene encendida y elevada por sobre la testa fecunda de las generaciones.

Muerte de Morazán

Antes de ponerse el sol de la tarde del 15 de Septiembre Morazán marchó al patíbulo. Junto a él llevaban al General Villaseñor ya moribundo, con una herida que él mismo se había inferido en el pecho. Morazán iba tranquilo.

Aquella alma grande no podía abatirse por aquel rudo y fatal golpe de la suerte. El pasado le hacía sonreír porque su historia era su justificación más elocuente.

Nunca tuvo una mirada más tranquila y expresiva, un semblante más sereno que en aquellos solemnísimos momentos en que la próxima perspectiva de la muerte hace vacilar al hombre más esforzado. Morazán no vaciló un instante, su alma era la de un héroe. Había obedecido a sus convicciones de patriota y su conciencia nada tenía que reprocharle. La posteridad le haría justicia.

Al llegar al sitio del suplicio se puso de pie al lado de la silla en que sentaron al General Villaseñor y con la mayor amabilidad pasó una mano por la frente de su moribundo

compañero para arreglarle los cabellos que tenía desordenados sobre la cara. La escolta que debía ejecutarlos fué colocada a pocos pasos de las víctimas. Un silencio sepulcral hacía más imponente aquella escena alumbrada apenas por los últimos rayos que el sol enviaba antes de ocultarse. El mismo Morazán arregló las punterías de los soldados, y después de haber dirigido al desgraciado Villaseñor la última mirada llena de ternura como para darle el postrer adiós, Morazán dió la voz de fuego... Así murió el héroe de La Trinidad, de Gualcho, de San Antonio, de San Miguelito, de las Charcas y de otros combates memorables que dieron a su nombre gloria imperecedera... Apóstol de una idea grande y generosa, él ha dejado su nombre como enseña a la generación que le ha sucedido, para levantar la bandera que aún yace olvidada sobre su tumba, y realizar el ideal de la restauración de la República, por cuya causa derramó su sangre.

Rafael Reyes.

(EN LA HORA DE PROYECCION DE CULTURA)

LA PAZ Y LA LIBERTAD

ISAGOGE

A los que han visto en los lotos del Ganges la sonrisa de la Gran Paz; a los que han hallado en la silente melancolía de las ruinas el alma de las cosas idas y el enigma del tiempo; a los magos del pentagrama, del pincel y del cincel y a los sacerdotes de la belleza, intérpretes de la flor, de las aves, del río, el mar, la nube y la montaña; a los pontífices del pensar dialéctico y trascendental, que en sincretismo supremo recogen las mieles flavas del sentimiento, para depositarlos en la columna de la bondad humana, en las basílicas del arte, del ensueño y la civilización; a los que han recibido el mensaje de piedad sin límites que JESUS anunció en la paz inefable del Tiberiades azul; a los hermanos de Euclides y Parménides, estetas que saben la geometría de la dalia y los encantos de la curva en el horizonte y en la cicloide del cuerpo humano; finalmente, «a los que peregrinan en la caravana del ideal hacia la Meca de la belleza», de la verdad y del amor, a ellos diré una parábola de sinceridad, y pongo reverente en sus manos las violetas de mi admiración y la blanca ofrenda de mi humilde afinidad espiritual.

Miguel Román Peña.

Ilustres colegas:

Al tener el alto honor de que me escuchéis en este recinto, van mis

Miembros Correspondientes



Miguel Román Peña (Pbro.)

He aquí un sacerdote que oficia doblemente: en el altar de la Iglesia católica, apostólica y romana y ante el ara del arte que en la universalidad de sus poderes, eleva a los espíritus y los hace introducirse en moradas a donde sólo llegan los escogidos.

Miguel Román Peña es un fervoroso adorador de lo bello; lo cultiva con excelencia gustando armonizar su vida entre estas dos supremas alturas para el alma.

En más de una ocasión ha obtenido triunfos que pusieron sobre sus expresiones halo de distinción y de justicia, porque de justicia es reconocer los merecimientos que tiene este hombre amamantando a las ubres de la teología, incinerador de prejuicios, grandilocuo, fraternal y acogedor de todo aquello en que esté latente la chispa que Dios ha puesto en las manifestaciones de su Existencia.

La pieza que va aquí, fué leída por él en la HORA DE PROYECCION DE

palabras, mariposas frágiles de sencillez cristiana, en viaje hacia vuestros jardines interiores, seguras de hallar en sus flores de amor y de verdad, de arte y de supersentimiento, el néctar purísimo del ideal, de dulzuras más suaves que la miel del panal que confortó a Jonatás.

Sobrevivientes de aquellos que se paseaban a las sombras de los plátanos del Pireo, discutiendo con el divino Platón sobre la inmortalidad del alma, han hecho oír aquí su voz, digna de resonar en los frisos y columnatas del Acrópolis griego.

Hermanos de Carducci, sobrevivientes de la Provenza romántica y caballeresca, trovadores de prestigeadas melenas medievales, han hecho oír aquí también sus cantares, dignos de los torneos galantes en los salones de Luis XV, de los góticos salones de Sevilla, de las góndolas de Venecia y de los muros de Praga y de Ravena.

No pudiendo, como el inspirando vidente florentino, arribar acompañado a los cielos del arte y de la idea, porque Beatriz sólo acompaña al genio, valga esta devoción mía por las excelsitudes del alma y por los hondos sentires del corazón, para permitirme hablaros brevemente de la libertad que, como madre del pacifismo, propende a la fusión de los ideales políticos, religiosos y sociales.

Ante la magnífica visión de la libertad, como ante el milagro de la

luz al formar las mágicas decoraciones del carro triunfal de la aurora, siempre el hombre ha sentido en su espíritu algo así como los florecimientos de un jardín en plenitudes de primavera; diríase el perfume desprendido de un edén celestial, el aroma de los nardos que exornan los capiteles del trono en que descansa su gestación eterna el Gran Libre, el Dios autor de toda autonomía.

La libertad, como Cristo, ha tenido su calvario; y como El se ha levantado de la tumba de los siglos, envuelta en las divinas claridades del pensamiento, pero con las llagas abiertas en la crucifixión sufrida por redimir a los pueblos de la esclavitud y del despotismo.

Encarnada en el seno virginal de la democracia por la fuerza alentadora del derecho, «palpita, al decir de Leopoldo Lugones, como el feto de un astro entre el oleaje de las causas divinas». Y su voz, anunciación poderosa de la idea, es dulce como las sinfonías de la tarde, tiene la grave entonación de las mareas, el golpe potente del ala del cóndor cuando hiende victorioso el azul pálido de los cielos, las fuerzas gigantes del volcán, las sedas de las flores y el gorgojo de las aves. Y va triunfadora, rasgando el velo del porvenir y descifrando el arcano de la esfinge siniestra del convencionalismo, para enseñar a los hombres a ser conscientes de su destino y engendrar los pueblos a la vida de la autonomía y del progreso.

Besa la frente de sus elegidos, y al punto se realiza la incubación misteriosa de los más puros y bellos ideales; y de sus cerebros brota entonces, como cascada de luz, el verbo creador, la palabra en alas invisibles

CULTURA, que el Ateneo de El Salvador tiene a su cargo cada quince días en los estudios de la YSS. Alma Cuscatleca.

Para la Institución es él voluntad activa; estando siempre atento a dar su cooperación, sin salirse del marco en que está colocado como sacerdote de la Iglesia.

bles, el submarino sorprendiendo el antro apocalíptico de los mares y el dirigible cruzando los espacios.

Es en esas cúspides de la perfección humana, donde vemos aparecer, amable y magnífico, el perfil del pacifista bendecido, cuya alma-evangelio hecha fué para forjar pueblos y guiarlos, cual otro Moisés, a la tierra de promisión de la libertad, donde mana abundante la leche del bien y la miel de la civilización.

Ese Enviado Santo, ese Hombre-Dios, hace veinte siglos se llamó Jesús de Galilea y esparció, como flores de amor, su palabra entre los hombres.

En la actualidad, imitándole, son todos aquellos que, sin excepción, llaman a sus semejantes hermanos del alma; aquellos que, teniendo ante sí la roja visión de su senda de amargura y de Gólgota, son encinas y no pinos que pueda derribar el huracán de las pasiones, sin que haya para ellos la apoteosis esplendorosa del Tabor. Todos los rayos fulminarán esas cumbres; todas las olas escupirán esas rocas, porque en la Tebaida de su yo espiritual y solitario, acéchanle los monstruos de la maldad erigida en sistema y recubierta con ropajes de justicia.

Hablan y de sus labios ungidos brotan, como libélulas de oro, palabras del más puro bien y del más acendrado amor a la humanidad: son los apóstoles del altruísmo.

Lanzan el grito de la concordia universal, y ese grito es la clarinada excelsa con que llaman a la rehabilitación de sus fueros a los buenos de corazón, a los hijos de aquellos veinticuatro ancianos de albos ropajes y coronas de oro, que representan el Apocalipsis, la era blanca de la paz

del mundo: son los mártires de la fraternidad y del deber.

A su evocación, que sabe de las iniciaciones de un rito antiguo, parece contestar la misma naturaleza, porque las nubes con la blancura de sus linos y los cielos con su azul immaculado, flamean, en los desiertos y cimas sagradas, en minaretes y pagodas, en los mares y en las cumbres de los picachos andinos, como una bandera de redención, como una enseña de grandeza, como los pliegues profusos del manto de una reina de Siria o de Caldea.

* *
* *

Jesús fué el primer pacifista del mundo.

Calumniarían al Cristo aquellos que quisieran derivar de su doctrina la idea de la guerra. Esa idea no existe, en absoluto, en las páginas del Evangelio.

En la Noche de la Cena, Juan, el discípulo amado, sintiendo en su cerebro el vértigo de las ideas indefinidas, y en su espíritu ese algo misterioso que la vida encierra, recostose en el pecho de Jesús, puro como un lirio y protector como el ala de una paloma en su nido.

Oyó los latidos de aquel corazón y comprendió que era un volcán de afectos, una montaña de amor al hombre.

A partir de este momento, volvióse callado, y ya muy anciano, no cesaba de repetir a los que le interrogaban: amaos los unos a los otros.

Pues bien, señores, aquí tenéis el origen del pacifismo y de la fraternidad ansiada por el hombre supercivilizado.

En el decurso del tiempo no han faltado espíritus depurados que han cultivado esa idea y en cuyas pupilas se ha visto reflejarse la visión santa de la paz en la familia humana.

Es Budha, el sabio solitario de la India remota, aquel que conocía el sendero misterioso que lleva a la Nirvana extática y definitiva, quien encarga a sus discípulos que piensen siempre bien de los hombres y lleven la paz al corazón de los arios y de los bárbaros *dacius*; con la convicción de que, aunque les diesen la muerte, habrían de creer que eran hombres buenos, agradeciéndoles que a costa de tan poco dolor les libraban de una vida llena de miserias.

Es Víctor Hugo, aquel que dijo que la humanidad ha de ser dirigida y no apropiada, y que la poesía sin el amor sería la poesía de los espectros, quien con palabras que recuerdan a Natán ante David, a Ezequiel en el Lago de los Leones, y a Salomón en las tiendas de Cedar, condena la guerra con apóstrofes de acero, de amor y de esperanza.

Es Francisco de Asís, aquel que lloraba y moría de pena al ver que una alondra tiritaba de frío en la enramada, que no desdeñaba inclinarse a recoger un gusano que atraviesa el sendero para ponerlo en sitio seguro; aquel que llamó a las fieras y a los elementos sus hermanos menores, cuyo corazón era un poema perenne a las maravillas del Creador, quien encarna la idea del amor incondicional a la especie humana.

Es Tolstoy, aquel viejo bíblico que, sobre las estepas de Rusia, supo decir parábolas más confortables para las frialdades del espíritu que lo fueron para los cuerpos las pieles de las martas de Siberia, quien abo-

ga por la unificación y simplicidad de vida universal.

Es, finalmente, en la hora actual, el pensamiento máximo que glorifica la mente del católico, el etnógrafo, el filósofo, el educacionista, el historiógrafo y el químico, quienes recogen los oros del amor y quieren fundirlos, para hacer una cadena que ate el corazón de todos los hombres.

¿Utopía? Tal vez, pero esplendente, como diría el discolo poeta matón de Veracruz.

Y en esta circunstancia hay que seguir el consejo del autor de las Flores del Mal, el cual dijo que había que embriagarse de algo en la vida: de amor, de odio, de ilusión o de quimeras.

Yo, pues, quiero embriagarme con este optimismo, con esta bella ilusión de la fusión del alma mundial.

¡Oh, si Francisco de Asís, el más alto intérprete que el espíritu de Cristo tuviera en la Edad Media, bajase hoy a los campos de Europa, en esta hora negra de la Historia, cómo lloraría al ver que, en verdad, el hombre es el lobo que devora al hombre!

Ya se puede comprender que, desde estos puntos de vista, hablar de «guerra civilizada» es decir un contrasentido, una estupenda necedad, porque la guerra jamás podrá ser civilizada, desde luego que es una manifestación de la fiera humana de que nos habla Federico Nietzsche.

La guerra, dígame lo que se quiera, no es más que un asesinato en grande escala. En la actualidad, no se ha hecho otra cosa más que modificar la quijada con que Caín mató a su hermano Abel, en los hornos infernales de Krupp, de Skoda y de Croisset.

Alguien, hablando de política internacional, dijo: que en asuntos de Estado, no debe haber corazón sino cabeza.

La proposición es osada y es mucho decir. La razón es que esa política es la misma que usan los tigres en las selvas y los caimanes en los ríos y los lagos. En ellos el instinto de conservación es todo, el corazón no es nada.

Claro está que, con semejante tesis, no tardaría en venir el derastre del andamiaje fabricado por los políticos en las cancillerías; y como sucede siempre en la diplomacia felina, todo acabaría en aruñazo limpio.

Entra entonces en vigencia aquella definición irónica que se ha dado, diciendo que el Derecho Internacional no es más que la voluntad del más fuerte.

Ahora bien, ¿por qué esa desorientación de los derrotados que la libertad y la igualdad proclaman? Porque se ha falseado el verdadero concepto de ellas y se les ha cercenado en sus más hermosas ramificaciones de la convivencia humana.

Se ha querido fijar fronteras donde ni Dios ni la naturaleza las han puesto.

Si odiosas son las fronteras del pensamiento más lo son las de la conciencia, del arte y del derecho individual y colectivo. ¿Las tiene acaso el ave en el bosque, el pez en los mares, la luz en los espacios, el aire en la rosa de los vientos y el ángel en los cielos?

Cuando Saens Peña, corrigiendo a Monroe, dijo que América era para la humanidad, sus palabras sonaron como un himno de amor. Son ellas, en verdad, la salutación portentosa al ideal magno de la fusión

universal de los diversos intereses de las colectividades de la tierra.

Los continentes, los mares, el espacio, el pensamiento, el arte, la igualdad social, no son patrimonio de raza determinada: son de la humanidad y para la humanidad. Sostener lo contrario es cavar el sepulcro de la paz en el corazón de los hombres; es romper el lazo de concordia que ata los tallos de la ofrenda votiva volcada sobre las gradas del monumento de la fraternidad y de la paz, arca santa que guarda el maná con que se nutren los espíritus libres y fuertes.

* *
* *

En el orden religioso, en Norte América misma, se han constatado los prodigios que la libertad obra en el acercamiento de los pueblos.

Cuando el Cardenal Vannutelli, uno de los más prestigiados representantes de la causa católica, llegó a Estados Unidos para presidir el Congreso Eucarístico de Minnesota, en uno de sus discursos, dijo: «Ya lo sabía, y ahora lo estoy viendo con mis propios ojos. La libertad es el alma vivificadora de todo lo que existe. Aquí, la libertad ha hecho sus prodigios. A su sombra, el catolicismo se ha desarrollado. Dios es fuente eterna de libertad. La libertad es uno de sus dones más sublimes otorgado al hombre. Con la libertad va adelante la Iglesia. A ella le debemos que, en esta maravillosa nación, nuestro credo divino vaya cada día más y más penetrando en las conciencias. Aquí todas las iglesias respiran un ambiente de paz, orden libertad y respeto. La idea religiosa es la piedra angular de tan

sorprendente triunfo de la civilización de esta América que habla inglés, el idioma de la libertad y de la lógica... Protestantes y católicos, creyentes en Dios, siguen por los caminos de la moral evangélica para llegar a la honrada y legal solución de los problemas que afligen a Europa. Me complace toda esta armonía en que aquí giran, como astros en el inmenso cielo, los diferentes credos religiosos, todos en torno del Dios Creador del mundo. El ateísmo aquí es sinónimo de inmoralidad, y la sociedad, como el Estado, es creyente».

Estas palabras del Excmo. Purpurado Romano, son todo un amplio programa de pacifismo, de libertad y desenvolvimiento espirituales.

Y no se crea que los conceptos expresados implican desamor a la Patria. Nada de eso. El amor a la Patria no está reñido con el amor recíproco de todos los hombres que pueblan la tierra.

¡Ah, y cómo no amar la Patria, si su figura, al decir de Emilio Castelar, flota en nuestra mente, hermosa y vaga como una primera ilusión de amor que se pierde en las lejanías del alma! Cómo no amarla, si fueron sus mañanas y atardeceres, la esmeralda de sus montes, las sinuosidades de sus ríos y el raso turquí de sus lagos, lo que primero hirió nuestras pupilas al nacer... si guarda piadosa las cenizas de seres que nos son queridos y con quienes hemos sepultado pedazos de nuestro propio corazón; cómo no amarla si es ella el aire que aspiramos, la fuerza de que disponemos, la vida de nuestra vida!

No puede haber Patria sin libertad. Lloraban amargamente los judíos cautivos la pérdida de ella, y

colgadas sus cítaras de los sauces de Babilonia, juraban morir antes que olvidar las praderas de Canaan y los pórticos de Jerusalén.

La Patria, en la más alta expresión de la palabra, no sólo comprende el pedazo de suelo que nos vio nacer, sino también las aspiraciones de nuestro pueblo y los vuelos de su pensamiento. Un pueblo puede tener Patria sin poseer, como el judío, una parcela de tierra determinada; pero no puede haberla extinguiendo su idiosincracia y su psicología características.

En tal virtud, la dispersión del pueblo judío no fué para él un mal sino el principio de su influencia mundial. La Patria del judío está en sus ideales, en su fe, en su organización y en la pretendida superioridad étnica que ellos creen tener.

Allá donde no se permite la libertad y la paz, no es nuestra Patria; y entonces hay que salir, en emigración espiritual, a buscar el paraje hospitalario de nuestros sueños e ideales.

No hay que olvidar que la patria del Cóndor son las nubes y las cumbres eternamente nevadas, como si con esto quisiera este rey triunfador de los espacios enseñarnos a amar aquellos dos símbolos de la libertad y de la paz bienhechora.

El hombre, que es también rey victorioso de las nubes de la ilusión y de las apacibles y frías cumbres del raciocinio, debe hacer de ellas su Patria espiritual, ya que no es otro el lugar donde pueda ensayar las potencias de su alma, las fuerzas de su inteligencia.

Cuenta Enrique Rodó que «una noche de invierno, en la soledad de los campos, nevaba. Sobre lo alto

de la loma, toda blanca y desnuda, se aparecía una forma, blanca también, como de caminante cubierto de nieve. En derredor de esta forma flotaba una claridad que venía, no de la luz de una linterna, sino del nimbo de una frente. El caminante era JESUS».

«Allá donde se eriza el suelo de ásperas rocas, un bulto negro se agita. Jesús marcha hacia él; él viene, como receloso, a su encuentro. A medida que el resplandor divino lo alumbra, se define la figura de un lobo, en cuyo cuerpo escuálido y en cuyos ojos de siniestro brillo está impresa el ansia del hambre. Avanzan; párase el lobo al borde de una roca, ya a pocos pasos del Señor, que también se detiene y le mira. La actitud dulce, indefensa, reanima el ímpetu del lobo. Tiende éste el descarnado hocico y aviva el fuego de sus ojos famélicos; ya arranca el cuerpo de sobre la roca, ... ya se abalanza a la presa, ... ya es suya, ... cuando El, con una sonrisa que filtra a través de su inefable suavidad la palabra:

—«Soy yo» — le dice.

«Y el lobo que lo oye en el rapidísimo espacio de atravesar el aire para caer sobre él, en el mismo rapidísimo espacio muda maravillosamente de apariencia: se transfigura, se deshace, se precipita a los pies de Jesús en lluvia de blancas y fragantes flores».

Pues bien: esta bella alegoría del pensador uruguayo da una serena orientación al espíritu de los que laboran para llegar a la hora blanca de la historia, para los que esperan el advenimiento definitivo de la paz.

En efecto, hacer que el odio humano, significado en el lobo, se con-

vierta en flores a los pies del amor del hombre al hombre, he ahí la misión del pacifista, del filósofo, del teólogo, del estadista, del poeta, del teósofo y del psicólogo, si es que son buenos y sinceros.

Nietzsche habló verdad cuando dijo, con terrible filosofía, que el hombre es una fiera encerrada en la jaula de la civilización.

Hay, pues, que destruir esa fiera, quemarla, para que de sus cenizas se levante, humilde y piadoso, el fénix divino de la paz del mundo.

Una infame cordillera de huesos humanos ha quedado tan sólo del exclusivismo de tantas filosofías tendenciosas, de tantas componendas raciales, de tantas restricciones hechas a los derechos del hombre.

Bajo el signo de una nueva era para la humanidad, clarea, entre rojizos resplandores y livideces de muerte, la hora de las grandes rectificaciones. Que de las charcas de sangre que cubren los campos de Europa, broten ya azucenas de paz que, agitadas por las brisas de una nueva aurora del espíritu humano, esparzan su aroma por el mundo.

Sobre el pedestal de la Historia, como una interrogación al infinito y a la conciencia de sus conciudadanos, se yergue el mármol que perenniza la memoria de los que en el mundo amaron la paz. Es la condensación tangible de su obra de amor, es la exortación augusta que nos dirigen para que amemos la humanidad cual ellos la amaron, para que nos transfiguremos en el crisol de la libertad, como ellos se transfiguraron, hasta que su espíritu, todo altruismo y grandeza, voló, como mariposa de amor y de luz, a posarse en el ábsi-

de sagrado del templo de los inmortales.

Hagamos votos porque ese día venga.

El cielo es la frente de Dios, y cuando irradian las nebulosas y titilan los luceros, es que Dios piensa y espacia su pensamiento en forma de luz.

El tiempo es la conciencia de Dios, y cuando las naciones prosperan y son libres, es que Dios ama al hombre y difunde su dilección en forma de progreso y de libertad.

Miguel Román Peña.

El Centenario de un Poeta Salvadoreño: Juan José Bernal

En el calendario del espíritu, el recuerdo ha señalado la fecha del 24 de septiembre en que un poeta y fraile cumplía cien años de haber venido al mundo: JUAN JOSE BERNAL.

Este 24 de septiembre de 1941, hizo memoria, a quienes viven pendientes de las cosas del alma, de que un ser de grandes aspiraciones había llegado a la tierra hacía un siglo.

Juan José Bernal fué hombre de impulsos, de pasiones, de tormenta, de insatisfacciones. Nació en la ciudad de Santa Ana en el septiembre de 1841. Quiso vivir absolutamente para el arte, pero no pudo: su temperamento demasiado móvil, inquieto, investigador, lo llevó hasta vestir hábitos porque no encontraba por otra senda lo que él creyó que le podría dar satisfacción, que no consiguió. Fue doctor en cánones, y aquel fuego con que incendió sus estrofas cuando no había llegado al servicio de la iglesia romana, se tornó en llama votiva, oración lírica en demanda de asistencia a sus facultades de hombre. Enton-



Juan José Bernal

ces sus versos persiguieron celestiales moradas, buscaron angélicas fisonomías de vírgenes, coros de santos, ángeles y serafines; su poemática es entonces de oblación y, sin quejas ni quebrantos, la fortaleza y el fervor los mantiene a través de su visión sacerdoticia.

Tenemos necesidad de conocer lo que hay en nuestra plataforma men-

tal de otrora y urge que la obra de Juan José Bernal se dé a conocer ampliamente: resiste ella al análisis y resiste no sólo al análisis, sino que al corrosivo del más exigente investigador y sintetizador de actitudes, de fenómenos y de vida que se concentra en una obra: el tiempo.

No es posible en un apunte como éste, hacer estudio detenido acerca de las características de Bernal, en la que estaban las influencias de Campoamor, de Zorrilla, de Espron-

ceda y de otros españoles poetas, pues que en Bernal nótase directamente la española condición que lo distingue, sin otras irrupciones en su estro.

Repetimos que es obligación de nuestra juventud conocer sus representativos mentales florecientes en ayer tan cercano, siendo uno de éstos el que cumpliera cien años de haber venido a la existencia, el 24 de septiembre pasado: JUAN JOSE BERNAL. — J. F. T.

Las Doloras

(Fragmentos)

Consejos Enfadosos

¿Por tus locas vanidades
Que son, oh niña, no miras,
Más amargas las verdades,
Cuánto, allá en las mocedades,
Son más dulces las mentiras?

Campoamor.

—Guarda, niña, en la memoria
Los consejos de tu abuela,
Que te quiere:
Amor, placeres y gloria,
Cuanto el corazón anhela,
Todo muere.

—¿Conque es posible, abuelita,
Que hasta el sentimiento muera
Del amor?

¿No hay en la tierra maldita
Nada más que pena fiera,
Y dolor?

—Eso que llaman los hombres
Amor, constancia, respeto,
Sin cesar,

No son más que *bellos nombres*
Que han formado con objeto
De engañar.

Pobre de ti si algún día
Llegas incauta a creer
Su existencial
Te burlarán, hija mía,
Y observarán con placer
Tu dolencia.

—¿Con que es mentira el cariño
Que Carlos dice, a toda hora,
Que me tiene?

—Bajo el estudiado aliño
De la cara seductora
Con que viene,
Oculta guarda la hiel
Que derramará en tu seno
Virginal!

—Yo nunca le será infiel,
Aunque apure ese veneno
Por mi mall

—Paloma fiel, que por todo
Has volado en derredor
De tu nido,

Sin ensuciar en el lodo
Tus alas de albo color.
Por descuide;

No escuches el falso arrullo
Del palomo que suspira
Con terneza;

Que es más vano el murmullo
Del arroyo en que se mira
Tu belleza.

Los encantos del amor
Sólo duran un momento,

Bien pequeño;
Y después el sinsabor
Martiriza el pensamiento
Con empeño.

En expiación de los goces
De una ilusión pasajera
Y deleznable,

Sufrirás penas atroces,
Llorando tu vida entera,
Inconsolable.

—Es imposible, señora,
Que sea ese sentimiento
Que me inspira,

Nada más que seductora
Voz que se pierde en el viento...
¡Es mentira!

Si hay algo sobre la tierra
Que deba llamarse santo,
Es el amor;

Voz dulcísima que encierra
Un indefinible encanto
En su dulzor.

Mas si por desgracia es cierto
Que el hombre sólo desea
Engañar,

De ahora, madre, os advierto,
Que, aunque desgracia sea,
Quiero amar!...

Así, tendré el gran consuelo,
Cuando suspire doliente
Algún día,

De refugiarme en el cielo
Que haya creado mi ardiente
Fantasía.

Infeliz de la mujer
Que sin amor envejece...
Solitaria,

Sus días verá correr
Como la flor que embellece,
Funeraria,
La ignorada sepultura
En que reposa de un niño
La ceniza...

—Ay ¡infeliz, sin ventura,
De la que un torpe cariño
Diviniza!

VIII

Vanidad de la Vida

Si al pensamiento ofrezco por asunto
Las glorias de la pobre humanidad,
En duda horrible, con afán pregunto:
¿Es sueño nuestra vida o realidad?
Al comenzar la vida
Está nuestra alma de esperanza henchida,
Y en su inocencia alcanza
Un porvenir de dicha y de bonanza.

Doquiera que volvamos
La vista fascinados, encontramos
Frescas como las flores
Mujeres bellas, prodigando amores.

Y ansiando gloria,
Nos lanzamos en pos de una ilusoria,
Fantástica belleza,
Deseando ajar la flor de su pureza...

Pero al seguir su huella,
Al acercarnos a la blanca estrella
De esplendorosa lumbre,
En humo se convierte y podredumbre.

Y siempre en lontananza
El hombre ciego fugitiva alcanza
Una sombra mentida,
Que toma por la dicha de su vida.

Tan sólo la memoria
Conserva algún recuerdo de la historia
De otros serenos días
En que gozó fugaces alegrías,

Cuando alegres creemos
Alcanzar el fantasma que seguimos,
Al tocarlo no más
Miramos con dolor que queda atrás.

Por eso, cuando veo el infinito
Anhelo de la pobre humanidad,
Con profunda tristeza me repito:
¡Es sueño nuestra vida en realidad!

IX

Contraste

La joven madre junto a la cuna
De su hijo, entona dulces cantares,
Y sin temores y sin pesares
Ríe y su sueño vela importuna.

Con su fortuna
Está orgullosa, se muestra ufana,
Y si derrama lágrimas puras,
Son para su alma temprana,
Suave rocío,

Que centuplican, con sus dulzuras,
Su amor sublime, su afecto pío.
Con negras tocas, pálida y triste
De un ataúd cerca, puesta de hinojos,
Llora la virgen porque no existe
El ser que fuera luz de sus ojos.

¡Caros despojos
Son de una madre! Y el llanto ciega
Los ojos bellos de una hermosura,
Que con sus lágrimas piadosas riega

Cenizas frías;
Mas de ese riego de linfa oscura
Ahoga de su alma las alegrías.

La madre tierna, la hija doliente
Sensibles ambas, en su ternura
Lágrimas vierten, lloro inocente
Que no procede de una alma impura

Mas, Suerte dura!
Mientras el llanto los ojos bellos
De la hija empaña tornando mustia
Su faz divina; suaves destellos
Da a la mirada

De aquella madre, que sin angustia,
Feliz se ostenta, transfigurada,
¿Por qué del llanto tan encontrados,

Querida amiga, son los efectos?
Si lo motivan Santos afectos,
¿Por qué unos somos tan desgraciados
Y afortunados
Los otros gozan cuando se llora?

Es un contraste, que el hombre serio
Medita en vano, bella señora;
Dios solamente
La clave guarda de este misterio.....
La razón débil calla impotente.

X

Las Tres Coronas

Siendo yo niño, mil dulces sueños
Acariciaban mi fantasía,
Y eran tan gratos, tan halagüeños,
Que en mi entusiasmo la sien ceñía
Con la corona de blancas flores
Que simboliza castos amores.

Después vinieron los claros días
En que se siente sed de emociones;
Gocé del mundo las alegrías,
Realizar quise mis ilusiones
Y audaz me dije: si Dios me abona,
Tendré de gloria bella corona

Mas pronto huyeron; los desengaños
Probar me hicieron su hiel amarga,
Y al ver corridos años tras años,
Siento en la frente pesada carga;
Toco anhelante... mi alma ambiciona.....
Y hallo de espinas una corona.

Juan José Bernal.

Apuntes Acerca de la Poesía Negroide

Por Juan Felipe Toruño

No hemos podido llegar hasta el fondo del alarido que brota de la palpitante tragedia racial del negro. No hemos podido darnos cuenta de su lucha reivindicatoria, ni menos entendemos lo que hay a través de esa cordillera llameante en el precipicio verbal de su poesía: ¡Habrá que llamar así a esta gresca de ritmo e

idea rudos y tormentosos, para volver los ojos al cuadro tatuado con sufrimiento, privación y desplace posesional!

La poesía negra es de entraña, no de alma; de sangre, no de espíritu; de realidad mártir, no de ilusión. Y si hay alguna alma en esas vísceras, es la palpitación que grita, que re-

songa, que, aniquilándose, ruge y retumba a través de los instrumentos expresionales —valga el vocablo— en exteriorización de un adentro que no dispone de muchos medios para hacerse sentir.

Ih—nar—Åhsé, de quien nos hablan en nébula historias antiguas, en remonte a derivas casi míticas, empleaba sílabas condicionales para su expresión —si es que debemos atenernos a tratados como «La poesía a través de las Edades» de Fortunat Strawsy—; sílabas regularmente con vocales fuertes, siendo agudas cuando se quería expresar alegría y retumbantes cuando sufrimiento o exasperación. Sea lo que fuere asistimos al dolor de una raza que se extingue y que teniendo de ella algunos de nosotros cierta mescolanza, quizás por la pigmentación morisca en lo español (en lo moro está lo negro en un porcentaje visible de savia, apréciase esto en el Otelu de Shakespeare) y de ahí que lo mulato —níspero de Nicolás Guillén— escape su tristeza retozona para abrumarse de ruido, de alcohol y de fatiga, en la fatiga tramontadora de edades de la raza negra.

Hay que penetrar esa entraña a través de estrofas de quienes han sentido más de cerca la tragedia y el aniquilamiento del negro. No busquemos la poesía de ternezas íntimas, ni la meliflua imagen, ni la figura, ni el pensamiento halagüeño o dulce en esa expresión; busquemos la viscera en donde se retuerce el «trictus» de un lamento que es reproche, protesta y fuerza. Una fuerza áspera, de brutalidad fónica, de tarascada y ansia, de búsqueda de salvación inútil.

«El negro se ajuma y canta —dice Guillén—. El negro canta y se va». ¡Cuánta tristeza en esa actitud!

Se ha dado la expresión en las palabras sin palabras; es decir, en voces y repeticiones con verbalismos representativos de sonidos, movimientos, contorsiones, gritos y desesperación. Desesperación rotunda de un estado psicológico ensamblado en ambiente no propio, palabras sin palabras y sólo fonética como los ruidos en la música sin música de los estropajos del jazz band.

La alusión a todo este movimiento de entrañas, tiene que ser, y estar, conforme con la realidad a fin de que la expresión tenga vida. De ahí que no encontrándose frases para esa reproducción de fatigas, afares y bronquedades sonoras, se ha escogido un nombre para toda esta manifestación de estética —cuasi bárbara si se quiere pero al fin estética— y se la denomina JITANJAFORA, por el mexicano Alfonso Reyes (1) que ha expuesto una serie de pruebas en diferentes idiomas acerca de esos retruécanos, bamboleos y petardos que estallan en letras.

Por qué —pregúntanse algunos observadores y ensayistas— se han escogido frases vulgares y martilleantemente exabruptas para tal manera? La razón es sencilla. El negro baila respingando las posaderas, de por sí respingadas, en su baile típico y moviendo en molinetes las caderas y retorciendo músculos. Entonces se busca la cuestión «nalgar» para describir y dar posiciones y anatomía, tratando de reproducir la fiebre muscular. Y como lo «negro» priva en el jitanjaforismo, lo «negro» se aplica en sustantivo, adjetivo y verbo, conjugándose éste en todos los tiempos.

(1) Leer ¿POESÍA NEGRA. NEGROIDE?, en LOS DESTERRADOS, del autor.

Mas: hay que advertir que Guirao, Palés Matos, Gómez Kemp, Juan Marinello tan culto y tan sensible, Nicolás Guillén, Ballagas y otros más, no sólo tienen en sus mundos emocionales esta modalidad: no. El ambiente es ambiente y agarra. Y, siendo el poeta accesible a toda sensibilidad, tiene, ineludiblemente, que repercutir en él las condiciones de vida en que se mueve, y darlas. Y como aquello es áspero, grosero y tormentoso, esa impresión —para ser veraces— hay que darla en las poemáticas. Habría que ver a Guillén en su «Poema en cuatro angustias y una esperanza», «España» con qué sutileza y con qué universo modo y con qué claridad espiritual asciende en elegías, como la para García Lorca. Y habría que ver al mismo Palés Matos y a Ballagas en otros aspectos de la poesía.

Y no olvidarse que el poeta abarca con su mirada la integración de vida y que teniendo facultades para llegar hasta los abismos más profundos, hasta allí llega a sacar, arrebatándole a esa misma vida, secretos para disponerlos en letras que vayan henchidas de su verdad.

Mal está desde luego que quienes no hayan sentido la llama, no hagan sino frases vacías de cargamento me-

dular, de realidad y verdad. Esto se nota a primera vista al leerse imposturas y, desde luego, sufre la captación del que comprende aquello que está en las ficciones malaventuradas.

Acerca de la poesía negra y mulata se puede escribir mucho; poesía que va extendiéndose fuera de puertos, de tal modo que en Venezuela existe ya quienes escriban con esa palpitación de vísceras abatidas. Rodríguez Cárdenas ha dado un libro, «Tambor», con tal expresión de tuétano mordido. Y no sólo en Venezuela, sino que en diferentes lugares, para reivindicación de lo que va extirpándose en fuerza de tiempo y de evolución, no sólo de especies, sino de pensamiento, fluctuando los puntos entre el Darwin de las catalogaciones biológicas y Spencer el de la evolutiva anímica, poniendo la esencia en función fundamental.

No tenemos, veo yo, por qué menospreciar, porque sí, infundadamente, esta manifestación de existencia que, no pudiendo ser de otro modo, para ser veraz tiene que darse en rezongos y estrépitos en reproducciones de mucho que es de entraña palpitante, de sangre y de realidad.

Juan Felipe Toruño.

(HORA DE PROYECCION DE CULTURA POR RADIO)

La Canción Autóctona

Por María de Baratta

La canción autóctona la escondieron las razas en las selvas bárbaras, entronizándola en el altar de su mitología, bajo el palio del Sol y

protegida por el "tagüipante" florido de su devoción. Cantaba solemne en los Teocallis de Quetzalcoatl, de Túnal y de Metzti, y se sacudía fre-

nética en las plazas cubiertas con lajas y embaldosadas con restos de templos bordados de jeroglíficos, leyendas y símbolos. Atronaba como un huracán en los campos de batalla, zumbaba en los arcos y cantaba en las flechas de obsidiana afilada. Eran las canciones de Sol y obsidiana. Cantaba en el barro de los dioses y vasos sagrados, y habló con voces profundas en el orfeón de los bajo-relieves y en los mitos cincelados en la piedra por artífices indios, en donde aún sigue cantando la polifónica voz de los ancestros.

La canción se hizo emigrante y comenzó a escalar las alturas de la cordillera. La llevaban a cuestras como al hijo mimado, las tribus errantes. Se perdió en las montañas, se enredó en las selvas, se echó a soñar en las pupilas azules de los lagos, fué a jugar a la playa con la espuma de las olas, y cantó con madrigales dulces al río, bajo el amate pensativo y triste.

Creció ingenua y sencilla en los valles y prados, arrullada por el ritmo sonoro de la lluvia en los inviernos. Trinó en el abanico policromo de las aves canoras. Se mecía en las hamacas de plumas preciosas en los bosques vírgenes y ofició en los rituales del Continente soberano y libre. Brilló la canción de Jade y Sol, allá, en los picachos de montañas azules, nimbadas por las nieves eternas, y blasonó los valles, poblados y caceríos, la canción de barro oscuro y profundo.

El asalto español la dibujó con la gracia de aquellas tierras de María Santísima, enlazando en sus pasos el taconeo rítmico del albaicín andaluz, para hacerle olvidar en un ritmo embriagante, los gritos de su carne y los lamentos de su alma.

Pero el barro de la canción autóctona que estaba amasado con dolor y con lágrimas, se denunció a través de los siglos, en la oscura tristeza de sus notas, para gritar con más fuerza los ancestros de la raza. A pesar de la niebla de los siglos, poco a poco se fueron haciendo más fuertes sus contornos, hasta que todo el pasado presentido y evocado resonó al conjuro de la voz de la sangre, como una embrujada campana, para hacer resurgir al faisán dorado de la canción autóctona, que es como flor hechizada que se desprendiera de las alas del tiempo.

Ahora el panorama de la canción autóctona, se ilumina de nuevo con los celajes del ancestro. El nuevo Sol renace. Marchita y aletargada permaneció por muchos siglos la canción autóctona, bajo el tupido manto de la música del Arte extranjero, pero los pueblos indígenas de la raza morena y huraña tejieron silenciosos el huipil luminoso de sus canciones, festoneando las luminarias de su fe con el escorzo de sus danzas y sonos que golpeaban sobre el barro oscuro de su dolor. ¡Dolor de sometidos, dolor sin redención!...

Y así los pueblecitos íntimos, color de nostalgia y de tiempo, los pueblecitos míos y de mis mayores, se arrinconaron a soñar, a sentir en silencio, toda la poesía sentimental de su derrota, ante el magnífico panorama que a pesar de todo seguía siendo suyo, y ante la misteriosa polifonía del cosmos atlante de los Andes de América. Y así siguió el indio cantando después del encadenamiento español, encontrando en la oración del canto el bálsamo que adormeciera sus heridas y hondos

desengaños. Se le oyó entonces modular en el diseño de sus canciones, el lamento tendido de su dolor de esclavo. La canción autóctona pasó el martirio de hierros infamantes, quedó estrangulada en las horcas caudinas del coloniaje, pero renació balbuciente al amparo de ritos católicos, por la cariñosa acogida que le dieron los misioneros redentores, para conquistar sus almas por medio de la oración del canto.

Así, pues, fué mentira que se callaran las gargantas indias y que la sombra luminosa de su grito de barro se apagara con la luz importada por las tres carabelas. Y de aquel conflicto misterioso de razas diferentes, del mestizaje híbrido, de la interpolación impuesta, salió de la carne tatuada, la canción autóctona de una nueva época, más honda, más dulce, con voz martirizada, irredenta, voz amparada en la tristeza de su esclavitud y de sus dioses rotos. Ni la fuerza de los siglos ni el atractivo de los hombres blancos pudieron alterar los rasgos y características de la canción autóctona: es el barro el que sigue cantando en el esquema de las interpolaciones.

Es la sangre morena que nos dió esta tierra la que en nuestras arterias se abre paso apartando a la otra, para después cantar con alegría en que hay lamentos, y con tristeza que se vuelve grito hacia el pasado doloroso, o llamada profética a una reconquista de lo nuestro.

La violencia de nuestro trópico esbozó el modelo variado de su música, que de lánguida y añorante se torna a veces en sacudida y luminosa. La inquietud de los Andes le dió el secreto de la agilidad y los cambios. Y al sople de un embrujo,

amasado con lágrimas, mitad dolor y mitad bravura, forjó el barro musical de la raza cantora, dorada y ardiente por nuestro Sol magnífico.

El indio canta de manera distinta en las cuatro estaciones. Para cada una de ellas tiene una tónica especial.

Canciones lamentosas de Invierno: algo así como si en notas dejara escapar el indio, las lágrimas que sus ojos no derraman. Es la canción en la cual va envuelta el alma atormentada de la raza.

Canciones de Otoño: sopla en ellas esa musical tristeza de los vientos de Octubre y flota en su diseño musical una angustia lunar, angustia voluptuosa que en la raza se acentúa en las noches frescas y misteriosamente alumbradas por la luna.

Canciones que recuerdan los idilios en el cafetal perfumado y jugoso. Canción trasnochante que al lado de la carreta va rayando el camino en peregrinación hacia el beneficio despulpador.

Canción que se echa a soñar, bajo el amate, arrullada por la luna y los suspiros del viento.

Canción del Verano: es la canción de las noches estrelladas, de las mañanas azules y los crepúsculos rosados. Se canta a los Zizimitl haciéndoles las cruces, cuando se levantan en los remolinos de viento, y se les ve alejarse formando pequeñas trombas, en las cuales va el Diablo. En el campo empolvado y sediento canta la tumultuosa melodía de los maquilishuas con los madre-cacaos. Rosada sinfonía en un coro clamoroso de tonos. Gama florida, los ma-

quilitshuas, «Cinco dedos», que revientan en gemas rosadas, para cantar cada uno con su tono especial. «Cinco dedos» que se multiplican, invadiendo completamente el lugar de las hojas, para formar un orfeón en melodía de colores. «Cinco dedos», pentafonía del color que se riza melodiosamente en un cálido entrelazamiento como las voces de un motete. Y el árbol entero, hecho todo un masucho de flores, canta, canta la melodía fresca y tropical. Canta su doliente canción el trapiché inolador, y el indio interpretando la música que flota en el ambiente, la canta en su tónica especial, fresca, sonora, luminosa, como el color de los maquilitshuat, como el azul de las mañanas y con el dejosentimental de las quejas del trapiche. Cuando se anuncia rumoroso el despertar de la naturaleza, el indio canta también a la estrella de la mañana, a su «Nishtamalero».

Viene la Primavera. Entonces la canción del indio es como una oración. Cantos que acompañan a los rituales de la siembra. Se canta al Sol, a la Luna, a Tláloc (dios de la lluvia), y después se rompe el vientre de la Madre Tierra al golpe del arado, al compás de la oración cantada, implorante y oferente. Con las primeras lluvias revientan las primeras espigas, y entonces la canción es augurio de promesa. Viene la cosecha del grano sagrado del maíz, y la canción se torna, alegre, primaveral.

¡Es la canción que recuerda al campo verde y las espigas rubias!

¡Canto de las tapisas y de las atoladas, con alegría de mes de Abril y frescuras de Mayol Es la canción del «pan nuestro».

Las generaciones irán haciendo a la canción autóctona cada vez mejor en cuanto a su estructura técnica, revistiéndola de alardes musicales que las modas imponen, pero en el corazón de la raza, de aquéllos que sabrán conservar respetando la tradición, tendrá a pesar de sus metamorfosis, que gritar en cada nota, repitiendo y perpetuando la gracia original.

Y los músicos de ahora, del mañana, como los de antaño, abriremos de par en par las ventanas del alma, para absorber por ellas los tesoros del paisaje que es en donde está la tónica embrujadora de la música indígena, y volveremos a cargar orgullosos sobre nuestras espaldas, el caxtle sonoro de la canción autóctona, para cantarla como lo hicieron las tribus de América, que escalaron las alturas del Cosmos Andino, que se perdieron en las selvas hurañas, o se hundieron en el corazón de las montañas arcaicas.

Y el alma musical de la raza que estuvo marchita y aletargada por brevajes exóticos, resurgirá de nuevo más fuerte y visionaria. Y en los atriles del ensueño cantará luminosa en las pautas de América, la canción de la raza, en un grito que será carne y nota en el capullo autóctono, que reventará en corola de bella realidad para el Arte Americano.

Busquemos el pasado en el corazón del indio. Es allí, en donde quedó escrito con sangre, el tremendo dolor de un Continente. Es allí, en donde se esconden las ruinas de un glorioso pasado.

Seguiremos las huellas de la raza por las rutas Atlantes, para encontrar en ellas los credos musicales, y para no desviarnos, consultaremos

en el calendario del cielo, y en la poesía de la Naturaleza, el secreto de su sencillez.

Y entonces diremos que la canción autóctona de América, se hizo con los panoramas que se dibujan en las diversas partes del Cosmos Atlante de los Andes, e irá resur-

giendo de la leyenda, protegida por la tradición, sin alterar su gracia morena, ni sus perfiles de barro, el diseño cobrizo, inconfundible, y de una psicofonía fuertemente Americana.

María de Baraffa.

La Vocación

Por José Lino Molina

I

Vocación! He aquí una palabra que se usa sin conciencia de su recto significado. De lo que a diario puede recogerse en la práctica de las carreras profesionales, puede afirmarse que no se la toma en cuenta sino hasta que ya es tarde. Los padres de familia, consultan la inclinación de sus hijos para que éstos elijan estado o profesión? El decir es ese, mas lo que en realidad pasa es que les imponen los de su predilección, ya por modo directo, ya incidentalmente en conversaciones que los interesados escuchan y compenetrándose de las ideas de sus progenitores, obrando, al parecer con su voluntad, obedecen a las sugerencias extrañas de que han sido objeto, creyéndose arrastrados por fuerza irresistible, hasta que algo serio, en la práctica, les revela su equivocación.

Por vocación puede entenderse la cualidad natural que se trae al venir al mundo y que, tarde o temprano, temprano antes que tarde, se realiza con preparación o sin ella, en el

decurso de la vida. El poeta, el orador, el actor, el escultor, el pintor, el músico... en algunos casos, aún desde la más tierna infancia, se inician en su peculiar vocación, dando muestras que asombran del «particular talento» con que han sido privilegiados por la misteriosa naturaleza, y en lo demás, el acierto de los procedimientos declara que los que han de culminar en algún ramo, en un momento dado, se encuentran con la ocasión y el sitio convenientes para poner en juego sus disposiciones especiales.

Ciro el Grande, fundador del imperio persa, mandado a decapitar por su abuelo Astiajes, pocas horas después de nacer, porque los astrólogos habíanle predicho que su nieto lo destronaría, por una feliz casualidad fué salvado por un campesino, en el mismo lugar, donde los encargados de inmolarlo lo abandonaron, sin valor para llevar hasta el fin el criminal atentado. Se crió el niño, ignorante de su regia estirpe pero la altivez de su sangre real se, reveló con un carácter indomable y de mando en sus juegos infantiles y

el vaticinio se confirmó en todas sus partes, porque Ciro estaba predestinado a la inmortalidad de los grandes hombres.

La Historia, esa consejera de los pensadores, está llena de anécdotas semejantes en que acciones portentosas de niños prodigios, anticipan a sus contemporáneos su futuro gran destino. Mozart, copiando furtivamente el canto sagrado del Miserere en el Vaticano; Newton, amaestrando un ratón que hacía moverse una pequeña máquina que el futuro descubridor de la ley de atracción universal había construido, después de haber sido llamado «zote» por su maestro; y otros tantos, comprueban que la vocación como una fuerza incontrastable se anuncia a veces desde que el sujeto comienza el uso libre de sus miembros. No quiere decir ésto que en veces no sea tardía y no se descubra hasta en la edad adulta en algunos tipos. De Napoleón I nada se dice que sepamos, augurara que llegaría a conquistar con su genio superior el mundo, y otro tanto ocurre con Cristóbal Colón. Pero es un hecho incontrovertible que quien ha acertado en la elección de carrera, es diestro en ella, ya sea una especulación científica, ya la práctica de un arte liberal o cuando menos un ejercicio mecánico, que requiere habilidad. Cuando hay mala ejecución, de seguro hay error de vocación, la incapacidad lo está gritando elocuentemente.

Pero, ¿es indispensable la vocación especial para el recto ejercicio de un cometido cualquiera? Entrando ella en el haber capacitario es un auxiliar poderoso que promete un éxito lisonjero; pero de no existir, parece que no es absoluta-

mente indispensable, lo que es una fortuna, pues contando con una laboriosidad inteligente puede suplirse la falta de cualidades sobresalientes.

En nuestro espíritu la verdadera vocación se confunde con el genio y la conceptuamos rara y si hubiéramos menester de ella aun para las acciones más comunes de la vida, nada se haría bien. En el comercio social hay innovadores y rutinarios: a los primeros pertenecen los directores videntes, dotados de un juicio claro que perciben factores progreso donde los demás no ven más que sombras y que para fortuna de la humanidad, como astros en el firmamento vienen de cuando en cuando a disipar tinieblas; a los segundos, la generalidad de los obreros, quienes, como los ríos el cauce ordinario, siguen los derroteros trazados por otros, aunque la fuerza evolutiva acumulando nuevas necesidades exija nuevas energías y orientaciones distintas en la prosecución de la vida.

Un hombre bien intencionado, repetimos, puede suplir con una constante e inteligente diligencia la falta de aptitudes especiales. Tal lo que resulta en la práctica real de la vida; con honradez y amor a la obra que nos incumbe, se arriba a un buen suceso y podemos, cual más cual menos, cumplir nuestras obligaciones, si en ello nos empeñamos sinceramente, llevando al trabajo el caudal de nuestras energías y el de nuestra voluntad.

Lo que no puede encastillarse dentro de los muros de la rutina, lo que necesita de iniciativa particular, pero iniciativa congruente y adecuada a la naturaleza de la obra, sopeña de malograr material y tiempo,

defraudar esperanzas y alargar el instante de las reivindicaciones, si, reclama el poder de la vocación. En vano un hombre se ufana en producir poesía si no nació poeta; en vano un militar, para sorprender los secretos del triunfo, se aprenderá los procedimientos de los grandes capitanes en las grandes guerras; en vano gastará pinceles y colores, cincelos y mármoles el que no nació con el sentimiento de la belleza. Ni aquel penetrará en los recónditos misterios de la maga poesía, ni los últimos aumentarán el número de los estetas, ni ninguno conquistará los lauros de la gloria, a todos faltará la signatura que distingue a los que han de sobresalir y ser montañas entre colinas y valles, el genio, que es el óleo divino con que se ungen las fuentes de los escogidos.

II

Entre los labradores del pensamiento hemos de colocar al MAESTRO DE ESCUELA PRIMARIA, que ha de ser productor de belleza como el poeta, el escultor y el pintor; generador de disciplina como el poliforme estratega, porque para modelar las almas debe asimilarse los oficios de todos los cultores del espíritu, disciplinándose a sí mismo primero, con la rectitud de un geómetra, para luego poder inculcar carácter y todas las cualidades que como reflejo de su personalidad ha de plasmar en sus alumnos.

Hemos de lamentar que en lo general no haya maestros de verdadera vocación, pero más aún hemos de lamentar, si cabe, que los que ejercen de tales no pongan todo su empeño en propender con todas sus

buenas disposiciones a suplir el mayor número de vacíos y vayan, por el contrario, como las antiguas plañideras, llorando su desamparo y hurgando en lo recóndito de la profesión para traer a la periferia las lacras del oficio, convirtiendo el sacerdocio en padrón de ignominia.

Ha sido el MAGISTERIO, en todas partes del mundo, en épocas determinadas, para cada una, una vía de escape por donde muchos han evitado serios contratiempos de los que depara la falta de preparación y sin más horizontes que la inopia característica del impotente; ha sido y seguirá siendo por mucho tiempo todavía, en los pueblos carentes de suficientes unidades preparadas para las luchas docentes, la isla, más o menos desierta, más o menos fértil, que ofrece probabilidades de vida, más que la tabla que llevan a su merced las olas. Y esos naufragos que con el tiempo abordan a los mejores puertos y de los que muchos mejoran tornándose verdaderos mentores de la niñez y otros se quedan en las capas bajas de una inferioridad ininteligente, se quejan del MAGISTERIO?

Al ejército docente se ha llegado sin que al bisoño se exija una dilatada y laboriosa preparación, en la generalidad de los casos, y los que están preparados lo han hecho con recursos de la nación, y aunque modesto, se les ha deparado un porvenir seguro, del que no disponen otros profesionales, que han de conquistarse la clientela a costa de no pocas privaciones. Se ha querido reclutar las unidades del Magisterio de entre la juventud de las clases humildes, para que el ingreso a las huestes sea un estímulo y un ascen-

so y por ello se conceptúen honrados y no deserten. Los que están en este número, ¿por qué entran en el coro de los defraudados?

La pobreza «en ningún estado es lecho de rosas» para nadie, pero si hay conformidad y orden se puede sobrellevar con decencia. Existe más de un servicio en la vida que no ofrece sino un exiguo pasar. Las grandes y las pequeñas fortunas sólo se alcanzan en las especulaciones poco inocentes del comercio y demás empresas en grande escala y en éstas el engaño reconocido y tolerado, sirve casi siempre de principal agente. Mercurio, entre los griegos, era la deidad tutelar común a mercaderes y ladrones y aquellos hombres, cuya religión ofrecía un símbolo en cada «dios», sabrían bien por qué adjudicaban el mismo protector a unos y otros. Es común creencia que sin fraude en algún sentido no se llega al pináculo de las grandes fortunas, y el Maestro de Escuela, apóstol de la verdad, carece de ocasiones y de lugar para ejercer capacidades comerciales y de engaño, salvo cuando se deja prender por los ganchos de la indolencia y olvidado de lo que más le conviene, se empostra en una lastimosa inactividad. Mas esto no sólo no le aprovecha inmediata ni mediatamente, sino que es causa segura de que el momento menos pensado se le elimine, de modo para él poco decoroso.

Maestros, sed consecuentes con vosotros mismos. Está en la conciencia universal la grandeza de vuestra misión, pero no esperéis por ello que seréis correspondidos con generosidad y amplitud, y que esto no os sirva para declamar contra la profesión; si su rendimiento no está conforme con su laboriosidad, dejadle en silencio y buscad en otro medio mejor recompensa. Si tenéis para vivir una mala casita, pero de vuestra absoluta propiedad, amadla así como es, tratad de mejorarla pero no la increpéis, si no es tan buena como debería para proporcionaros toda comodidad. Ella, un objeto inerte, os da sin restricciones todo el buen servicio de que es susceptible, vuestro desagrado no le dará mejores condiciones, y detractándole os disgustaréis y sentaréis plaza de poco discretos.

Se admite la poca falta de vocación definida y cierta para el oficio, pero se pueden aplicar severos epítetos a quien no contribuye con todas sus potencias a levantar el nivel del Magisterio, que llena su espíritu y le da para la materialidad de la subsistencia.

No hagáis la triste apología de la profesión y como Jeremías, sobre las ruinas de la ciudad deicida os deis a plañir desgracias sin que se os ocurra apresuraros a construir.

José Lino Molina.

Deja que cada cual piense y obre con arreglo a su entusiasmo; tú vive únicamente lo que anhelas ver en los demás, que si los demás tienen entusiasmo repararán en tu ejemplo y lo seguirán sin darse cuenta. — H. D. M.

El Homenaje a Don Francisco Gavidia

Concentra don Francisco Gavidia el espíritu de tres generaciones. Es el centro de su cultura. Aún vive dedicado a estudios, dentro de promotorios de libros, revistas, periódicos, piezas musicales y cuadros de pintura, ya que es un hombre múltiple en estos aspectos del conocimiento.

El 14 de septiembre los diplomáticos del Continente americano acreditados cerca del Gobierno de El Salvador, se congregaron en tributo del homenaje que venía siendo preparado. Fué la Universidad Nacional, de la cual es Doctor Honoris Causa el Maestro Gavidia, la que recogió el eco de esta oblación.

Allí, en el Paraninfo, le fué colocada por la primera dama de la República, doña Concha de Hernández Martínez, una Medalla a nombre de las repúblicas que por medio de sus representantes ofrecían. Cada uno de los diplomáticos dijo su palabra.

La nota más significativa en esta ceremonia, fué la que diera el Ministro de México señor licenciado Vicente Veloz González, al colocar sobre el pecho de don Francisco, la condecoración más alta que da México y que es la del AGUILA AZTECA.

De esta manera se ha querido significar al poeta y humanista la veneración de todo un Continente: por su labor de hombre dedicado completamente a las faenas del estudio, por el arte y para el arte, por la ciencia y para la ciencia, ya que es-



Maestro don Francisco Gavidia

tas dos cualidades se complementan altamente en este prócer de las letras. En él cabe lo comprobable, lo que está sometido a análisis, que recurre a fórmulas, así como también lo que se evade de la probanza.

Uno de los más fervientes trabajadores en favor de este homenaje, fué el representante de Colombia, don Alfonso Mejía Robledo, distinguido poeta Miembro Activo del Ateneo de El Salvador.

El Maestro recibió una manifestación más, prueba de reconocimiento a su valer en sus distintas aptitudes de hombre mental y sentimental.

Es esta una lección para la juventud que viaja por rutas de pensamiento. Ella demuestra que no es vana la labor de sembrar ideas y que

cuando se ha vivido con decoro, manteniendo en alto la dignidad del arte, ineludiblemente tiene que llegar el reconocimiento, consagración a la nobleza que mantuvo siempre el artista o el científico.

Don Francisco Gavidia es Presidente Honorario *per vita* del ATE-NEO DE EL SALVADOR, en donde él ha dado enseñanzas que fueron recogidas con eficacia. — J. F. T.

Gavidia Traductor en El Cancionero del Siglo XIX

El Cuarteto de Rigoletto

(Música de Verdi —
(Del italiano)

El Duque, tenor:

Bella ninfa del Amor!
Esclavo soy de tu gracia:
Torne en mí la angustia lacia,
En gozo, un tierno favor.

Ven y siente de mi seno
El ardiente palpitar
Y mi pecho de ansia lleno
A consolar.

Magdalena, contralto:

Ah! Ah! dejadme, que me ría...

Gilda, soprano:

El, ¡hablar de esa manera!
¡Cosa igual conmigo era!

Rigoletto, barítono:

¡Silencio! tu llanto ¿de qué serviría?
Bajeza es... ¡piensa en lo que digo
No huir y odiarlo mientras viva!

El Duque, a Magdalena:

Ven y siente de mi seno
El ardiente palpitar...

Magdalena, al Duque:

Bien conozco, Señoría,
Tal manera de bromear...

Gilda:

¡Transpasado ha el alma mía!

Rigoletto a Gilda:

¿Huir, odiarle mientras viva!
Ve al vengador contigo,
Que juro al Gran Poder que está allá arribal

Canciones Célebres

(Letra de Franz Rückert. Música: Schubert)
(Del alemán)

Tú, alma mía,
Tú mi ser,
Mi alegría
Y mi placer;

Tú mi mundo
En que yo vivo,
Tú eres un azur profundo
Y pensativo
En donde con el alma mi amor escribo.

Oh! reposo, oh! dulcísima paz!
Oh! mi cielo hermoso
Y mi solaz!

Hoy el alma elevada,
Mira su gloria en tu mirada:
Fuera de mí,
Como tú en mí,
Extasiada,
Vive de tí.
Alma mía
Y corazón,
Mi alegría,
Mi razón;

Tú, mi mundo
En que yo vivo,
Eres el azur profundo
Y pensativo,
En donde, con el alma, mi amor escribo.

La Elegía de Massenet

(Del francés)

¡Oh pasadas Primaveras!
¡Dulce estación!
Mis ilusiones primeras
Pasaron con las voces hechiceras

De una primera canción...
Llevándose el corazón.
La amada mía ha partido;
Y en mano vuelve ya la primavera.

Y el claro sol de la bella estación:
¡Ella por siempre se ha ido!...
Se ha ido con ella la creación entera
Y para mí... ¡No hay primavera!

La Última Rosa de Estío

(De Moore)

(Música popular irlandesa. Del inglés)

La última eres ¡oh! rosa,
A florecer;
Las rosas, tus hermanas,
viste caer...

Ni capullo de rosa,
Ni flor alguna miro.
Darte con sus rubores
Suspiro por suspiro.

No he de dejarte ¡oh! rosa
Sobre el tallo a morir;
Pues duerme ya tu amado,
Ve, con él, a dormir.

Suavemente yo esparzo
Tus hojas, donde, oh! flor,
yacen tus compañeras
Sin vida y sin olor.

(HORA DE PROYECCION DE CULTURA POR RADIO)

Improvisadores Colombianos en Poesía

Por Alfonso Mejía Robledo

En esta segunda plática mía quiero referirme a los improvisadores o repentistas, cuya facilidad para expresarse en poesía, en un momento dado, causa la admiración de las gentes.

Personalmente, soy poco amigo de

ese género de literatura o de expresión, aunque no desconozco que existen y han existido poetas, de mucha enjundia y valía, que saben expresarse con exquisita propiedad y maravillosa donosura en ingeniosos versos, brotados de manera re-

pentina para salir airoosamente en determinadas circunstancias. Y en muchas ocasiones, tales salidas oportunas de grandes poetas o simples improvisadores callejeros, han motivado tragedias inesperadas o talvez sacado de grandes apuros y peligros al autor ingenioso.

Remontándonos un poco al pasado, a los tiempos de oro de la literatura castellana, nadie ignora las de Quevedo, uno de los mayores infamosas hazañas de don Francisco genios que ha producido España. Sus aventuras, peligros, éxitos y descalabros han sido tema fecundo de muchas crónicas, novelas, tradiciones, leyendas y mentiras, y hasta de un exceso de chascarrillos y de cuentos vulgares muy propios para inspirar asco hacia una de las figuras más notables y respetadas de la literatura de todos los tiempos y naciones y hacia uno de los hombres más valerosos y leales en la historia de la península española.

Lo cierto es que don Francisco de Quevedo solía tener a flor de labios las frases más ingeniosas y de más sangrienta ironía para juzgar a los hombres de su tiempo, y su cinismo desconcertante —que a veces degeneraba en desvergüenza— fue sólo el producto natural de la época tortuosa y corrompida que le tocó en suerte, de aquella época de persecuciones y latrocinios, deshonestidad administrativa y corrupción palaciega que precipitó la decadencia de la gloriosa España.

De don Francisco se cuentan improvisaciones poéticas de gran valía e ingenio, entre las cuales me complazco en citar una de sus más chispeantes y conocidas: Un amigo suyo, de no poca prestancia social y de no mucho talento, le había pedi-

do con insistencia que le hiciera unos versos para ofrecer a su novia, pero el poeta nada había prometido y, si lo hizo, no había cumplido su oferta al ingenuo peticionario. En alguna reunión o fiesta social a la que asistiera Quevedo, se encontró con su amigo, cuyo nombre era Juan Díaz de Esquivel y éste salió al encuentro del bardo para reclamarle los versos que deseaba ofrecer a su novia, allí presente. Don Francisco quiso quitarse de una vez la molestia del amigo y del compromiso y le preguntó a aquél:

—¿Cuál es el nombre de su novia, don Juan?

—¡Margarita! —contestó el aludido, lleno de esperanza y entusiasmo—.

—Qué desea usted que diga en los versos, caballero amigo?

Don Juan Díaz de Esquivel tartamudeó un poco y tímidamente contestó a Quevedo:

—Pues, unos versos en que éntre usted, don Francisco, éntre Margarita y éntre yo...

Colocándose el poeta en el centro de la tertulia, y atuzándose el altanero bigote, se expresó así, con voz clara, ante la estupefacción y el entusiasmo de los concurrentes:

*Don Juan Díaz de Esquivel
(aquí entra él),
unos versos me pidió
(aquí entro yo),
para Margarita bella
(aquí entra ella).
Y es fan infeliz mi estrella
en esto de discurrir,
que yo no sé qué decir
de don Juan, de mí y de ella.*

Ya pueden juzgar los amables oyentes o lectores las consecuencias de ésta que pudiéramos llamar famosa salida de Quevedo.

Como decía al principio, soy poco amigo de las improvisaciones de ningún género, y mucho menos en poesía. Siempre he pensado que la poesía es algo muy delicado, de mucha solemnidad y médula, que debe respetarse sobremanera. El poeta verdadero debe llegar, como el sacerdote, muy lleno de unción y de cariño al altar de la poesía. Cada una de sus estrofas debe ser producida como un rito sagrado, como algo sublime que ha de llegar al corazón y a la mente de los hombres para decirles la verdad y la belleza. Con razón, don Miguel de Cervantes Saavedra, el más alto ingenio de las letras castellanas, puso en labios de Don Quijote estas palabras, para referirse a la poesía:

«A mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas y todas se han de autorizar con ella; pero esa tal doncella no quiere ser traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios: ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio».

«La excelencia de la poesía es tan limpia como el agua clara, que a todo lo no limpio aprovecha: es como el sol, que pasa por todas las cosas sin que se le pegue nada; es la habilidad que tanto vale, cuanto se estima; es un rayo que suele salir de donde está encerrado, no abrasando sino alumbrando; es un instrumento acordado que, dulcemente alegra los sentidos,

y al paso del deleite, lleva consigo la utilidad y el provecho».

Escuchando a Cervantes, con cuánta indignación pensamos en la caterva numerosa de ignorantes, mandrines y follones que han prostituido la poesía, llevándola por todos los vericuetos y tabernas de la estupidez y del mal gusto, de la insustancialidad y de la necia presunción, hasta el punto de que por todas partes la hallemos pisoteada y corrompida. ¡Pero nó! Esa que vemos así, esa que hallamos a cada paso, desprovista de elegancia y donosura, de pureza y buen tono, no es la poesía, sino una hijastra falsificada que trata de engañar a los que no la conocen. Entre la poesía verdadera y el verso descoyuntado, sin emoción ni pensamiento, que sólo hiere la vista sin llegar a la mente y el corazón, hay la misma diferencia que entre la moneda de oro, pura y sin mancha y la moneda falsificada que nada vale.

Voy a mencionar ahora, aunque estoy aquí muy escaso de documentación para hacer un recuento de los famosos improvisadores que ha tenido Colombia, algunos de esos chispazos geniales que han dado tan justa fama a poetas que han mantenido latente el sentido de la belleza, la expresión jocunda del pensamiento o la sátira mordaz. Por allá en 1865, se destacaba por lo rebelde y talentoso en el Colegio del Estado —hoy Universidad de Antioquia— un estudiante llamado Vicente Escobar Isaza, perteneciente a una familia distinguida donde abundaban la inteligencia y el estudio. A Vicente le tocó dormir una noche, castigado, en un calabozo del colegio, de cuyos muros pendían dos mapas,

uno de la América del Norte y otro de la América del Sur. El frío obligó al estudiante a descolgar los mapas, se acostó sobre uno de ellos y con el otro se cubrió lo mejor que pudo, bastante mal, pues los pies y brazos le quedaron descubiertos. Al amanecer, cuando hubo luz en el calabozo, Vicente se dió cuenta que había dormido sobre el mapa de la América del Sur y se había cobijado con el de la América del Norte. Precipitadamente, antes de que fuera puesto en libertad, escribió estas estrofas que sus condiscípulos aprendieron y recitaron después con gran entusiasmo:

*La América del Sur fue por lecho
y la del Norte fue mi cobertor:
recliné mi cabeza en el Atlántico,
y arrullóme al dormir, cual dulce cántico,
de las ondas del Niágara el rumor.*

*Y las faldas pisé del Aconcagua,
y sus rugidos íntimos oí;
la lumbre del Pichincha fue mi lumbre
y, como Dios, del Sinaí en la cumbre,
del Chimborazo hasta mi planta hundi.*

*Y al ver mis pies y brazos descubiertos,
sentí inmensas fruiciones de placer,
porque este mundo que Colón soñara,
y que a Fernando un Papa señalara,
sólo a mí no me pudo contener.*

El doctor Adolfo León Gómez, uno de los repúblicos más austeros que ha tenido Colombia, fue un sentido poeta, periodista insigne, parlamentario valiente y jurista destacado. Era director del diario «Sur América», y sus trabajos en jurisprudencia le dejaban muy poco tiempo para pulsar la lira. Alguna vez, al saludarlo en la calle un amigo suyo, le preguntó a quemarropa:

—¿Por qué, doctor, no ha vuelto usted a escribir versos?

Y León Gómez le contestó al instante:

*La saña dura del destino adverso
y la necesidad me han obligado
a no escribir en verso,
sino en papel sellado.*

Gregorio Gutiérrez González, uno de los más grandes poetas que ha tenido el continente, autor de «Memoria sobre el cultivo del maíz», poema bucólico y virgiliano que fue considerado por don Marcelino Menéndez y Pelayo como uno de los monumentos más altos de la literatura americana, fue también, según rezan las tradiciones, admirable repentista. De él sólo recordamos, como improvisador, la siguiente anécdota:

Salía de una fiesta o tertulia ocasional, donde' acababa de tomarse una copa de aguardiente, en compañía de varios intelectuales. Lo acompañaba un amigo suyo, de gran categoría mental, llamado Vicente—cuyo apellido no tengo en la memoria—. El licor produjo en Gutiérrez González un efecto desastroso, en forma tal que, entre arcadas de angustia, tuvo que volcarlo en la calle. Su amigo Vicente se acercó a él y le dirigió las siguientes palabras, a manera de extrañada pregunta:

*—Con un trago de aguardiente
te emborrachaste, Gregorio?*

*—Déjame, por Dios, Vicente,
que estoy pasando actualmente
las penas del Purgatorio!*

le contestó inmediatamente el poeta, conteniendo a duras penas las importunas náuseas y las terribles arcadas del momento.

Contemporáneo de Gregorio Gutiérrez González fué el incomparable cantor antioqueño Epifanio Mejía,

autor de dulces estrofas que enriquecerán para siempre la antología colombiana y quien vivió largos años, recluso hasta la hora de su muerte en una casa de alienados de Medellín. Dicen que este poeta insigne perdió la razón a causa de su propio talento y de su incómensurable inspiración poética, atributos divinos que le fueron fatales, pues lo mantenían en viaje perenne por los paisajes cósmicos, en constante meditación y en silenciosas lucubraciones sobre los mundos del más allá.

Cuando entraban a Epifanio Mejía al manicomio de Medellín, una loca que paseaba por el patio frontal del establecimiento, repetía su maniática frase: «Todos estamos locos... todos estamos locos...» Y el poeta loco repuso al oírla:

*Todos estamos locos,
grita la loca.
¡Qué verdad tan amarga,
dice su boca!*

Eduardo Ortega, Climaco Soto Borda, Enrique Alvarez Henao, Jorge Pombo, Eduardo Echeverría, Julio Florez, fueron, entre otros, improvisadores de enorme talento.

Le preguntaron a Echeverría en alguna ocasión su concepto sobre Alvarez Henao, de quien era compañero y amigo muy íntimo, y contestó estas palabras:

*Extraño cincelador
bajo el peso de una cruz,
que al cincelar su dolor
hace una estrofa de amor
con una gota de luz.*

En verdad, Eduardo Echeverría fué un gran improvisador. Era, quien esto escribe, un niño apenas, por allá en el año de 1913. Estudiaba yo en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de Bogotá, y

una noche cualquiera, amigos de estudio y de balbuceos literarios me llevaron a cenar a una casa del barrio de Chapinero, donde solían juntarse literatos y bohemios de toda especie y categoría. Poco después de la cena, y cuando ya habíamos apurado algunas cervezas, llegaron Enrique Alvarez Henao y Eduardo Echeverría. Todos nos pusimos de pies, con respeto y cariño, y allí me presentaron a los dos bardos famosos. Luego me hicieron recitar algunos versos míos, versos de niñez saturados de fantasía y de ingenuidad. Alvarez Henao, con su gangosa voz, nos recitó «Los Tres Ladrones», y Eduardo Echeverría, con una facilidad asombrosa como no he conocido ninguna otra en la vida, empezó a desgranar décimas admirables, en honor mío, ante la estupefacción de todos los componentes de aquel ágape imprevisto. Su bella improvisación la tituló «El poeta niño». Yo estaba emocionado en grado sumo, y abracé al gran poeta, cuando hubo terminado su preciosa catarata de bellezas. Pensando en este glorioso incidente, a lo largo de mi vida, he lamentado muchísimo el no haber conservado tan bellas estrofas, jamás escritas y sólo conocidas por los escasos concurrentes de aquella fiesta cordial y luminosa de Chapinero.

Eduardo Ortega, además de haber sido un lírico excelente, fué, según dicen, un reputado improvisador. Aquella décima suya tan celebrada que se intitula «No, gracias», fué uno de sus chispazos festivos, en una tertulia literaria. Dice así:

*Pienso cuando estoy fumando
que todos vamos al frote,
que la vida es un chicote
que se nos está acabando.*

*Si en el momento nefando
Dios me llega a preguntar:
¿Quiere usted resucitar?
le diré echándole el humo:
mil gracias, señor, no fumo
porque acabo de botar.*

Aseguran que Julio Flórez —acaso el poeta más popular en América en los primeros cuatro lustros del presente siglo— fué un repentista maravilloso. Amó a su madre por sobre todas las cosas y dejó numerosas poesías, sin duda las más bellas y delicadas, a la autora de sus días. He oído contar la siguiente anécdota que no me fué negada por él mismo, cuando se la referí en Panamá, hacia fines de 1923 —muy en vísperas de su muerte inesperada—, en el curso de un almuerzo que le di en mi casa: se encontraba el poeta en compañía de algunos amigos, en una esquina de su nativa ciudad de Chiquinquirá —por allá a comienzos del siglo—, platicando con mucha libertad. Era el final del crepúsculo vespertino y las sombras envolvían ya la ciudad, irremediamente oscura, pues en aquellos tiempos aún no se conocía el alumbrado público en la pequeña villa chiquinquirana. Envueltos en sus capas de bohemios charlaban los amigos, cuando acertó a salir de la iglesia cercana una mujer, anciana ya, envuelta en un negro pañolón y, de manera deliberada quiso pasar cerca del grupo, sin duda para cerciorarse de que allí estaba su hijo, el gran poeta, cuya voz le había parecido escuchar. Aseguran que alguno de los amigos de Flórez, al observar en la penumbra la figura de la mujer que husmeaba el grupo, exclamó sin ningún miramiento:

—Quién será esa vieja horrible que nos espía?

Julio Flórez volvió la vista hacia donde señalaba el amigo y, al reconocer a su madre, no obstante que ella ya se alejaba, sintiéndose herido como con dardo venenoso, repuso en el acto, con voz casi sollozante, dirigiéndose al compañero imprudente:

*Ves esa vieja escuálida y horrible?
Pues mira: aunque parézcate imposible,
fué la mujer más bella entre las bellas;
el clavel envidió sus labios rojos
y ante la luz de sus divinos ojos
se postraron el sol y las estrellas...*

Y de esta manera siguió el poeta derramando estrofas, que luego formaron uno de los más bellos poemas del altísimo bardo.

Clímaco Soto Borda fué uno de los más grandes ingenios festivos de Colombia. El pseudónimo que usaba en la mayor parte de sus escritos, Casimiro de La Barra, se hizo célebre y los periódicos y revistas se disputaban la colaboración de este bohemio elegante que llenó las crónicas de la capital con el sonoro repique de su nombre. Compañero suyo, inseparable amigo durante la mayor parte de los años de su vida bohemia de escritor y poeta, fué Jorge Pombo, otro delicado artífice de la palabra. Su amistad y compañerismo y la colaboración que mutuamente se prestaban estos ingenios bogotanos, llegó a valerles el apelativo de Cástor y Pólux, nombre con que se les denominaba y conocía comúnmente.

Este auto-retrato pinta a maravilla a Clímaco Soto Borda:

*Este soy. Un pobre diablo
que a tragos pasa la vida
en verso y prosa, perdida
en el juego del vocablo.*

*El alma como un venablo
me hirió el amor enemigo
mas no importa: sumo y sigo,
que aún me queda el corazón,
para darlo con pasión
a la madre y al amigo.*

Ya en los umbrales del sepulcro, un piadoso sacerdote que había logrado convencer a Soto Borda que preparase su alma para el viaje definitivo por medio del sacrificio de la penitencia, le pidió que rezara el «Señor mío, Jesucristo...», oración que había olvidado el poeta y en cambio de la cual ofreció devotamente al Señor la que sigue:

*Señor mío, Jesucristo,
Dios y hombre verdadero,
perdona a la que quiso
dejar-me triste y solo,
mitigale sus penas,
perdónale su dolo,
en nombre de tu madre
que adoro y que venero.*

Clímaco Soto Borda y Jorge Pombo, con la sátira y la sal siempre a flor de labios, dialogaban en verso. Con las estrofas que improvisaron, a medida de las circunstancias, o que escribieron con esa rara facilidad que es patrimonio reservado únicamente a los genios, hay suficiente material para varios libros. Quiero copiar aquí algunos de los chispazos de estos dos grandes poetas que llenaron con su nombre las páginas de los periódicos y la charla de las tertulias colombianas en los últimos lustros del siglo pasado y primeros del presente:

SIEMPRE-VIVOS

*En el propio camposanto
a don Javier Agudelo
le robaron el pañuelo
con que enjugaba su llanto;
y, con ojos muy abiertos,
cuando al cementerio mira,
exclama lleno de ira:
—¡Allí hay más vivos que muertos!*

SE LUCIO

*Una noche iba Luz por la acera,
de despecho abrumada y de tedio,
y al cruzar por la esquina primera,
sin que nadie notarlo pudiera,
echó Luz... por la calle de en medio.*

COTIZACIONES

*El bolsista San Benito
dice en su última revista
que las letras a la vista
están al 100... infinita;
y aquel insigne pepito
que es en las letras fan ducho,
el petimetre Perucho,
para pedir una ropa
compró letras sobre Europa
y las pagó al 100...mucho.*

NO' HAY EFECTO SIN CAUSA

*En la guerra femible de aquel año,
con grande arrojo y con valor extraño
por su causa peleaba un general:
Y era verdad, porque el bribón quería
del archivo extraer de una alcaldía
los pliegos de su causa...criminal.*

CARRERA...MILITAR

*—¡Quiero huir! ¡Aquí me entranpo!
dijo en la guerra un canalla.
—Pues hombre, repuso Ocampo,
para huir el mejor campo
es el campo de batalla.*

NO SEA BESTIA

*No fui culpable, declaro,
del suicidio de Romate:
pues con su pistola, claro,
me dijo: "yo me disparo",
y le grité: "¡disparate!"*

DES... CONCIERTO

*Un borracho se durmió
en el concierto pasado,
y, cuando se despertó,
con gran sorpresa notó
que estaba desconcertado.*

ES COPIA

*Hay hombres tan inocentes
que, por darlas de escritores,
se truecan de otros autores
en humildes escribientes.*

VISIONARIA

*El ciego Camilo Larra
es tan singular artista
que ejecuta en la guitarra
piezas a primera vista.*

CONSEJOS

*Centro América es tu amor,
mas, ya que en tus aventuras
encontraste a un protector,
no dejes El Salvador
para meterte en Honduras.*

DEL MISMO TENOR

*Fué a la ópera, hace un año,
en París, Trino Albornoz,
y admiró ¡criterio extraño!
más que la voz de Tamagno
el famaño de su voz.*

VICIO FINAL

*¿Cuál es el colmo del vicio?
preguntaba Luis Galdós;
—Es presentársele a Dios
bien borracho el día del juicio.*

POR ANDAR DE NOCHE

*Tan bueno y bien educado
es Crisólogo Moreno,
que a un sereno acafarrado
le dijo: ¡Tenga cuidado!
No se serene, sereno.*

POETISA NOTABLE

*La mujer del bardo Infante,
poetisa a quien nadie aguanta,
como su esposo es un Dante,
dice que ella es una... Dantál*

NO HAY REMEDIO

*Cierfo cura de orrabal
que obispo pretende ser,
fiene al fin que fallecer
de insuficiencia mitral.*

Para terminar esta plática semi-familiar, algo debo decir del autor de ella, quien, además de ser muy

mal improvisador es poco amigo de estrujar el cerebro para ese género de literatura que, regularmente, no va más allá de la anécdota o el chascarrillo.

Siendo muy niño, por allá en 1914, cuando apenas publicaba los primeros balbuceos literarios con esa inocente audacia de los que comienzan, fué asesinado en Bogotá, por unos viles y oscuros malhechores, en las propias gradas del capitolio nacional, el grande hombre Rafael Uribe Uribe, a quien admiraba y quería devotamente. Al saber la noticia —que cruzó como reguero de pólvora todos los ámbitos de la República—, profundamente indignado y conmovido, escribí en pocos instantes, a bordo de un tranvía y sobre el dorso de un programa de teatro, algunas estrofas que los buenos amigos se empeñaron en publicar y que comenzaban de esta manera:

*Murió el cóndor invicto que en la más alta cumbre
de la América hispana su nido fabricó;
cayó en mitad del cielo, cegado por la lumbre,
cubriendo con sus alas la clámide del sol*

Y por allá en 1916, cuando, lleno de candoroso ensueño, viajé por varias ciudades de Colombia y algunas extranjeras celebrando recitales poéticos, ocurrióme en la ciudad de Palmira un delicioso incidente que no he podido olvidar, pues culminó en llamaradas fugaces de eso intangible y amado que los poetas llamamos gloria y que preferimos casi siempre a las «cosas» tangibles y prácticas. Había verificado en dicha ciudad mi primera audición lírica, en la cual me había presentado el exquisito poeta Julio César Arce. Periodistas e intelectuales de allí me honraron con una comida en algún casino de la ciudad. Sobre el manifestar

que en esa comida no faltaron las copas y la consiguiente euforia poética. Yo estuve contando a mis amables anfitriones que en la ciudad de Tuluá, por donde había pasado pocos días antes, después de mi primer recital había tenido la sorpresa de recibir, junto con un bello ramo de flores, un soneto hermosísimo y honroso que firmaba Agripina Ossa Montoya. Les decía que al día siguiente, como era natural, fui a visitar a la desconocida y amable poetisa, quien resultó ser antioqueña, protegida desde niña —pues era huérfana— por una familia caucana, con quien vivía. Les hablé con mucho entusiasmo de los cantos de esta poetisa, inéditos entonces y, como tenía en mi bolsillo algunos de ellos que la artista me había dado, se los di a conocer. Agregué, para terminar, que no quería robarme para mi tierra el nombre de esta poetisa excelente, puesto que ella, no obstante ser oriunda de Antioquia, se había levantado y educado en el valle del Cauca. Entonces alguno de mis compañeros de mesa y fiesta, acaso Julio César Arce, me pidió que improvisara un cuarteto sobre la aludida poetisa, tomando como estribillos forzados las palabras Cauca y Antioquia. Me estremecí —para qué

negarlo— ante la imprevista exigencia y, pensando en el acto en la dificultad de los escasos consonantes que se me ofrecían, hubiera querido desaparecer del lugar, volviéndome humo.

Era algo así como jugar el honor en esos momentos. Todos aplaudieron el reto del peticionario. Yo incliné la cabeza por unos instantes y no supe cuando la musa veleidosa me dio este cuarteto que les dije, entre emocionado y perplejo, mientras en la diestra mano me temblaba una copa de champaña:

*Canta su lira multiforme y glauca,
en la nostalgia gris de la parroquia,
con la sonora limpidez del Cauca
y la arrogancia varonil de Antioquia.*

No supe que pasó después. Más que el licor me emborracharon el esfuerzo y el éxito. Hubo aplausos, gritos y abrazos y luego me ví paseado en hombros por el local, como uno de aquellos toreros famosos que son llevados por todo el ruedo del circo, en hombros de fanáticos admiradores, después de una estocada fulminante. Tal vez en esos momentos, en vez de poeta me sentí torero vencedor.

Alfonso Mejía Robledo.

San Salvador, noviembre 28 de 1940

Doctor Ireneo Chacón

Por el Dr. Vicente Navarrete

I

A comienzos de 1810 vino a la entonces provincia de San Salvador

el joven don Manuel María y de la Peña, oriundo de Cádiz, como sus hermanos que llegaron a la Antigua Guatemala también en los albores

del siglo XIX. El mayor de estos hermanos, el Presbítero don José María Chacón, de recomendables méritos, era el que hacía de jefe de familia; fue honrado con varias dignidades y ocupó puestos de importancia, como el de presidente de la primera Asamblea Legislativa del Estado de Guatemala, cuya Constitución Política, emitida el año de 1825, lleva su firma; militó en las filas liberales y fue partidario e íntimo amigo del General Francisco Morazán, lo mismo que de los Barrundias, Gálvez, Molina y otros optimates centroamericanos. La Antigua, en aquella época, destacóse como una de las ciudades más adictas a las nuevas ideas. A uno de los extremos del Arco de Santa Catarina está todavía la casa de los Chacones, de pura construcción colonial.

El Padre don José María quiso que su hermano don Manuel María —el Benjamín de la familia Chacón venida de la antigua y famosa Gades al Reino de Guatemala— hiciera la carrera eclesiástica, para forjarle una posición influyente en aquel tiempo y, al efecto, lo hizo ingresar en el Seminario de la ciudad de Guatemala, ubicado contiguo al Palacio Arzobispal.

Allá, en España, quedaban todavía dos hermanos más, que no quisieron abandonar su terruño: uno de éstos fue padre del General José María Chacón, que llegó a ser Capitán General de la Isla de Cuba, de 1851 a 1856, y dejó en la Perla de las Antillas una huella imborrable de gratas recordaciones por las obras de progreso y mejoramiento que emprendió, entre ellas la Casa de Maternidad, única a la sazón en

América. Este y algunos primos suyos alcanzaron privanza en la Corte y títulos nobiliarios, pues fueron amigos y compañeros de Serrano y Domínguez, Prim y de otras celebridades que llenaban con su nombre los ámbitos de la península ibérica.

Los descendientes de los Chacones que permanecieron en la Madre Patria, son el General Alfonso Chacón, que ha estado de Capitán General hace poco tiempo en las Provincias Vascongadas, Asturias, etc. y de Gobernador Militar en San Sebastián, en donde era muy querido por el pueblo; y don José María Chacón y Calvo, uno de los más celebrados novelistas de esta generación. Llama mucho la atención que los hermanos que estaban en España les ponían a sus hijos los nombres de los hermanos que vivían en América, y viceversa, y no se perdió jamás el parecido. Así la fisonomía del Capitán General que estuvo en Cuba, era casi igual a la del doctor Miguel Chacón, que aquí llevaba el nombre de uno de los dos Chacones residentes allá. Todos los Chacones han sido muy unidos: viajeros salvadoreños y guatemaltecos que pasaban por la Isla, traían a don Ireneo y a don Miguel mensajes de intenso cariño y cartas en que mostraban su inextinguible afecto de familia.

Pero el novato seminarista —chapatón de enjundia— no se avenía en modo alguno a la sana intención del Padre José María y se resistía a continuar en los estudios del Seminario. Hizo sus representaciones, quejóse, profirió amenazas... No fue oído. El mozo, en fin de cuentas, fugóse del Seminario, que para él constituía una horrible prisión, sin ánimo de volver a caer bajo el poder

del hermano protector. Tomó el rumbo de la Parroquia Vieja, o sea la calle conocida con el nombre de la Avenida del Golfo, caminando a pie. Quiso su buena suerte que alcanzara a unos arrieros que se dirigían a la feria de Esquipulas. Se unió a ellos. Les cayó en gracia el andaluz y lo hicieron de su comitiva. Siguió con ellos de feria en feria. Así llegaron después a Metapán, Chalatenango, Suchitoto, San Vicente, Sensuntepeque y San Miguel.

A su paso por la hacienda de Tejutepeque, en la que durmieron y aun pasaron el día siguiente descansando, el dueño de ella —que era español— también se prendó del prófugo, y una guapísima joven, hija suya y de su esposa, simpatizó asimismo con el mozo, quien sin duda era galanteador y piropoeador donoso. Teniendo éste que proseguir su viaje hasta San Miguel, no pudo quedarse allí, a pesar de las instancias del «gachupín» y de su familia, a causa del compañerismo de los que llevaban la conducta y la gratitud que les guardaba por sus excelentes cuidados y finezas; pero ofreció «al señor», lo mismo que a la amable señora y a la gentil señorita por quien ya deliraba, pues se había convertido en su Dulcinea, que al regreso estaría con ellos por una temporada. Y así sucedió. Meses después, no muchos, contraía matrimonio con la beldad que desde un principio tiranizaba sus pensamientos. De ese enlace nacieron don José Refugio, don Domingo, don Felipe, señorita Rafaela y don Ireneo, todos de apellido Chacón.

En esa época no había sido erigida la actual villa de Tejutepeque, ubicada en la hacienda que llevó su

nombre, en jurisdicción de Ilobasco. Solamente existía un pintoresco caserío, cuyas casas, de paja en su mayoría, daban albergue a más de un centenar de campesinos pacíficos y laboriosos, entre los que predominaban los españoles; algunos eran de rara belleza, por lo que no es de extrañar que a Tejutepeque se le conozca con el nombre de Circasia Salvadoreña. Esta población fue fundada a mediados del siglo pasado; su clima es templado, sano y agradable; dista de la ciudad de Ilobasco ocho kilómetros y puede llegarse a ella en automóvil. Sus tierras son fértiles y se cultiva con buen resultado, café, caña de azúcar, arroz y otros cereales. Cuenta con 3,800 habitantes. En sus campiñas y boscajes y en su cielo límpido y sereno, se enriqueció la fantasía del futuro astrónomo.

Las propiedades de la familia Chacón, llamadas Tejutepeque y La Bermuda, dedicadas a la industria ganadera, al cultivo del jiquilite, cereales, etc., fueron confiscadas a causa de la desafección de sus dueños a las tiranías de algunos regímenes que se sucedían con frecuencia en aquellos tiempos en que el país se estaba organizando, al compás de tropiezos y revueltas frecuentes. Pocos años después fueron devueltas esas haciendas y nuevamente confiscadas y perdidas, como haberes de la susodicha familia.

II

Don José Refugio Chacón obtuvo el grado de Coronel debido a su valor e inteligencia, y militó en tiempos de don Juan Lindo. De éste tuvo que cumplir, a su pesar, la

orden que le diera de sacar montados en mulas con aparejos, rumbo a Granada, a aquellos Diputados que, en un raptó de rebeldía, se olvidaron de la mansedumbre que caracteriza a los Padres de la Patria en todo tiempo y lugar. Con Francisco Malespín estuvo en 1845 en el famoso sitio de León (Nicaragua), que cayó el 24 de enero de ese año en poder de aquel bravo e impetuoso General, a través de cuya historia sombría brillan rayos de luz que emanan de la Universidad Nacional. También prestó importantes servicios al país en la administración de don Doroteo Vasconcelos, uno de los gobernantes más bien intencionados y honrados que ha tenido El Salvador y de quien se enorgullece legítimamente el Departamento de Cabañas, y en la primera administración del doctor Francisco Dueñas. Casó con la virtuosa dama doña Antonia Canales. El año de 1842 nació en La Bermuda, jurisdicción de Suchitoto, su primogénito don Miguel, quien fue sostenido en sus estudios por aquella abnegadísima y amorosa madre. El doctor Miguel Chacón, que es a quien nos referimos, a su paso por el mundo, dejó una estela de honorabilidad; fue discípulo de don Ireneo Chacón en matemáticas, derecho y latín y vivió largos años en su casa cuando era estudiante de CC. y LL. y universitario. Fue el padre de don Enrique, don Armando, don Rafael, don Miguel Ángel, don Jeremías y don Alcides Chacón, que se distinguen por su ingenio y cultivado talento.

A doña Rafaela Chacón, que era conocida con el nombre de Santos, se le apreció y quiso mucho en Ilobasco; contrajo nupcias con don Am-

broisio Iraheta, hermano que fue de doña Manuela Iraheta viuda del doctor Daniel González. Doña Santos, a raíz de su casamiento, se fue a vivir a La Chacra, denominada hoy finca El Tránsito, con su esposo, y allí falleció, habiendo procreado a don José Iraheta.

Don Ireneo Chacón se había quedado sin saber leer y escribir. Sus demás hermanos eran trabajadores propietarios y hasta leían alguna que otra obra de notoriedad en aquella época. El, don Ireneo, trabajaba en todos los menesteres de un campesino hacendado y también en servicios duros, como lo eran los que desempeñaba en los obrajes de elaborar añil, industria que, como es sabido, tenía mucho auge entonces.

Contaría veintiún años de edad, a lo sumo, cuando acertó a pasar por la hacienda de Tejutepeque el Capitán Ríos, al mando de una escolta que velaba por el orden y perseguía malhechores, amén de desempeñar otras comisiones de importancia por aquellos lugares, de vez en cuando. Preguntó el milite por su nombre. Supo quién era. Montó en su caballo y llegó a saludarlo con frases de cariño admirativo. Se asombró de que no supiera leer ni escribir y más aun cuando notó en su amena conversación y en su semblante el reflejo de una inteligencia de alta calidad. Lo sonsacó, y huido de la casa paterna, llegóse a San Salvador, en ancas de la briosa bestia que montaba el Capitán. Pronto aprendió a leer «de corrido», después de haber devorado el carnerito de la cartilla de San Juan, ayudado del colonial y escolar puntero. Llegaba su sed de leer a grado que en las calles de la capital recogía en el día

retazos de la Gaceta o de otras publicaciones de ultramar, que leía después a la luz de un candil de manteca.

Sabedora, al fin, la familia del paradero del escapado, le costeó sus estudios, con las posibilidades de que disponía, en vista de los rápidos adelantos que hacía.

Habiendo el joven Ireneo terminado los cursos de Bachillerato en casi tres años, se dedicó a los estudios de la Abogacía, al mismo tiempo que a los de Ingeniería. Antes de recibirse en esta última Facultad, contrajo matrimonio con la distinguida señorita Soledad Melara González, parienta inmediata del que después fué el Presidente Mariscal González, quien formó el Departamento de Cabañas en 1873 con los Distritos de Sensuntepeque e Ilobasco, desmembrándolos, respectivamente, de los departamentos de San Vicente y Cuscatlán.

Frutos de ese matrimonio fueron: *Rodolfo*, que fué médico; el Capitán don *Segundo*, que estuvo en la campaña del 1885 contra el ejército del General Justo Rufino Barrios, y se batió en la acción del Coco, tan desastrosa para nuestras armas, habiendo salvado algunas piezas de artillería, e iba a ser fusilado por orden del General Adán Mora, General en Jefe de Operaciones, pero se salvó merced a gestiones del General vicentino Carlos Molina, hechas ante el Presidente Dr. Francisco Zaldívar, que estaba «dirigiendo la campaña» en Santa Ana, hospedado en casa del Gobernador General Narciso Avilés, en cuya residencia estaba preparado un banquete para el General Barrios el día 2 de Abril (viernes Santo), lo mismo que en la

mansión de doña Andrea Pérez v. de Sandoval, suegra del Dr. Rafael Meza y hermana carnal de los Generales Estanislao Pérez y Joaquín de igual apellido, quienes venían con Carlos Ezeta, Francisco Menéndez, José Santos Zelaya, etc. en la falange del Ejército de la Unión Centroamericana; *Mirtala*, que fué cantada por Adrián Rodríguez y Francisco E. Galindo por su belleza espléndida y altiva, y tuvo por esposo al Dr. Rafael Reyes, académico de merecimientos superiores y uno de los hombres más avanzados por su radicalismo; *Trinita*, a quien una ola traidora del mar, cuando estaba bañando en el puerto de La Libertad, la dejó sorda para el resto de su vida; *Alberto*, que murió en el combate de Panamá, peleando a favor de la revolución del General Uribe y Uribe, la cual se prolongó por largo tiempo en Colombia, casi arruinándola y en la que tomaron parte muchos salvadoreños y guatemaltecos; *Rafael*, que murió en 1896, antes de doctorarse en Derecho, cuyos estudios seguía con gran aprovechamiento; y *Conchita*, muerta hace como catorce años. Los demás hijos enumerados de don Ireneo también ya son fallecidos.

III

Don Irene Chacón hizo brillantemente su carrera de Abogado y de la misma manera ejerció sus profesiones (ya dijimos que también era Ingeniero). Fué Rector de la Universidad Nacional del 15 de Marzo al 6 de Noviembre de 1867; desempeñó también los cargos de Decano de la Facultad de Ingeniería, Miembro del Consejo Superior de Ins-

trucción Pública por la misma Facultad, Subdecano de la Junta Directiva de la Facultad de Ciencias Sociales y Políticas, y fué catedrático de Cosmografía, Historia, Agrimensura, Geodesia, Arquitectura, etc. En todos estos cargos dio pruebas inequívocas de robusto talento y gran ilustración, lo mismo que de su desinteresado amor hacia la juventud, la cual reconocía en él a un verdadero maestro. Fungió, además, como Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, Juez General de Hacienda y Juez de Primera Instancia, dando en estos delicados puestos demostraciones de probidad, rectitud y firmeza de carácter.

A raíz del terremoto del 16 de Abril de 1854, que arruinó a San Salvador, la cual tenía encantos de paraíso, según el Abate Brasseur de Bourbourg, quien meses antes había visitado y pasado en ella una larga temporada, la Capital de la República fué trasladada a Cojutepeque, habiéndose instalado la Corte Suprema de Justicia, el Juzgado General de Hacienda, la Universidad y el Colegio Nacional o de la Asunción, en la ciudad de San Vicente, «nidial de próceres y de figuras cumbres», como dice el distinguido escritor y poeta don Enrique Chacón, sobrino-nieto de nuestro biografiado.

Por decreto legislativo del 6 de Febrero de 1858 se ordenó que dichos tribunales de Justicia, que entonces tenían su asiento en la Nueva San Salvador, residieran en el mismo lugar que el Poder Ejecutivo. Esta ORDEN no fué acatada por el Presidente de la Corte Suprema de Justicia Licenciado Damián Villacorta, los Magistrados propietarios Licenciados Ireneo Chacón y Francisco

Zaldívar y los Magistrados Suplentes Licenciados Manuel Olivares y Marcelino Valdés, entre otras razones, por ser inconstitucional. Los otros Magistrados Rodríguez (Victoriano) Ulloa y Bosque, sostuvieron su legalidad y se trasladaron a Cojutepeque. Este sisma judicial produjo gran sensación y fuertes controversias en el público, y el Poder Ejecutivo que presidía don Miguel Santín, para solucionarlo y tratar de otros asuntos, convocó extraordinariamente a la Asamblea Nacional, formada de las Cámaras de Diputados y de Senadores; y esta última, por sentencia del 30 de Abril del mismo año, condenó al Licenciado Villacorta a la destitución de su empleo y a los demás opositores «a la pena de destitución de sus destinos y a la de inhabilitación para obtener empleos honoríficos, lucráticos, o de confianza, por el término de dos años». La pena de don Damián Villacorta fué menos severa, porque —dice el fallo— «ha manifestado su respeto y obediencia, exponiendo que sólo por enfermedad no se presenta ante este Tribunal conforme a la orden de comparendo, y que reúne en su favor varias circunstancias disminuyentes»; y en Mayo, fué pensionado por el Supremo Gobierno con cincuenta colones mensuales, según dice La Gaceta, «como una débil recompensa de los importantes servicios que ha prestado a la República durante muchos años». En lugar de los Magistrados destituidos fueron nombrados, por su orden, los Licenciados Anselmo Pais, Esteban José Castro, Juan Delgado (Magistrado Fiscal), Francisco Aguilar y Vicente Loucel.

La convocatoria en referencia de la Asamblea, provocó muchas pro-

testas por la prensa, siendo la más importante la de varios Diputados, los cuales fueron destituidos por esa causa de sus cargos por la Cámara respectiva por decreto del 28 del referido mes de Abril.

El General Gerardo Barrios, uno de los más grandes estadistas centroamericanos, siendo Presidente interino de la República, por decreto del 28 de Junio del expresado año, ordenó el traslado del Gobierno a la antigua Ciudad de San Salvador; y habiéndose negado a trasladarse en el tiempo que les fijaron los Magistrados Rodríguez y Castro, ejerció presión violenta sobre ellos. El ex-Presidente Santín presentó acusación contra Barrios por ese hecho a la Cámara de Diputados, el 21 de Enero de 1859. «Que estando en el ejercicio del Supremo Poder Ejecutivo el Senador don Gerardo Barrios —decía la acusación— aprisionó y condujo escoltados a esta ciudad (San Salvador) a los señores Magistrados D. Esteban Castro y D. Victoriano Rodríguez, porque difirieron o fijaron más tiempo que el que les señaló para trasladarse. Esta acusación, que comprendía otros hechos, fué desechada. «La coacción que recayó sobre dichos magistrados —reza parte del dictamen de la Comisión de Peticiones de la Cámara— no fué por el simple hecho de diferir el traslado; tuvo origen en un desatento desconocimiento que hizo el Supremo Tribunal de la autoridad del Ejecutivo, negándole la facultad puramente administrativa de acordar el cumplimiento de una orden legislativa, para que la Corte resida en el lugar donde reside el Gobierno».

Barrios fué uno de los Senadores

que firmaron la sentencia de destitución de los Magistrados Villacorta, Chacón, Zaldívar, Olivares y Valdés. Más tarde, en 1864, don Ireneo aparece presidiendo el Congreso Nacional Constituyente que sancionó el nombramiento de Presidente Provisorio de El Salvador, recaído en el Dr. Francisco Dueñas después del derrocamiento del Poder del mismo General Barrios, a quien ese mismo congreso declaró reo de alta traición, etc.

El Dr. Chacón escribió varias obras, siendo la más notable ESTUDIOS MATEMATICOS, de la cual se hicieron cálidos y muy merecidos elogios en el extranjero. También tuvieron buena acogida y fueron encomiadas sus EFEMERIDES, unos interesantes estudios sobre Historia Antigua, Astronomía, sobre los pobladores del continente americano y la distribución indígena en la América Central. Existen otros estudios que no alcanzó a terminar y que tratan de Astronomía, Historia, Jurisprudencia, antigüedades de Centro América, leyendas, apuntes idiomáticos y sobre el régimen de las colonias y mitos indígenas. En el Diario Oficial —época de Zaldívar— está publicada una polémica famosa con el gran sabio francés Camilo Flammarión, en que éste, a la postre, lo felicita efusivamente por haberlo vencido en el serio debate matemático que tenían empeñado. Asimismo gozó don Ireneo de muy justa fama de ser latinista profundo y helenista.

IV

El ilustre hijo de Tejutepeque era de apostura elegante, reposado, juicioso, contemplativo, sumamente

estudioso. Como padre fué ejemplar; como amigo, incomparable. Su corazón era puro oro y su bondad, sentimiento goteante incontenido.

Su casa estuvo ubicada en San Salvador en el sitio que hoy ocupan la Universidad y una pequeña parte de la Dirección General de Correos. La rodeaban tapias y arboledas. Entonces no existía la calle que hoy está frente a dichos edificios, al lado Oriente. Había un árbol de tamarindo cercano a la casa que le servía de observatorio y al que subía con destreza como chicuelo. Allí pasaba horas largas, a veces en unión de amigos, entre los cuales se encontraban los señores Bouineau, Bousquet (que más tarde fué suegro de Enrique Chacón), Coussin y otros franceses, con quienes solía hablar en el idioma de Lutecia, que poseía magistralmente.

El Dr. Ireneo Chacón murió a mediados del año 1883, pobre, desengañado de los hombres y de las cosas de este mundo. Los últimos días de su vida fecunda e intensa los pasó en la casa de una finquita de su hijo político Dr. Rafael Reyes. Dicha casa era llamada Petit Trianon; estaba situada en el mismo lugar en que hoy se encuentra El Chiquero, mercado de cocinas y de víveres, y que fué la Estación del Ferrocarril de Santa Tecla: en ella fué albergada por varios años la Escue-

la Normal, de la cual egresaron algunos hombres notables como el poeta Vicente Acosta y el educacionista vicentino don Marcos Ochoa. El Dr. Reyes y su viejo suegro reunieron sus libros, que eran numerosos, y transformaron la sala de recepción en una biblioteca rica y selecta.

Rubén Darío, en su AUTOBIOGRAFÍA hace recuerdos de «un colegio que dirigía—dice—cierto célebre escritor, el doctor Reyes, hombre suave, insinuante, con habilidad indígena, culto y malicioso». En ese centro fué internado «largos meses», dio clases de gramática, «enseñó a recitar versos a todos los alumnos y era consultado para declaraciones y cartas de amor». Entonces había cumplido 14 años y gobernaba el país el doctor Rafael Zaldívar.

Los restos de don Ireneo Chacón reposan en el mismo mausoleo donde yacen los del Dr. Rafael Reyes y doña Mirtala Chacón de Reyes, en el Cementerio General de San Salvador, a la izquierda de la tumba del gran centroamericano Francisco Morazán. La Escuela de Varones del apacible lugar donde se meció su cuna, lleva su nombre, como un homenaje a su querida y respetable memoria.

Vicente Navarrete.

Ilobasco, Dep. Cabañas.

El Lado Negro de la Psicología

Por John Wright Buckham

La psicología es ciencia nueva que a partir del año de 1890 en que William James publicó sus «Principios de Psicología» ha hecho progresos asombrosos, comparables tan sólo con los de la mecánica y la biología. (Se le dice ciencia nueva porque ya desde hace mucho ha negado tener conexión reconocida alguna con la filosofía.) La psicología ha ensayado, tabulado y reducido a sus propias fórmulas todas nuestras ideas y emociones; ha penetrado al subconsciente y aun se ha asomado al inconsciente con atisbos de portentos inquietantes de lo que ocurre en este sótano oscuro del organismo humano.

De este modo, hemos contemplado en tesitura de asombro y sumisión, en trance de hipnosis que se dijera, la transformación de nuestras ideas acerca de nosotros mismos y de nuestra constitución física y mental, en algo nuevo y extraño. A la larga y ahora, empero, los más atrevidos y los más escépticos comienzan a preguntarse si todos estos descubrimientos psicológicos aceptados representan en total una ganancia genuina, y a inquirir si en efecto estén bien fundamentados y sean tan definitivos como parecen.

El que esto escribe, como crítico franco y no creyente, se permite distinguirle al innovador audaz, ahora a la psicología, haciéndole cuatro cargos concretos, como los siguientes: La psicología (1) ha suplantado a la ética; (2) ha degradado a la ra-

zón; (3) ha minimizado a la religión y (4) ha tratado de desplazar a la filosofía. Cabe advertir, para comenzar, que aquí se escribe sólo de las formas más extremas de psicología corriente en cuanto ésta se ha apoderado del pensamiento público.

En primer lugar, la psicología ha suplantado a la ética.

El bien y el mal, esos antiguos baluartes de la personalidad y de la sociedad, ya no son; ahora se les ve reducidos prácticamente a una procesión vagarosa de mitos, tradiciones descartadas y vestigios. El imperativo categórico ha perdido su autoridad y lo tienen como si pensionado en retiro de inocuo desuso. La conciencia es ahora simple censor a la puerta que lleva de lo inconsciente a lo consciente: portero que se concreta a advertirle al individuo qué es lo que el organismo psicofísico encuentra agradable o desagradable. Las virtudes ya no son; ahora las tienen convertidas en compensaciones y complejos. La humildad no es humildad, ¡que val, es complejo de inferioridad; y el valor, complejo de superioridad. La libertad es un fantasma, una ficción, simple sueño de una criatura natural muy inflada de sí misma que se imagina libre cuando lo que hace es obedecer los dictados inescapables de su naturaleza psicofísica.

La personalidad, ahora el carácter, ha perdido el esplendor que le con-

frieron Sócrates y Platón, Jesús y Pablo, Kant y Emerson. Por supuesto que la psicología se ha ocupado de la personalidad y producido tomo sobre tomo y conferencia tras conferencia acerca de cómo entender y desarrollar la personalidad; pero todo esto significa, por regla general, un curso de instrucción, una técnica de hacerse uno agradable y eficaz frente a los demás, de manera de llevar a la prosperidad, y adquirir renombre y fama y progreso; y también cómo descifrar los tipos individuales de conducta en los demás, con objeto de usarlos para beneficio propio.

Por contraste con esta superficialidad egocéntrica se debe mencionar el recio énfasis ético que a la autodisciplina y al verdadero desarrollo de la personalidad se les pone donde los más empujados exponentes de la personalidad, como el doctor Alexis Carrel.

En segundo lugar, la psicología —que quizás se debiera decir psicologismo— ha degradado a la razón. Esta potencia verdaderamente majestuosa, que un tiempo se tuviera por don divino, que ha levantado al hombre por encima de las demás criaturas y por medio de la cual dicho hombre se ha hecho señor de su mundo y ha creado la ciencia, el arte, el derecho, la filosofía, la literatura —y aun la psicología misma—, esa razón, queda ahora reducida a la categoría de instrumento simple y sencillito cuya función es de ajustar el animal humano a su medio ambiente. La psicología se ha metido con el término *racional* para degradarlo al estado de *racionalización*, que consiste en un proceso de elaborar razones especiosas para hacer uno lo que se le venga en gana. Es

verdad que siempre ha habido un tanto lúgubre de esta clase de «razonar»; pero el dar por supuesto que el individuo normal, por regla general, no se vale honesta y constructivamente de su razón a la hora de hacer sus juicios de justeza, será racionalizar, pulverizándola, nuestra más alta posesión humana. Los animales reaccionan; pero los humanos reflexionan —juzgan, piensan—, o cuando menos debieran hacerlo.

Por otro lado, se tiene la consabida y ubicua e imperialística prueba de inteligencia como índice del dominio de la psicología sobre la educación. ¿Será que la prueba de inteligencia prueba de verdad la inteligencia? Indudablemente que sí, si se habla de cierta especie de inteligencia —cierta viveza y prontitud, del campo y exactitud en cuanto a información en un ramo dado. (Cabe inquirir si aun la prueba de «Si o no» logra siquiera esto). Pero, ¿significan cosa alguna los famosos «tests» en el terreno de la amplitud y capacidad del carácter, y de la potencia de juicio crítico y sintético, y de la habilidad en la aplicación de principios? En términos de justeza elemental su «P. Q.» —personality quotient, conciente de personalidad— le es mucho más importante a uno que su «I. Q.» —intelligence quotient, cociente de inteligencia—.

III

En tercer lugar, la psicología ha minimizado a la religión. De valor intrínseco la ha reducido a valor funcional. Se nos dice que el desarrollo de la religión se funda en un impulso de sobrevivencia. Se proclama que la religión es en gran par-

te un fenómeno de la adolescencia. Se proclama que la religión es en gran parte un fenómeno de la adolescencia. Al misticismo se le explica como un estímulo excesivamente emotivo, en lugar de una comunión espiritual eterna con el Altísimo. La idea que hoy con hoy corre acerca de la religión como opiado, como compensación, como escape de la realidad, corre principalmente por culpa de la psicología. ¿Escape de la realidad? Todo lo contrario: la religión es efecto la reconquista de la realidad.

La psicología ha tratado de disolver a la teología en ácido de explicación, diciendo que es una forma pueril de racionalización, o si se quiere, una forma refinada de pensamiento condicionado por el deseo. Al colmo de esta audacia se llega con la interpretación freudiana de Dios como producto del «complejo paternal», y como «una ilusión».

IV

Finalmente, la psicología ha tratado de desplazar a la filosofía. Esto lo ha hecho no ya deliberada sino que ingenuamente. En vista de que no tiene lugar para lo absoluto, ni para lo último, ha tratado de pasarlos por alto, o de reducirlos o bien a compensaciones pragmáticas o bien a ficciones naturalísticas. Incidentalmente, se ha prestado a las extravagancias y contorsiones del arte realista «moderno» a ultranza. En manos de Hollywood, ha psicoanalizado abarcas supremas de la literatura, como «The House of Seven Gables» de Hawthorne, obscureciendo y estropeando la interpretación del autor.

Este vocabulario comercial de psi-

ciología, de compra y venta, se ha hecho tan común y popular, que los clubes altruistas, y las organizaciones comunales y aun los organismos educativos y las iglesias, hablan en términos de «vender» sus objetivos, y aun de «venderse» ellos mismos. He aquí una frase que de antes otras generaciones más racionales y más espirituales, acostumbraban asociar con el engañador por antonomasia, Mefistófeles, y con el traidor máximo, Judas. De donde que no sea motivo de sorpresa el que algunos visitantes de otros países menos psicologizados que el nuestro (E.E. UU.), al oírnos hablar de «vender» religión y de vender el alma misma, juzguen que hemos vendido nuestra cultura, a la par que nuestra ética y nuestra religión, a esa forma prepotente del totalitarismo que es la ganancia.

Claro que esto se ha ido demasiado lejos. El asunto tiene otro lado. Pero este otro lado no es el que se subraya hoy por hoy. Quizás que se debiera escribir otro artículo compañero de éste, bajo título, por ejemplo, de «El lado blanco de la psicología». También se debe advertir que estas críticas tienen que ver exclusivamente con la psicología *apersonalista*, que es la que niega el ego. Por contraste habría que montar la psicología *personalista*, que así podría llamarse, cuyos representantes serán los psicólogos filosóficos como McDougal, Straton, Allport y otros varios, contra quienes no valen estas críticas. Sin embargo, cabe decir también que a esta última escuela se la ve hoy con hoy a pie, sin heraldo y sin concul; la influencia sobria y moderadora de los psicólogos sanos y equilibrados está contribuyendo a

mantener en jaque la invasión de los tipos extremados de psicología, y la cortina de fuego del psicologismo popular; pero dicha influencia carece de reconocimiento por parte de los representantes de la educación y la religión.

Los problemas urgentes de moral, de religión y de política que ahora tenemos por delante no se pueden resolver por medio de designios superficiales de mecanismo psicológico. El propagandismo se basa en el em-

pleo de los métodos psicológicos y se puede contener únicamente por medio de atisbos y principios racionales y morales. Esta pérdida total de la moral que ahora se advierte se podrá recuperar sólo por virtud de una fe y una confianza en los valores racionales, éticos y morales; sólo por medio como éste se podrá restablecer un orden de moral y de justicia, donde la psicología funcione de servidor, que no de amo.

ENVIA EL AUTOR

La Novela en América

Sus Raíces

Por Alejandro Andrade Coello

Miembro Correspondiente del Ateneo de El Salvador en Ecuador

Conocido escritor y crítico peruano publicó en Chile un libro de título sugestivo. «América: Novela sin novelista». El autor no ha de asustarnos porque no se encarniza contra los novelistas, que los hay magníficos en este fecundo y vasto continente. Lo que quiere es que se fundamente la novelística americana, que del rico material florezca, en los jardines de la realidad, la rosa roja de esta tierra, sin trasplante ni injerto alguno. Aspira a que el novelista tome en el Nuevo Mundo los elementos que se le ofrecen. Tiene mucha razón.

He recordado de paso a Luis Alberto Sánchez al bosquejar las raíces de la novela americana de hoy. Aventurado es citar las muchas y

buenas novelas que he leído de todas las repúblicas americanas, de unas con más fervor y abundancia que otras. Tengo miedo de que falte en el catálogo alguna, lo que, siento muy humano, resiente. La lista, además, sería fatigosa. Especialmente tratándose de los modernos, resulta vidrioso invocar a los que viven aún y trabajan. El olvido de uno siquiera, sería pecado sin absolución.

La novela, segun en otro lugar demostré, nos vino principalmente de España. Se aclimató en América la picaresca. No desconozco que ahora la influencia en muchos espíritus sea rusa. De otras naciones se ha tomado también mucho, como de Francia.

La cantera americana casi está intacta. Los buenos novelistas han copiado nuestra naturaleza, han desarrollado los más variados temas dentro del marco que diríamos del paisaje y la vegetación americanos. Han descrito sus campos, aldeas y ciudades; las costumbres de los labriegos y de los urbanos, lo mismo del charro mexicano que del rastacuero argentino, del montuvio del litoral ecuatoriano que del pije o señorito chileno, del pelucón y del roto.

Al período romántico que engendró amores puros y paradisiacos, idilios de estudiantes, azucenas pasionales que caen tempranamente tronchadas en la tumba, sucedió la época naturalista, con todas sus crueldades, de las que abusaron, en el anhelo muy explicable de fotografiar el medio ambiente.

La novela se demoró en pintar al siervo de la gleba y le presentó como explotado y mártir de las fatigas campestres. El negro subió también al escenario: sus esfuerzos, sus duras faenas fueron puestos ante los ojos admirados del lector que entraba en un mundo nuevo, por más que conociera la literatura negroide y la poesía afro-cubana. Dígalo Ildefonso Pereda Valdés que formó prolija antología de la poesía negra americana.

El indio proporcionó argumento para numerosas novelas, entre las que sobresalen algunas, por su colorido, por el afán de transformar al dueño de estos inmensos dominios, al pobre sér, de misérrima condición, siempre explotado y oprimido, que por siglos ha vegetado al margen de la civilización, ajeno a las más sencillas aspiraciones, sin esperanza de aurora económica, entre las sombras

de resurgimiento moral y físico. Se tañó una como tiorba de este vencido monarca, más propicia a la venganza rehabilitadora, a la santa indignación que a las lágrimas.

El indio, con su burdo lenguaje y sus hábitos opacos, ha permanecido en la palestra. De la novela se ha aguzado en naciones americanas, en Ecuador, Perú y México, el arma para la reparación social del indio.

En esta corriente, plausible en el fondo, entró también no poco de la moda que acentuó la importancia capital del tema que fue a tratarse, con sus complejos problemas, cada cual de distintas fases, en los pueblos de América, en congresos consagrados al indio. De México principalmente llegó el grito rebelde.

Escasas las novelas históricas, no obstante la riqueza de los asuntos que a lo largo de la cordillera andina pudieran aprovecharse, con el imperio de déspotas y dictadores, con los pintorescos sucesos y las tragedias que parecen inverosímiles. Con todo, se registran algunas muy apreciables de argumento netamente histórico o de inserción de episodios evidentes. También se ha ensayado la biografía novelada en nuestros días. Algunas vidas pintorescas, algunos actos grotescos de tiranos o de figurones ignorantes tienen el sabor de la novela de aventuras que limita con lo fantástico. La novela de hoy tiende a perfilar su carácter social: se está labrando el relato con cinceles proletarios; se tallan esculturas y protagonistas con escoplos arrancados de talleres humildes; se apuntan conflictos, se condenan injusticias, se ahondan las diferencias de clase, entrando a la vivienda triste y obscura, a la oficina del emplea-

do mal retribuido, al campo elegante del funcionario que consiguió su cargo con pésimas artes. Se recorren los hogares de la clase media y se ascienden podridos peldaños de viviendas aristocráticas para establecer antítesis. Puliendo la sistematización, confirman que un soplo regenerador trata de vivificar los cuadros desconcertantes, siquiera por la protesta que asoma a los labios. De la madera del obrero, a veces con crueles hachazos, se ha intentado esculpir un Cristo moderno, blanco de inconfesadas necesidades, sacrificios estériles y explotaciones vergonzosas. Laudable que se promulguen los derechos del trabajador, que por la exhibición franca se reformen sus tugurios, que se les ventilen y alumbren, que se pida pan en abundancia para los indigentes, que se saquen al artesano, al asalariado, al peón de su aflictiva situación, que se racionalicen los hábitos higiénicos que se les redima de la ignorancia, de la superstición, del fanatismo.

Los contrastes han sido terribles; pero en las tétricas pinceladas ha entrado abundante imaginación para recargar las imágenes.

No es América una cárcel estrecha, ni el ejército de desocupados llega a la desesperación numérica. Con menos vagancia, con un poquito de iniciativa, con un corte enérgico a la empleomanía, la enfermedad económica iría curando radicalmente. Sin dogmatizar, la novela americana guarda un fondo educador en este punto social. Ha de anotarse imparcialmente que los derechos obreriles invocados a gritos no están reforzados por la voz de los deberes, en ejemplos heroicos, por más que broten de la novela. Así

se haría conciencia americana, más por medio del combate a los vicios, que con el descarnado dibujo de morbos y monstruosidades. El obrero necesita rectificar su conducta, librarse del alcohol, formar su contextura moral, elevar su ética. La novela de este género cumplirá su misión proporcionando casos edificantes, junto a los desastres puestos ya de relieve.

No gusto de las parrafadas moralistas en el texto, ni de los sermones transcritos en esas obras al fin y al cabo recreativas: me refiero a la acción recreativa, al trasunto edificante, al modelo para robustecer una raza.

Algunos meritísimos novelistas americanos han ensayado la novela de tesis, sustentadora de diversas doctrinas.

De Buenos Aires llegó una novela que apoya el principio de liberación humana. Se valió del cuento de dos individuos: un médico y un ex-empleado que cambiaron de nombre y vivieron dos vidas, que hicieron lo posible por no ser identificados. El arranque de inteligencia que da un puntapié a las preocupaciones sociales está bien definido.

Si no me hubiera propuesto —para ahorro de reclamos y quizá gratuitos ataques— omitir nombres de autores y libros, con gusto citaría al novelista a que ligeramente aludo.

Hablo en estas líneas de las raíces de la novela americana, o más propiamente, de que eche raíces en este suelo, con selecta y propia semilla, de modo que crezca la novela como un árbol frondoso. Sigán en su labor, extensa y difícil, los famosos cultivadores de la planta americana.

En múltiples ocasiones me he ocupado de no pocos paladines de la novela nuestra, de los más representativos y de los que empiezan con lozanía a ascender a la cumbre literaria, honrando al género.

Si dirigimos la mirada investigadora hacia las montañas andinas o las pampas infinitas; si tratamos de inquirir la espesura misteriosa, hallaremos novelas que por su simbolismo y corrección, por la realidad que encierran, por la curiosidad que despiertan, son modelo de belleza y de iconografía, norma ya no únicamente literaria, sino social, acentuadora del hábito libérrimo que ha de purificar estas comarcas.

Esas novelas epónimas, llamémoslas así, han conseguido la atención de Europa, desde los tiempos en que se describían, a la manera de Chateaubriand, dramas entre las selvas, se pormenorizaban románticos idilios, como oasis en el desierto de la ignorancia campesina y la indiferencia rural, se apuntaban elegías estudiantiles en la sociedad de la campiña; se catalogaban dolorosamente barbaries en la lejanía forestal donde la ley no impera y la consecución de la codiciada goma, de esta básica sustancia de la industria moderna, la manicoba, el caucho, la balata, impulsaba al crimen horripilante y sin castigo; se contrastaban las salvajes bravuras del llanero con la sorda lidia del pobrete y del cesante confinados en estériles aldeas, que salen a puertos comerciales, trazando amargas odiseas y desesperadas conquistas del pan cotidiano, etc.

Se ha construido, con piedras de sillería o con frágiles adobes, algo como la epopeya de las olvidadas regiones y de sus sacrificados morado-

res, con el resaltamiento de inicuas explotaciones y de inverosímiles costumbres. Se ha puesto gráficamente de relieve el modo de vivir del pueblo, de gamonales y caciques, de siervos y gañanes.

Se ha planteado valientemente lo que ha de ser la plasticidad del cuento, desnudo quizá pero artístico, cáustico, pero de admonitor acicate.

Y así han surgido llaneros y gauchos rudos habitantes de la meseta andina o de los valles calientes ecuatoriales, de las densas poblaciones mexicanas o de los pagos uruguayos y de las riberas de los ríos brasileños.

Las faenas del campo, arduas y típicas, están viviendo en páginas de belleza tangible, como esculturas que la palabra burila. Los partidos políticos —los tradicionales— dieron su contribución: escenas, intransigencias, combates, crueldades entre divinos y humanos, entre familias privilegiadas y el pueblo.

El estilo ha quedado a flote, con toda su galanura y poesía. Los críticos están de acuerdo en que no existe obra alguna de arte que no sea simbólica y que talle su estilo con esmerado buril. Los libros magistrales son simbólicos: la Biblia, el Quijote, Fausto, muchos dramas de Shakespeare, la Divina Comedia, etc.

Traigamos algunos elementos de arte. «La comparación —observa Ulrich Leo— es añadidura y adorno estético dentro de la sustancia autónoma del poema; la alegoría es puente entre lo lógico y lo poético y tiene naturaleza racional; el símbolo brota del fondo de la existencia irracional y la abre a la expresión poética, salvándola casi de la prisión del silen-

cio eterno. La comparación y con ella la metáfora es casi el traje gracioso o la capa majestuosa, que viste el objeto de la realidad, desapareciendo éste a veces bajo esta indumentaria. La alegoría es la personificación solemne de lo que como abstracto y sublime desdeña presentarse, si no es transfigurado; el símbolo es la evocación mágica de lo inefable e inaccesible en la vida del mundo y del alma con medios poéticos». Agrega que toda obra de arte verdadera no puede germinar sino en suelo de simbolismo. La fotografía de lo real se pone más de resalto, reluce más por la clara visión, fiel y admirable: hace, por la magia de la poesía «soñar la oculta música de las cosas».

¡Qué asombrosas novelas de musical estilo, alguna de las que confían con el verso! ¡Armonía de las narraciones cautivantes, de parecido absoluto, transmitidas al lector en frases de ejemplar corrección, sin apartarse por esto de la humanidad que difunden, la naturaleza que retratan, la realidad de las imágenes; sin que la sinfonía del verbo las debilite un punto!

El mundo interior, la psicología de las novelas, en nada desmerecen, si la poesía vernácula, la oración elegante las toman por su cuenta. No se opone el arte ni a las pinceladas del infierno verde, ni a los dramas oscuros del trópico, ni al horror tiránico de los dictadorzuelos que algunas ocasiones ha producido América, en la que, como en Venezuela, se han visto envueltos en el drama inteligentes e indefensos jóvenes estudiantes, ni a las feroces guerras entre blancos y colorados, entre liberales y conservadores, entre derechistas e izquierdistas y otros *istas*,

cual en las campañas aztecas, llenas de caudillos después del *porfirismo*, cual en él *batllisimo*, cual en el *gomismo*, etc.

La tiranía de Rosas, revive, como la de Francia y López.

Tampoco el prosaísmo, la angustia técnica del psicoanálisis, están en pugna con la tersura de las oraciones que ilustran y ennoblecen la lengua castellana.

Lo expuesto, no tiende ni por un momento a la supresión de voces criollas, términos típicos, frases pintorescas, vocabulario americanista, lenguaje propio de cada región; pero el toque está en la medida con que se emplean. Los estudios folklóricos son de trascendental importancia. Con todo, no por el prurito de avivar el marco se han de multiplicar sistemáticamente clisés que llegan a fastidiar, descontando la vulgaridad y el descomedimiento que encierran. La apología de la decencia será siempre más limpia y duradera que la del fiemo y la grosería.

Si el artista no olvida que en la novela, retazo de vida, entra un poquillo de poesía, habrá coronado su obra bella, que en nada altera la verdad de su fondo. Si el corazón humano sale de sus profundidades, como en la eterna dualidad cervantina, no por esto se han de suprimir los pasajes en los que la poesía brota de recónditos manantiales. Junto al miedo cervical y sanchopanescos de la aventura de los batanes y de las nocturnas escenas de Maritornes, ¡cuánta hermosura en cien episodios y mil párrafos!...

Palpita fresca originalidad en la novela americana. Ha creado personajes que están dando la vuelta al mundo. Por unas pocas imitacio-

nes o transcripciones exóticas, la mayor parte del material es propio. Figuras podría citar que parecen talladas en bronce. Su auténtica modelación las perpetúa en el arte y en la existencia americanos.

Pero la mina está íntegra todavía, no obstante la activa explotación continental. La novela americana ostentará sus riquezas, a medida que la comprensión popular la estimule física y moralmente.

Poco a poco ha de cobrar más hondura, de manera que las lecciones sociales viertan de suyo, las hábiles enseñanzas sean el magnífico bordado de la obra y la filosofía resalte como sutil corolario de la exposición, por descarnada que fuese.

No está lejano el día en que América se ufane de la posesión de una como Biblia novelística. La planta ha echado raíces. Sus tallos son robustos. Subirán hasta la altura agobiados de sabrosos frutos.

GENERALIDADES SOBRE LA NOVELA AMERICANA

Un puñado de novelas — La emoción del paisaje — Raíces de la novela picaresca — Estudio del ambiente — Prolongaciones de la novela — Caracteres de la Americana.

Heraldos intelectuales que de lejanos horizontes me han visitado, permiten a este cronista dedicar algunos conceptos a la novela americana y aludir a la clásica española.

El autor de *Almas en la Rosa* me envía su poema de la montaña: Liray, que poetiza las agitaciones del

agro. No ha mucho se editó en Santiago de Chile *Orestes* y *Yo* de Juan Marín, que me ha favorecido con *Naufragio*, sin contar sus estudios científicos e investigaciones freudianas. Autor de varias novelas es Manuel Acosta y Lara que en *Globos de Papel*, transparenta las peripecias del diputado Pirulo. También lo es Ocaño de la Suarée que desde la Habana me ha remitido *En el país de las mujeres sin senos*, acre sátira dedicada «a la juventud intelectual hispanoamericana para prevenir contra el mito de París. Ha pasado la frontera ecuatoriana la segunda edición de *Silencio* del centroamericano Toruño. A reciente fecha pertenece la novela *La Esposa de Linares* que como *Tierra en Sazón*, *Mascarada*, etc. acredita honrosamente que Esther Monasterio espiga con empeño y aplauso en tan dorados trigales. Modernísimas son las estampas *Vértebra*s de Julio A. Cáceres, *Gente* de Max Dickmann. *Tenera Gaucha* de Alejandro Magrassi, *Lucha* (Historia de un hombre) de Juan García Orozco, la nueva edición de *Este era un país* de Vicente A. Salaverri, *Mar-Muerto*, editada ya en castellano, *La invención de Moral* de Adolfo B. Cásares y cien más que espontánea y ágilmente vinieron a mi poder y a las que aludí ya otras veces.

Antes de hablar de nuevo de alguna de ellas, señalaré, en rápida ojeada, las tendencias de no pocos novelistas que gustan de fotografiar la vida urbana y la rural, sobre todo de la campiña uruguaya, argentina, chilena, centroamericana, de los llanos de Venezuela, de las diversas comarcas colombianas, el altiplano de Bolivia, la meseta andina del Ecuador o sus huertas tropicales.

Se empeñan en transmitirnos la emoción del paisaje, deslumbrados ante las galas de la naturaleza, sintiendo el panorama de las tumultuosas ciudades y la hermosura tranquila de las soledades agrestes. No puede prescindirse del paisaje americano, porque para intimar en el trato de sus habitantes hay que empezar por conocer la casa. Arte supremo es comunicarnos la pompa del escenario, inducirnos a entrar en el alma de las cosas. De tener tiempo, formaría espléndida antología CON TROZOS DESCRIPTIVOS del paisaje de América que guarda todavía recónditas bellezas.

Pero se ha de dar variedad a los escenarios, sin prurito sistematizador, porque incurriríamos en amaramiento y en monotonía, por la repetición de asuntos, ya que *mutatis mutandis*, todos habrían de parecerse. Por esta razón, dirigiéndose a los novelistas juveniles, amonéstales Arturo Torres Rioseco: eviten toda fórmula «por halagüeña que sea». Al concretar más el punto, añade el crítico:

«Este consejo no sería sino el producto de la observación de las mejores obras que han aparecido entre nosotros en los últimos veinte años. Azuela y Martín Luis Guzmán concretan el sentido de la revolución mexicana, pero sus continuadores no logran dar mayor prestigio a la materia; Rivera no tiene antecedente para su VORAGINE, Ricardo Güiraldes acierta saliendo del marco estrecho de la concepción de novela gauchesca; Pedro Prado transforma sus ímpetus líricos en obra de ficción. Cuando el tema se hace acervo común, se empobrece, se limita a la imaginación del autor, se cae en el defecto de la repetición infinita.

Esto es lo que ha pasado a los jóvenes ecuatorianos con el tema indígena; a los argentinos anteriores a Güiraldes, con el gauchesco; a los mexicanos, con el de la revolución. Estas observaciones que se me ocurren acerca de la novela, se podrían aplicar también a la poesía lírica de América, cuya pobreza estos últimos años, gracias a las fórmulas europeas, es verdaderamente desesperante.

«El tema americano es abundantísimo y se demuestra palpablemente en el afán que existe entre los escritores extranjeros por escribir sobre nuestras cosas. No necesitamos entonces recurrir a fórmulas importadas, ya que entre fondo y forma debe haber una correlación especial, un ritmo propio. Es frecuente oír en bocas de críticos norteamericanos y europeos opiniones de esta naturaleza, al hablar de nuestros escritores: «no agregan nada a lo que ya conocíamos de España y Francia». Creo que en estos treinta y nueve años del siglo presente el sentido americanista de nuestra literatura nos ha dado una alta representación en las letras universales y debemos mantener ese tono de sinceridad, pero al mismo tiempo se nos impone, como necesidad absoluta, la variedad temática y la diferenciación estilística».

Carlos B. Quiroga en su *Lirilay*, describe con arte el fogón de la estancia de Caspicuchuna, las faenas en los corrales, la tarea del ordeño, la manera de señalar a los terneros partiéndoles la oreja, la apertura de las tranqueras para dejar en libertad al ganado, el encabritarse de los potros chúcaros, la llegada de jinetes que desmontan de bridones sudorosos; los sueños de la linda *Lirilay*,

hija de doña Pancha, enamorada de la sombra de un cantor de la montaña, al que celoso va a buscar Jonás. Esto da idea de la técnica de un novelista entusiasta por la naturaleza y la decoración campestre, sin prescindencia del palpitante psicológico de sus héroes. Quiroga opina que «en la novela no hay otra categoría que la artística, vale decir, la eficacia en la idealización del hombre y del medio social y natural donde actúa. Ello significa que en toda novela lo principal es el hombre y el sentimiento de la vida».

La cantera es inagotable, ya tomen las novelas como asunto el bullicio complejo de la ciudad, con sus miserias oropelescas; ya la tranquilidad poética del campo que el racional profana con sus abusos, que no por esto desmerecerá la substancia elegida ni habrá temor de que se establezca prelación al averiguar las excelencias de éste o aquél ambiente. A la postre, el secreto del triunfo consistirá en el procedimiento, cualquiera que sea la trama dramatizada que elija el artista novelador, dentro también de cualquier palenque de lucha.

Cosas al parecer pequeñas, de sencillo humorismo, ejecutadas por personajes humildes, por maleantes y mendigos, tomadas en el crisol del arte se agigantarán, nítidas y seductoras. Con un loco soñador y un candoroso labriego, Cervantes buriló maravillas, cincelándolas en bronce y mármoles para levantar el monumento de la humanidad.

La novela picaresca española, ponga por caso, no desmerece por que entró en los bajos fondos sociales, obtuvo copia de las grotescas costumbres de la época, destapó los te-

chos de las casas y anduvo entre ciegos gallofeantes, tacaños, zarrapastrosos y prosélitos de Monipodio, en el reflejo social de una clase. Al contrario, proporcionó materia para estudios sociológicos modernos y deducciones acerca de los caricaturescos personajes que representan la inacabable antítesis de la vida.

A las aventuras de un pícaro recurre Mateo Alemán para presentarnos amplias páginas de «entrenamiento», en las que intercala parrafadas morales, sin que las variadas situaciones del inquieto protagonista, que recorre la escala social, sea óbice para entrar en la penuria colectiva. Lo mismo aseguraría de *La Pícaro Justina*, no obstante su empeño humorístico que se roza con la vulgaridad.

Reminiscencias de España, especialmente de Andalucía, en las *Relaciones de la Vida del Escudero Marcos de Obregón* de Vicente Espinel, evocador de cuanto le aconteciera en sus correrías que arrojan la experiencia del trato con diversos caracteres y la complejidad del corazón humano.

Por esas divertidas obras se trasluce la causa de la postración económica española, sacudida por bruscos eventos que le separan de la Edad Media. Va modificándose el intercambio directo, agonizan feudalismo y fuero de las ciudades libres, lo que produce la crisis consiguiente. Se debilitan los gremios del pasado. Aparecen aplicaciones del capital a la industria. Hasta entonces, el dinero servía casi únicamente para el comercio o para préstamos usurarios. Todo esto intensifica el trastorno del nuevo orden de cosas que se alejaba lentamente del medio evo. La pobreza era enorme. Ricos y nobles ha-

bían venido a menos. Las novelas se acogen a este argumento. Personajes de campanillas y de talento mendigaban, convertíanse en parásitos de sus criados. Por la necesidad, ruprema inspiradora, crece el espíritu de aventura. La iglesia o el ejército son ocupaciones favoritas. Devánanse el cerebro los arbitristas imaginando planes para mejorar la economía nacional y obtener recompensa en la Corte a la que siguen como sabuesos cuando los reyes se movilizan o cambian de cabecera.

Grandes acontecimientos dejan huella en la literatura española. Sacuden el espíritu la odisea de Colón y la Reforma, de orden material y geográfico: la una moral, dogmática la otra, pero que, en el fondo, se dan la mano, por los horizontes físicos y anímicos que despejan. El ayer se despide por grados para ceder el paso a nuevas apreciaciones universales. Causa estupor la invasión de ideas exóticas, de corrientes literarias, de escuelas extranjeras, que de afuera llegan y circulan tímidamente hasta disfrazadas de catolicismo, como en la América, en los albores de su emancipación, la rebeldía se puso libre de fernandismo.

A pesar de que algunos escriben para el pueblo desde plano superior, la novela revoluciona desde abajo, aunque sin mayores inquietudes para España, que se declara cada vez más ardiente defensora de sus viejas y aceradas creencias. Su férrea devoción se muestra cruel. El pensamiento, por lo común, está refugiado en los santuarios y se encarna en sus representantes. Gente de iglesia y sacerdotes son casi todos los grandes literatos. Viste hábito talar el fecundísimo Lope de Vega, fi-

gura como canónigo Góngora, sacerdote es Vicente Espinel, frailes Tirso de Molina, Agustín Moreto, Gracián. ¿Qué decir de Calderón de la Barca, auscultador del corazón humano con sus enredos de capa y espada? Hasta Hortensio Paravicino, tenido como el iniciador del culteranismo, no es seglar.

Poderosos reyes dan muestras de religiosidad exagerada, que llega a la renunciación, como Carlos V que se despoja de sus imperiales ornamentos y menosprecia su áurea corona de resplandor solar para encaminarse a la quietud austera del claustro de Yuste; como Felipe II, el poderoso monarca que mata sin piedad, pero reza al mismo tiempo, sin aplacar la persecución a los reformadores, sin dejar de punir el delito de heterodoxia. Otros son muy débiles de carácter como los Felipes III y IV que causan tantos daños a su patria: el primero con las desventajosas negociaciones con Francia e Inglaterra, la expulsión de los moriscos de Valencia y después de todo el reino, con el plazo fatal de tres días, medida matadora en lo económico; la cobarde entrega de su gobierno a Francisco Sandoval y Rojas, el que luego sería el célebre duque de Lerma; la impuntualidad en el exiguo pago a los soldados, el derroche en fiestas suntuosas. De aquí arranca la decadencia española. Felipe IV contempla, con pena, desmembrarse su territorio, pero sueña inacabables guerras y luchas intestinas y hasta atentados contra su persona, deja que Olivares cause enormes daños a la abatida nación y ejerza venganzas, en tanto que el monarca se entrega a la caza, no economiza diversiones, no disimula sus devaneos amorosos, ni se ruboriza con tantas demostra-

ciones desgraciadas de su reinado, como el infamante patíbulo para Rodrigo Calderón. La novela nunca puede aislarse de la atmósfera que respira, sobre todo la popular.

Un soldado sale, pujante e indeclinable, a librar grandes batallas, movido por su temperamento belicoso: Iñigo de Loyola, que tanta influencia alcanzará en los espíritus y, por lo mismo, en el reino de la idea, del gusto y del magisterio absorbentes. El trascendental suceso organiza incondicionalmente una legión de paladines implacables. Se restablece el Tribunal de la Inquisición que hizo tabla rasa de las letras españolas, llegando a zaherir o encarcelar hasta a los religiosos, a destruir libros en autos de fe más temerarios que el del cura y el barbero en la biblioteca quijotesca, a sembrar pánico.

Tampoco han de pasar inadvertidas las consecuencias del Concilio de Trento, del que toma viada un nuevo período en los anales literarios.

Las trascendentales agitaciones políticas y sociales en el siglo décimo sexto ponen en evidencia muchas miserias. Palpitan en documentos impresos, sobre todo en la novela, si, con ojos analíticos, nos remontamos a las fuentes inspiradoras.

Los escritores, para salvarse de la hoguera, se ven precisados a buscar símbolos, a referirse, como en juego y simulando superficialidad, a escenas entretenidas que encubren sutil intención, a derrochar picantes gracejos para no fluir anatemas, poniendo en boca de plebeyos y granujas cuanto entresacan del vicio y la pilatuna. Estudios cervantinos creyeron des-

cubrir alusión política y transparencia alegórica en varios pasajes del caballero andante. Esto se tolera, mas no los estudios filosóficos que aludan al dogma, el avance científico que rompa tradiciones o algo que intente disidencia de exégesis.

Las guerras religiosas están a la orden del día. Ruidos bélicos, gritos de somatén son favorita distracción española, en tanto que el hambre hace su agosto, no sólo en la Península, sino en Italia. El infortunio de ambiente se refugia en el arte, incomprendido y mal pagado, como en alcázar hermético. Cuando sale a la palestra, la riña toma cuerpo: disputan la propiedad de las obras, se arañan, no disimulan la sorda envidia. Alusiones personales, comidilla frecuente.

Sin embargo, despuntan los genios, por más que el secreto de sus vidas sea desgarrador cuando no se han refugiado en su convento o han vendido su orgullo. Acosados por la pobreza, buscan destinillos, tratan de inspirar lástima. Pocas manos generosas se tienden en su auxilio. Divinos creadores, agrandan las chispas de sus cerebros luminosos, pero, dueños de tesoros intelectuales, no pueden conquistar un puñado de oro y recurren a la dedicatoria suplicante, al favor de algún noble, de algún raro Mecenas.

En Inglaterra, la intolerancia puritana convierte al teatro en cabeza de turco. Iracundos predicadores protestan contra los dramaturgos. La escena se vuelve sombría por las maldiciones «contra las obras de perdición».

Al fin destella el alba del Renacimiento. Atrruena los espacios con su carcajada satírica el gran Cervan-

tes, como más tarde, en ambiente corruptivo, lo hará Voltaire.

Entonces entra en auge la novela picaresca, que es brote de dolor disimulado. Azares de fortuna los relatados por Jerónimo Alcalá Yánez. Don Antonio Enrique Gómez nos trasmite las impresiones de su Gregorio Guadaña. Otro picaresco novelista nos familiariza con Estebanillo González. Pululan autobiografías que en forma novelesca exponen al público cuanto les aconteciera en su tumultuosa y recia peregrinación.

La sátira de Luis Vélez de Guevara arroja luz para burlarnos de no pocas miserias madrileñas, gracias a la mágica travesura del diablillo que libertara el estudiante Cleofas.

Para los manantiales del género, habría que remontarnos a *La Celestina*, modelo de muchas obras de ingenio y sutilezas.

Valiosas deducciones convida a trazar el *Lazarillo de Tormes* que señala el camino para estas travesuras autobiográficas. Ni al autor de tan celebrada obra ha podido descubrirse. Suenan nombres como los del poeta Diego Hurtado de Mendoza, de fray Juan de Ortega y de Sebastián Horozco, en el afán de aclarar el misterio literario.

Quevedo, que se chacotea en sus *Sueños* de los pecados de su tiempo, confirmaba la realidad del ambiente hispano valiéndose de su astuto don Pablos, al servicio de un joven de la nobleza. Pronto se da a la mendicidad y rufianería.

El inmortal Cervantes, en el terreno que hoy con tanto cuidado se informa en los laboratorios psicoanalíticos de los menores descarriados y sus tendencias, logra coronar

interesante novela picaresca con los granujas Rinconete y Cortadillo, una de las ejemplares. Allí se conoce el hampa de Sevilla que mangonea Monipodio.

Sátira social de otra escala, más tarde será de innegable eficacia la de P. Isla, saludable en sus burlas y reparos a los Zotes, para condenar, burla burlando «los malos métodos pedagógicos, la afectación en el estilo» y otros abusos, tan evidentes, que la Inquisición captura los ejemplares del célebre *Fray Gerundio*.

Estas rápidas normas demuestran que en la novela, cualquiera que sea la trama, depende, para su buen éxito, de quien borda la tela, aunque reproduzca episodios bajos y burdos como se hallan en los tugurios de la gitanería picaresca y viciosa. Por el genio resplandece el primor de la obra, llevada a cabo, ya con hilos de oro, ya con hebras de cañamazo.

En América la mina comienza a ser explotada. El acierto consistirá en poner belleza en todo, porque el arte no está «REÑIDO» con la más desconcertante realidad, ni las fulguraciones estéticas pueden ser opacadas por las sombras siniestras de relatos crudos y desesperantes.

La novela pastoril española experimentó cambios en América, que descarta los romanticismos eglógicos y los idilios entre rústicos amantes, para trazar cuadros más reales, tomando como escenario la exuberante naturaleza de estas tierras.

¿Cómo negar que ha influido en la técnica de la novela de costumbres del Nuevo Mundo la picaresca de la Península, que abunda en pinceladas de positiva observación y más francas desnudeces? En vano en nuestros días se ha tratado de

imitar la novela rusa y su literatura de propaganda, como si nos faltara material riquísimo y pleno de interés. La sátira social, en el palenque novelístico, nos vino de España, porque aquí se derramaron a torrentes las enseñanzas del Quijote que estuvieron comentando varones eruditos y hablistas de la talla de Juan Montalvo, que se propuso airosamente imitar «un libro inimitable».

La investigación humana, la de sus más humildes representantes, la realidad dolorosa de hogares oscuros, oprimidos y hambrientos, la vulgaridad de los hábitos, la matadora rutina, las sorpresas políticas, la sal ingenua nos vienen de muy lejos como herencia. No podrá desconocerse que en el carácter americano laten, como en un sólo corazón, las virtudes y defectos de la Madre Patria, que caló hondamente en estas comarcas.

Sin embargo de tales maestros, no se ha de aventurar que la novela americana carezca de originalidad, por lo mismo que el marco de sus cuadros es nuevo en cada país y está en potencia de ser adornado a su sabor por los artistas. Además, el alma nacional aspira a dibujarse con más detenimiento. La originalidad a que me refiero se resuelve a demostrarse libros de aliento que están contribuyendo a enriquecer el género en la cuarentena de este siglo amargado por tantos trastornos y por tantas inquietudes. Especialmente en estos últimos años, la novela en América ha tomado vuelo sorprendente. El Ecuador acaso figura en primera línea.

Amplitud de tendencias descubre la crítica en la novela americana, si la comparamos generalmente con la

española contemporánea, desaparecidos sus enormes representantes como Galdos, Ibáñez, Palacio Valdés, Acosta, para no citar a la Pardo Bazán y otros príncipes de las letras.

En el continente ya no hay trabas para el pensamiento ni siquiera causan mella los Santos Oficios políticos. En España la censura espiritual no se ha extinguido: parece que se apodera de las almas, comete inauditos abusos y practica autos de fe.

Falta un poquillo de serenidad a la novela americana, a causa de su ubérrima fantasía que la arrebata. El tropicalismo le afiebra a las veces y el odio político y de hogares estrechos enardece las pasiones y desfigura protagonistas. De aquí que exagera los contrarios. En sus brochadas realistas se expone a ir a los extremos.

Empero, el legado de buen humor de la Península irradia como astro de fulgores inagotables; mas en América se modifica el humorismo, con la insistencia en el matiz pesimista que con nada se contenta, que abulta deformidades, dolores y miserias, que es implacable con la burguesía, que tiene al aborigen como eterna víctima, hasta llegar a la crueldad y la barbarie en las acciones que imagina desarrollan amos y tiranos.

Innegable la vitalidad de la novela americana, por lo mismo que es juvenil. Sus más grandes representantes —Gálvez, Salaverri, Marín, Dickmann, Magrassi, Alfredo Pareja, Gallegos Lara, de la Cuadra, Icaza, Terán, Salvador, G. Gallegos, Aguilera Malta, Núñez, Fernández, Martínez de Tinajero, F. González, Monasterio, Brunet, Toruño, Barros,

Pocaterra, Himiob y una legión más— continúan produciendo. Los que murieron temprano dejaron auténticos tesoros, como J. Eustasio Rivera con *La Vorágine*, que revive el drama de la selva y la tortura de los caucheros; como Teresa de la Parra, con lo que por no aburrirse anotara sutilmente *Ifigenia*; como el malogrado Horacio Quiroga que acosado por el hambre pone fin a sus días; como Bernardo Arias Trujillo, el de la pintoresca *Risaralda* que conquista aplausos al describir heroísmo y rudas faenas campesinas de los negros, salpicando su plástico relato de hermosas evocaciones criollas cual la del poncho, por ejemplo. Baja a la tumba el egregio Carlos Reyles que nos cautiva con *El Gaucho Florido*, *Beba*, *El Terruño*, las breves novelas de su colección *Academias* entre las que resalta *El Extraño*, y esto que omito otros libros excelentes como *El Embrujo de Sevilla* y *La Raza de Caín*.

En plena producción, el sepulcro ha devorado a pujantes novelistas que cultivaron también otros géneros, ora el cuento, ora la poesía, ora la crítica.

En cuanto al discutido tema de la limitación privilegiada o la universalidad sin límites de la novela americana, el filósofo y ensayista costarricense Moisés Vincenzi plantea esta interesante encuesta de tres preguntas: «¿Debe responder la novela americana tan sólo a un propósito vernáculo? ¿Debemos aspirar los americanos a un exclusivo ideal de novela objetiva? ¿Puede la América incorporar su obra o sus aspiraciones artísticas a un ideal ecuménico?»

Han comenzado a llegar las respuestas, que serían acreedoras a ca-

pítulos de libro, porque encierran confesiones de fe literaria, finalidades de sustancia, votos de técnica.

El escritor salvadoreño Víctor Rubio, en contestación, interroga de esta guisa: «¿Puede lo vernáculo aislarse de lo universal en el arte? Toda novela de índole regional se encuentra reatada en el fondo a lo universal». Si las pasiones son de todos los pueblos, cree que lo vernáculo es un recurso retórico. En cuanto al objetivismo cultivado a todo trance, afirma que «lo objetivo es lo infantil en el arte».

Tendencia actual muy pronunciada es la curiosa investigación psicológica, la correría por el mundo subjetivo, el entretenimiento psicoanalítico que no ha de pecar de sistematización, como buscando adrede muestrarios patológicos de alma y cuerpo, monstruos repugnantes. En cuanto a la tercera pregunta, reflexiona Rubio que «si queremos para nuestros artistas un fundamento filosófico, no podemos sino esperar que sus obras y sus aspiraciones se enderecen hacia ideales ecuménicos».

En el libérrimo continente, afectado de indisciplina, rebelde, de suyo e inconforme, falta paciencia para la meditación, para la elaboración lenta, para el pulimento porfiado. Varias novelas se resienten de incorrección formal, desdeñan la lima del lenguaje y cierran despectivamente los códigos gramaticales.

Cuando comprendan que lo que no está bien escrito no merece la pena de ser leído, como nos han enseñado los grandes maestros, refinarán el gusto, poniendo más atención a la pureza y propiedad de la lengua castellana que nunca están reñidas con la belleza auténtica en los vergeles de las letras.

El poeta Rogelio Sotela es del parecer de que «así como no puede haber un poeta de América, tampoco puede haber sólo una novela de América». «Hay novelas americanas, agrega, como las hay de otros panoramas universales». Cree que «no puede nunca informarse de «americanismo» ni la novela, ni la poesía, ni ninguna labor intelectual del hijo de este Continente». Termina así su respuesta al torneo: «Vemos un hilo que ata a todos los escritores y poetas nuevos de la América, un elemento que hace de núcleo en la unidad y es resorte para el futuro de nuestras letras: la forma desvestida de retoricismo, una cultura más universal y medios más cumplidos de expresión».

El escritor hondureño Marcos Carías Reyes se muestra partidario de que el artista americano capte «todo lo que se amolde a su temperamento y a sus convicciones»; pero piensa que está «en la obligación de servir a la tierra en que nació». Por lo mismo, aconseja interpretarla con sinceridad y verdad. No significa esto que ha de huír ni despreciar lo europeo, porque Europa «es madre de la civilización actual». Para comprobarlo, pone muchos ejemplos.

No por eso hemos de desentendernos de conservar la fisonomía propia de América. Ha de escribirse la novela americana «con la sangre, con el sudor con las lágrimas y los gritos de los hombres de América, amalgamada con tierra de América, quemada por su sol y sus vientos, fortalecida con el oxígeno de sus pinares o envenenada por los miasmas de sus pantanos. Esta es la literatura realmente americana». «Ya principiamos y muy bien expre-

sa Carías Reyes, a recorrer el camino todavía no hollado: Don Segundo Sombra, La Vorágine, Canaima, En las Calles, Los de Abajo, El Infierno Verde, Huasipungo, Sangre en el Trópico, Doña Bárbara, y otras pocas más, son novelas americanas».

Empero, interroga Gerardo Gallegos: «¿Dónde se ocultan los personajes de la novela indo-hispanoamericana? Encuentra en su redor gente falsificada que piensa y vive de modo cosmopolita, de tal manera que sería difícil averiguar cuál es su patria. Estos simuladores no pueden ser protagonistas de la novela americana. Su tipo hay que buscarlo «en sus ríos, sus selvas y su cordillera». Pero juzga también que no son personajes de la novela americana ni el exageradamente repulsivo ni «el degenerado con instintos lombrosianos» ni «el vil paria, sin capacidad de esfuerzo ni de creación, el indio que hoy vegeta en los altiplanos, pero que siglos atrás forjara grandiosas civilizaciones como la azteca y la incaica». Duda que haya tanta vileza y podredumbre en sus existencias. Concluye que el novelista de América «debe ser minero del alma americana».

De las novelas de Gallegos ha dicho Rafael Pérez Lobo: «En estos dos libros, *El Embrujo de Haití* y *El Puño del Año*, folklore y política, creencias y hechos, pueblos y gobernantes, hallamos la esencia y la raíz del alma toda de América».

Después viene su novela «Eladio Segura», en la que la trama es robusta y las descripciones revelan al pintor magistral de la naturaleza ecuatoriana. Son triunfadores Ciro Alegría con *El Mundo es Ancho y Ajeno*, Gil Gilbert con *Nuestro Pan*,

Cecilío J. Carneiro con la *Hoguera*, Miguel Angel Menéndez con *Nayar*, Enrique Aguiar con *Don Cristóbal*, etc.

Sigan, con arte, dando trabajo a los pinceles novelescos las durezas de la vida rural entre ciertas clases: llaneros, rotos, gauchos, indios, negros, campesinos de otros pueblos, a lo largo de la América, con las dulzuras de la naturaleza en algunas regiones y el combate contra su reciedumbre en otras. La complejidad de las razas blanca, negra, cobriza y mongólica que se confunden en las rudas labores del campo o en las agitaciones urbanas, en unos países con más intensidad que otros de este continente, darán margen a cuadros gráficos y costumbristas.

No sea únicamente numen preferido el que se refiere al indio y al chagra maltratados con ignominia. Apunten otros motivos: los rigores de la sequía, las faenas del riego, las demás escenas no siempre dolorosas, del indio y el montuvio, de modo que aparezcan como fieles fotografías de la atmósfera circundante. Con todo, cualquiera tentativa demuestra honda preocupación por nuestra América, revela esfuerzo, pondera el cultivo de un género tan

difícil y más si el marco es nacional. Ha de ser mirado con la simpatía y distinción de que son acreedores los trabajos intelectuales de propia cosecha.

En México es enorme la propaganda despertadora de interés por el pueblo, de las escenas de las clases trabajadoras, de los frutos de la revolución. El fervor de difusión se ha servido de varios medios sin descuidar la novela.

Si el apostolado de redención humana es plausible, no por esto el arte ha de tomar un sólo cauce, descuidando el pulimento, en el afán de deformar las figuras de las telas plásticas y multicolores, de acentuar lo grotesco, de volver más desgarradora la desdicha humana. ¿Se desdeñará la belleza, ni la porfía de acoger únicamente el proselitismo? Escondidas riquezas del mundo americano están convidando a explotarlas. Pongamos siempre en la novela amor, constancia y poesía, virtudes que idealizan la vida, sin deformarla de intento ni apartarse del realismo ambiental, porque la belleza, aun en el fondo de lo impecable y deforme, ha de ser nutritivo condimento.

Alejandro Andrade Coello.

NOTA DE LA REDACCION: — Alejandro Andrade Coello es uno de los valores mentales más sólidos del Ecuador y en América ocupa puesto distinguido como ensayista. Lo está demostrando el anterior estudio acerca de la novelística.

Lógica y al mismo tiempo seguro en sus apreciaciones, el talentoso escritor se mueve con agilidad y método, desmenuzando, discriminando, analizando, exponiendo observaciones sin quedarse en puntos oscuros que pudieran enturbiar rutas que él muestra en sus observaciones.

Su talento crítico, no de gazapos que ya pasaron a la historia, sino de fondo, habla altamente de Alejandro Andrade Coello quien, igualmente, ha hecho poesía situado en lo que ahora llaman "pasadismo", lo que no es más que un decir, ya que la poesía es poesía, con formas de ayer o de ahora.

Por lo demás, Andrade Coello es Miembro Correspondiente del Ateneo de El Salvador en Quito, Ecuador, de donde nos ha enviado el estudio dicho y que hemos publicado con la estimación que la producción y el autor merecen.

EL MITO DEL DRAGON EN CHINA

Por Juan Marín

Al nacimiento del mito del Dragón en China podrían aplicarse muchas de las leyes generales que la ciencia psicoanalítica ha establecido firmemente, en cortos años, desde que Freud y Jung abrieron el camino. Pero el establecimiento de tales premisas daría una longitud exagerada a estas notas, haciéndolas incompatibles con su calidad periodística y meramente informativa. Por lo demás, esas nociones han sido extraordinariamente difundidas y pertenecen al acervo cultural de todos los lectores. Entraremos pues de lleno al estudio del Dragón en la simbología artística, religiosa y filosófica de China, considerando sus aspectos absolutamente particulares y dejando de lado las generalidades y las generalizaciones, en las cuales o para las cuales, cada lector pondrá lo suyo.

Los antropólogos han tratado de identificar el Dragón con el vago recuerdo conservado en la mente asiática, de los saurios prehistóricos. En las gargantas de I-Chang y Ping Shan, se han descubierto no hace mucho algunos restos fósiles de animales ante diluvianos gigantes; y en las cuevas de Honan, los etnólogos han encontrado ciertas imágenes en forma de huesos de Dragón, cubiertos de inscripciones, que se supone han sido empleados por arcaicos adivinos. Anotemos al pasar que en estas inscripciones el carácter «yu», que significa «lluvia», predomina.

Otros paleontólogos creen que el

Dragón deriva del cocodrilo, otros de la tortuga, etc., habiendo pasado la «imago» por diversas transformaciones en el mito. El Dr. Giessler se ha levantado en contra de todas las hipótesis biológicas y cree que el Dragón de China tiene, como el Dragón del mito europeo, un origen astrológico. El mismo carácter que en chino significa Dragón, se aplica también a esturión, el pez que da el nombre a la Constelación del Esturión, que en China llaman la Constelación del Dragón. Según las creencias de los chinos, los peces se transforman en estrellas, cada año en el equinoccio de Primavera; creencia que no es exclusiva para los peces sino a muchos otros animales y pájaros, siendo la metamorfosis un fenómeno aceptado desde muy antiguo por ésta cultura. Ciertamente es que animales y pájaros se transforman en otros seres terrestres, y sólo los peces tienen el privilegio de la ascensión al cielo.

Ahora bien, según el calendario chino, en la mitad exacta de la «segunda luna» del año, hay un momento en que al segundo tiempo que el sol se pierde bajo el horizonte, la luna asoma por el otro lado, seguida por las estrellas de la Constelación del Esturión. Este momento representa el punto de partida del período «Yang» del año (Primavera y Verano), época de la fuerza masculina, del sol, del calor, de la fecundación, de las cosechas, de las floraciones, etc. Durante la Primavera aparecen los animales y pájaros migrato-

rios y en Otoño se pierden de nuevo. El equilibrio entre el Yang y el Yin es representado por el ideograma «ling», el cual se identifica con algunos animales y objetos como la tortuga, el cráneo, el unicornio, pero, sobretodo con el esturión. Este último se encuentra, pues, desde muy remotos tiempos, representando el principio Yang, símbolo del poder, usado por Emperadores y Príncipes, en amuletos de jade particularmente, y también, en los palacios, para «mantener el equilibrio del Yang con el Yin».

Los más antiguos textos de los chinos hablan de un pez capaz de volar por los aires, saltar remontando las corrientes que vienen de las más altas montañas y transformarse en Dragón: este pez no es otro que el esturión. Hay en la provincia de Shensi, en la China del noroeste, unos rápidos llamados «Lung Men», o sea «Puerta del Dragón», en cuyos desfiladeros, los Emperadores de las remotas Dinastías Wei y Tang construyeron sus templos, con miles de estatuas talladas en la roca. El «esturión imperial» de China («wei»), abandona sus grutas de invernación en la segunda luna, (en el Equinoccio de Primavera) y remonta corriente arriba hacia las Puertas del Dragón, como lo hace el salmón en nuestros ríos. En el Equinoccio de Otoño, como dice un célebre autor de la Dinastía Han, «el Dragón desciende del cielo para sepultarse por sí mismo y dormir en la profundidad de los abismos».

El Equinoccio de Primavera, fecha exacta en que la Constelación del Esturión (que estaría formada por peces transmigrados en estrellas) aparece en el cielo, corresponde a la caída de las primeras lluvias y al cre-

cimiento de los ríos. Es la época en que los Emperadores ofrecían sacrificios, yendo en barcas al Templo de los antepasados a orar por una buena cosecha. El Dragón se nos presenta entonces identificado con la lluvia y, por asociación y extensión, con la fecundación. En la literatura china, este símbolo tiene un significado netamente sexual y, a veces, hasta pornográfico. Lluvia y nubes eran tabú para las niñas de noble familia, que componían poemas en el retiro de sus palacios.

En la arquitectura y en la escultura china, el Dragón es representado siempre en el cielo, entre nubes y jugando con una esfera que es la Tierra. Según Lawrence Binyon, del «British Museum» de Londres, sus formas encarnan visiblemente la idea del viento, el mismo viento que inspiró en el mito griego la imagen de la ménada poseída por Baco.

Otros autores ven en el Dragón más bien la representación de la idea del agua. Y al hablar de esto, tenemos inevitablemente que aproximarnos al «Taoísmo», la religión de Lao Tzé, que es la religión de la naturaleza y de la «invitación al viaje» en el panorama de las religiones y filosofías de China.

En el pequeño libro que Lao Tsé, nonagenario ya, dejó al partir en su misterioso viaje a las montañas y que hoy se conoce con el nombre de «Biblia taoísta», encontramos esta sentencia sobre el agua: «La más alta bondad es semejante al agua en que beneficia a todas las cosas y jamás se niega ni se opone. Ocupa siempre los más bajos niveles, que los hombres detestan. Por todo esto el agua es lo más cercano a Tao».

Ya sabemos que Tao es simplemente el «camino», el «gran entendimiento», el «espíritu universal». De él dice el filósofo: «Siendo grande, pasa; pasando, se torna remoto; haciéndose remoto, retorna». Encontramos aquí magníficos atisbos heracliteanos y dialécticos formulados en China, cinco siglos antes de Cristo, tema del que nos hemos ocupado en otro de nuestros trabajos. Pues bien, hemos de nuevo aquí frente al Dragón, que «ascendiendo de los ríos, se transforma en nubes y luego, de nubes en lluvia». El Dragón; que bajo la influencia hindú, adquirió posteriormente fuertes ingredientes de la mitológica «Naga» o serpiente, al entrar el Budhismo en China, se nos ofrece en el período taoísta, en plenitud de sus significados cósmicos. El Dragón era el poder expresado en la secreta fuerza de las aguas y las nubes, aquello que siempre cambia y siempre se mueve, lo que beneficia y fecunda: era, en una palabra, la fuerza creadora de la Naturaleza.

Lao-Tzé es el filósofo que más ha influenciado el arte pictórico chino, así como el Budhismo influenció la escultura y Confucio la música. La prédica taoísta de abandono de las ciudades, su concepción «rousseau-niana» de la naturaleza, su «nihilismo» político-social, determinaron el nacimiento del paisaje en la pintura china. Es un paisaje siempre de montañas y de corrientes de agua, un paisaje de grandes espacios abiertos, en que nubes vaporosas vagan en torno a las cumbres altísimas. Cuando se contemplan estos paisajes, como los de Wang Wei, Tung Yuan, Hsia Hwei, Ma Yuang, etc., del siglo VI al X, por ejemplo, el espectador tiene la impresión casi

exacta de ver aparecer el Dragón en forma de nube en la pintura. Debe entenderse esto no simplemente en un sentido óptico o pictórico sino en uno mucho más profundo. Pues así como el Dragón en la mitología occidental representa una potencia infernal, destructora, aborrecible y maldita (recuérdese la lucha de San Jorge con la Bestia), en la psiquis china, encarna el principio proteico y creador de la vida. Para el Taoísmo que afirmaba que la «inmortalidad radica en el cambio permanente», el mito del Dragón encarnaba a maravillas el devenir eterno, cíclico y creador de los elementos.

Fué lógico entonces que el Emperador, el «Hijo del Cielo», el representante del poder y la armonía sobre la tierra, adoptara desde muy remotos tiempos el símbolo del Dragón. La imagen aparece en vasos y amuletos, en máscaras, discos y platos y en las vestiduras imperiales. (Dragones sobre fondo amarillo) (1). Del Dragón semejante a esturión, tortuga o cocodrilo, se pasó en etapas posteriores al Dragón-caballo y de éste al Dragón alado. En estas transformaciones la influencia de ciertos peces de los mares orientales no debe ser descartada. Caballo, serpiente y dragón están siempre, extrañamente asociados en la totemología china y ocupan lugares contiguos con mutuas y recíprocas influencias en su Zodíaco Lunar. La transformación paulatina del «caballo alado» en Dragón se puede seguir paso a paso en algunas viejas pinturas.

Desde la Dinastía Chou (1122-

(1) La obra de U. Pope-Hennessy asegura que el emblema del Dragón en sus vestiduras era usado ya por los Príncipes 3000 A. C.

255 A. C.) el símbolo del Dragón figura también en los objetos del culto a la Primavera y al Oriente, desplazando o absorbiendo el símbolo «kuei» que parece haber sido la anticipación de la idea del átomo en esta cultura (discos o semi-discos de jade).

La ciencia iconográfica china ha hecho notar la gran diferencia que existe entre las imágenes que representan animales en China y las de Occidente: estas últimas tienen con frecuencia un aspecto de irrealidad, de cosas inanimadas, de cosas muertas o inexistentes. Las figuras chinas, por el contrario, poseen todas una enorme potencialidad de vida y movimiento, aun cuando como el Dragón o el Unicornio, sean convencionales o hayan cruzado muchas etapas de transformación. La tendencia imaginista y fabulatriz del chino ha creado una cantidad de entes arbitrarios y sofisticados, pero a todos ellos ha insuflado un poderoso hálito vital. Nótese la diferencia que hay entre estas criaturas orientales y los animales heráldicos que pueblan los escudos de las casas nobiliarias de Europa. Estos últimos son la anquilosis y la estereotipación, mientras que la más humilde imagen de un amuleto chino está poseída de un dinamismo sin par.

Tal es la necesidad de movimiento que nutre las creaciones de esta raza, dice Bynion, que tuvo que «crear», que inventar un ente movido y flexible, reptante y alado, terrestre y acuático a la vez: el Dragón. La vitalidad de la imaginación creadora del chino se manifiesta también en el hecho de que sus imágenes vivas, animales, orgánicas, saturadas de simpatía del hombre hacia ellas y hacia la naturaleza, los acompañan sin interrupciones a tra-

vés de los milenios, desde la prehistoria. El exceso de imaginación ha perjudicado en el chino la tendencia a la investigación científica. Y aquí surgen inmediatamente dos grandes diferencias entre la cultura griega y la de China: en la primera, la figura humana ocupó desde muy temprano un papel preponderante y la pasión del porqué de las cosas primaba sobre la mera contemplación. En China sucedió todo lo contrario: fué necesaria la llegada de Budha y de los Bodhissattwas para que aparecieran las imágenes humanas en su arte y la investigación socrática de la naturaleza no se manifestó ni se ha manifestado, en realidad, hasta hoy.

Pero volvamos a nuestro tema del mito del Dragón que tantos y tan tentadores mirajes ofrece en su interpretación. Después de haber leído muchos de los libros que tratan, aunque no con exclusividad, del asunto, hemos llegado a pensar que en el Dragón se expresa una arcaica intuición del origen del hombre. El Dragón encarna algo de lo que ya los filósofos griegos y el romano Lucrecio entrevieron y que Haeckel y Darwin desarrollaron: se trata desde luego de un ser anfíbio, que tiene atributos de pez, de reptil, de pájaro y de mamífero. Un ente que, desde las tinieblas submarinas, asciende hacia el sol, para después descender sobre la tierra: es, sin duda, Prometeo y Dédalo y todavía algo más. Simboliza también el triunfo de los valores morales, el ascenso, la purificación, el triunfo del Yang sobre el Yin, de la luz sobre las tinieblas, de la vida sobre la muerte. El desarrollo de esta idea podría tentar a un ensayista más capacitado que nosotros.

EL PAPEL DE LA ESCUELA ACTIVA

Por Teresa Amadeo

Durante estos últimos años parece que la escuela activa en oposición a la escuela de la intelectualización ha venido recobrando nuevas energías; algo así como nuevos impulsos y como consecuencia ocurre que la literatura pedagógica en la actualidad es muy rica en su aportación de nuevos datos e interpretaciones acerca de esta escuela de actividades.

Parece lógico que acá en las Américas sea en donde en el presente se escriba y se hable más acerca de este tipo de escuela, puesto que en este concepto de actividad está envuelto el respeto a la personalidad que predica la democracia. Este respeto a la personalidad puede trazarse desde William James y John Dewey y viene como consecuencia del querer hacer de la biología la base de la psicología. El movimiento culminó en el preferir la personalidad del niño a la asignatura, que es lo que tenemos hoy. El futuro de la escuela de actividades está en ascendencia en América porque esta escuela envuelve la raíz misma de la democracia y América quiere seguir siendo democrática.

Vamos a analizar las principales características de esta escuela activa. En primer lugar vemos que esta escuela quiere dar al niño libertad para actuar y pensar en situaciones diversas en la vida real.

Esta escuela le da énfasis a las experiencias del niño.

Esta escuela estudia y utiliza los factores del medio ambiente.

En esta escuela se lleva a efecto una continua tarea de acción recíproca entre el niño y el medio ambiente y viceversa.

En esta escuela se respeta al niño.

En esta escuela se consideran los intereses de los niños.

En esta escuela se reconoce lo que es real para los niños.

En esta escuela el maestro asume la posición de ser útil en el proceso educativo, es decir, no asume una posición de dictador sino más bien de organizador vigilante que guarda estos principios. En su arte de enseñar, él debe utilizar la habilidad que se presupone necesaria para hacer surgir actividades y situaciones.

El currículo de esta nueva escuela debe estar organizado en tal forma que puedan encontrarse en él relaciones y significados pertinentes a los asuntos de nuestro medio y de nuestro modo de vivir.

Esto es importante para aquellos a quienes les toca la construcción de un currículo para nuestras escuelas. Hasta ahora hemos estado usando currículos prestados, basados en material informativo tomado al azar de aquí y de allá a veces sin justificación alguna de su empleo.

Este nuevo currículo que nos anuncia la escuela activa está basada en los factores del medio en donde crece el niño y el material informativo que se incluye en él, sólo tiene significado cuando se presenta a tra-

vés de esas actividades o situaciones de la vida real del niño.

Lo que se llama proceso de aprendizaje no es otra cosa que lo que resulta de esta acción recíproca entre el niño y los elementos de su medio. El cambio en el niño viene como resultado de esta relación entre las dos fuerzas: Niño y Medio. Pero hay que presuponer que ambas fuerzas son activas, por eso precisamente son fuerzas; no son estáticas. El niño es fuerza viva. El medio ambiente es fuerza viva. Luego el proceso del contacto con los elementos del medio ambiente implica que ambos cambian. El niño actúa en el medio y el medio actúa en el niño; ambos se modifican mutuamente. He aquí la idea del cambio. Esta idea del cambio acostumbra al niño a mejorar. El niño no mejorará solo; necesita que se le guíe, y he aquí la importancia del maestro. El está allí para sugerir, guiar y conseguir por un proceso de selección, la utilización de los factores que deben ser preferidos y encauzar el proceso de aprendizaje para que los resultados obtenidos sean los mejores.

Ahora bien, en un país como el nuestro, en donde a diario se combinan elementos del medio con elementos de una cultura sajona, es preciso considerar la importancia de esta idea del cambio. Es aquí en donde la escuela puede influir en la formación de una nueva cultura por un proceso de selección de lo extraño a nuestro ambiente mezclándolo con lo nativo. Puerto Rico está cambiando. Hace cuarenta años que está cambiando, porque en nuestra vida diaria en nuestro mundo comercial y cultural encontramos a

cada paso estos elementos de una cultura sajona que van asimilándose a la nuestra. La escuela del cambio, la escuela activa debe tomar su participación conciente en este proceso de formación de una nueva cultura. No digo nueva porque elimine lo nuestro para suplantarlos por lo extraño; es nueva porque es rica, porque es la unión de lo nativo y lo extraño. Es aquí en donde la escuela puede ayudar en la selección de los factores que más conviene a nuestro pueblo asimilar. Sería algo así como dar un currículo que le diera al niño oportunidad de planear, iniciar y desarrollarse para hacer su vida más rica. Este currículo debe incluir el ambiente nuestro, el humano, el físico, la comunidad, la prensa, la radio, las industrias, etc., etc., es decir, lo que tenemos aquí, con lo que viene del otro lado de los mares.

A pesar de todo nuestro adelanto pedagógico no tenemos esta escuela. Diríamos que es utópica. No lo parece tanto. Diríamos que sería obra de filósofos el bosquejarla. Sí, pero ya tenemos el principio filosófico, lo hemos captado claramente; lo que nos falta es realizarlo hasta el punto que sea factible.

Los elementos en el proceso educativo de esta nueva escuela harían al niño crecer en su medio, aventurarse en su medio, cooperar, iniciar, planear. Deben los niños mostrar cierta actividad agresiva hacia su medio, deben asumir responsabilidades. Deben aprender a pensar con cuidado, a conducirse sabiamente y a respetar opiniones. Deben comprender que el bienestar de cada uno afecta al bienestar de todos. Debe ser en resumen una escuela en donde se practiquen las virtudes

características de una comunidad democrática.

El medio ambiente debe ser explorado por medio de lecturas en libros en donde se interprete el medio.

En esta escuela debe leerse la prensa, discutirse el clima y los asuntos públicos, leerse biografías de aquellos que han contribuido en alguna forma al mejoramiento del medio, estudiar nuestro folklore, etc. Llevar a cabo excursiones, cooperar en las actividades de la comunidad, servir en comités, ayudar en campañas escolares, desarrollar planes de mejoramiento escolar, recreativo, cultural o higiénico. Consultar expertos y autoridades. Experimentos con maquinarias modernas. Usar sus propios juicios críticos acerca de noticias y situaciones diversas, de problemas, etc. Usar las bibliotecas y si no las hay, ayudar a organizarlas. Deben compartirse las experiencias. Debe tener sus ratos de recreo así como sus ratos de labor intensa en donde se adquieran conocimientos específicos y sobre todo dominio de técnicas necesarias que formen parte de la cultura, tales co-

mo el uso de libros, bibliotecas, bibliografías, lecturas de mapas, uso de estadísticas, etc.

En estas escuelas debe predominar el uso de problemas y no de la memorización, la adquisición de conceptos y no de datos.

Nosotros los que hemos tenido unos cuantos años de labor intensa en el campo educativo en Puerto Rico, hemos visto cómo se han filtrado en nuestras escuelas algunas de estas características que ligeramente hemos esbozado en este trabajo, pero nos quejamos de que no hay labor consciente organizada. No existe el conjunto armonioso de todos. No hay un esfuerzo unido y muchas veces pensamos que tal vez sea en esta Isla en donde pueda llevarse a cabo felizmente el experimento que tendría dos fines: Crear un tipo de escuela en donde puedan seleccionarse elementos de dos culturas en donde a la vez se eduquen las nuevas generaciones en las virtudes de la democracia. Estos dos objetivos son, a mi modo de ver, los dos grandes objetivos de la escuela puertorriqueña.

(HORA DE PROYECCION DE CULTURA POR RADIO)

Breves Consideraciones Acerca de las Academias

Las academias son a las universidades lo que la edad madura es a la infancia, lo que el arte de hablar es a la Gramática, lo que la cultura es a las primeras lecciones de la civilización. Las academias, no siendo mercenarias, deben ser absolutamente libres.

La palabra Academia, de origen griego, significaba antiguamente sociedad, escuela de filosofía en Atenas, que se reunía en un jardín legado para este objeto por el héroe Academus, en las orillas del Cefiso, a condición que se estableciera allí un gimnasio.

Platón, que poseía cerca de dicho sitio una casa de recreo con un templo consagrado a las musas, estableció allí una escuela de filosofía, 338 años antes de Jesucristo, y tomó el nombre de Academia; las doctrinas de este filósofo se modificaron en el transcurso del tiempo, y surgió la Antigua, Segunda y Nueva Academia.

Libres son las academias de Italia, la Academia Francesa y la Sociedad Real de Londres.

Los italianos fueron los primeros que instituyeron semejantes sociedades en la época del renacimiento de las letras. La Academia de Crusca se fundó en el siglo XVI. En poco tiempo se fundaron otras en todas las ciudades de Italia que se dedicaban al cultivo de las ciencias.

La Academia Francesa, formada por su propio impulso, aunque constituida por cédula real de Luis XIII, no estaba subvencionada, y por consecuencia no tenía que ajustarse a ninguna sujeción; y esto fue, precisamente, lo que indujo a los primeros hombres del reino y hasta a los príncipes a solicitar que les admitieran en corporación tan ilustre.

El célebre Colbert, siendo miembro de la Academia Francesa, comisionó a algunos colegas suyos para que compusieran las inscripciones y las divisas de los edificios públicos. Esa comisión, a la que pertenecieron inmediatamente Racine y Boileau, se convirtió enseguida en una Academia aparte. Puede fecharse en el año 1663 el establecimiento de la Academia de las Inscripciones, que hoy se llama de las Bellas Letras. La Academia de las Ciencias se fundó en 1666. La instalación de estos

dos establecimientos se debe al indinado ministro Colbert, que contribuyó de varios modos a dar esplendor al siglo de Luis XIV.

Desde esta fecha, las ciencias, las letras y las artes han venido a refugiarse en este país central, como la savia de la vida acude al corazón para luego volver a extenderse a las extremidades del cuerpo.

Después de la muerte de Colbert y del marqués de Louvois, el conde de Pontehartrain, secretario de Estado, encargó a su sobrino, el abate Bignon, la dirección de las nuevas academias. Creáronse plazas de socios honorarios, para las que no exigía ninguna ciencia y que no eran retribuidas; y plazas de pensionistas, que exigían ciertos trabajos; plazas de socios sin pensión y plazas de discípulos, título desagradable que se suprimió después.

La Academia de las Bellas Letras se organizó sobre la misma base y las dos quedaron sometidas a la dependencia inmediata del Secretario de Estado.

El abad Bignon se atrevió a proponer el mismo reglamento para la Academia Francesa, de la que era miembro, pero lo recibieron con indignación unánime. Los que disfrutaban de peor posición en la Academia, fueron los primeros que rechazaron las ofertas y prefirieron la libertad y el honor a las pensiones.

La palabra Academia llegó a ser tan célebre, que cuando el músico Lully obtuvo permiso para establecer su Academia de Opera en 1672, hizo insertar en los despachos en que le concedía el permiso las siguientes palabras: «Academia real de música, en la que los caballeros y

las damas nobles pueden ir a cantar sin descender de su clase».

El título de Academia se prodigó tanto en Francia, que durante algunos años se aplicó hasta a las reuniones de jugadores que antiguamente se llamaban garitos, y se conocían por Academias de Juego. Los jóvenes que se dedican a la equitación y a la esgrima en los círculos destinados a esos objetos, se llamaron academistas, pero no académicos. El título de académico quedó reservado para los socios de las tres academias: la Francesa, la de Ciencias y la de Inscripciones.

La Academia Francesa ha prestado grandes servicios a la lengua. La de Ciencias ha sido muy útil, porque sin decidirse por ningún sistema, publica los adelantos y los descubrimientos modernos. La de Inscripciones se ocupa en estudiar los monumentos de la antigüedad, y desde hace algunos años ha publicado Memorias sumamente instructivas.

M. Pierre Rincon, Bibliotecario de Santa Genoveva, París, en 1869, logró este nombramiento por un trabajo suyo leído en la Academia Francesa.

Bertrand presentó a la Academia de Ciencias de París una serie de excelentes memorias sobre problemas de matemáticas superiores.

Adrián Marquet, erudito, presentó a la Academia parisiense, una famosa obra: «Los señores de Marly».

La Sociedad de Londres gozó de libertad. La Academia Real de esta ciudad ocupa un verdadero palacio.

Juan Jorge Palitzsch, quien nació en 1723, fue un gran matemático,

botánico y astrónomo, correspondiente a la Real Academia de Londres.

En nuestro país, El Salvador, las academias se están democratizando, pues según Jacinto Benavente, cuando lo recibimos en el Ateneo, manifestó en su discurso, que aquellas instituciones son de finalidades idénticas a éstas, en cuanto a sus labores culturales y sociales. En las academias impera lo clásico, mientras que en los ateneos se usa el estilo moderno, de cuyas labores se aprovecha más el pueblo.

Es lo que hace el Ateneo de El Salvador al llevar a cabo la Hora de Proyección de Cultura, en los estudios de la YSS, Alma Cuscatleca, con el apoyo de la Subsecretaría del Ramo, de cuyas sesiones se aprovechan todos los círculos sociales.

Y por extensión, en nuestro país, damos el nombre de academia al lugar destinado a adquirir enseñanza profesional científica, literaria o artística. Repetimos, democratizamos aquellas instituciones, ahora las aprovecha el pueblo, la juventud estudiosa, todo el que tiene ideal de superación.

Las academias producen grandes ventajas. Han excitado la emulación, han acostumbrado y acostumbra al trabajo y hace que los jóvenes, estudiantes, obreros, oficinistas, empleados, periodistas, se dediquen a lecturas útiles, a estudios de su profesión, es así cómo disminuye la ignorancia y las preocupaciones, y ellos contribuyen a dar un golpe mortal a la pedantería.

Gilberto Valencia Robleto.

San Salvador, diciembre de 1941.

(Hora de Proyección de Cultura por Radio)

Consejos a los Estudiantes

Acerca a la Manera de Aprender

Epoca oportuna ésta, en que los señores estudiantes están afanados en sus estudios para presentarse a examen en enero; otros alístanse victoriosos para ingresar al curso siguiente en el próximo período escolar. Para ellos y los padres de familia que desean el bien a sus hijos, rodeándoles en sus penalidades para alentarles, van estas sinceras palabras:

El que desea aprender debe vencer toda dificultad con energía, con ánimo, con amor. Y a estos aspirantes al perfeccionamiento de su espíritu, debemos apoyar con solidaridad, porque ellos miran la existencia con altura, a veces risueña, a veces con signos de nobleza.

Los propósitos se alcanzan, por difíciles que sean, con dosis suficientes de voluntad, ánimo y amor al trabajo.

Cuando se prepara un examen contando con buena suerte, o preparándose sólo durante algunos meses o las últimas semanas que preceden a la prueba, todo resulta quimérico, es decir, fabuloso, fingido, imaginario.

Y si saliesen victoriosos, se arrepentirán luego, porque de la mala preparación, de los estudios festinados, surgirá luego fatiga corporal y mental, cansancio peligroso, hasta el surmenage puede ser la consecuencia. Este es el momento, señores, en que se reflexiona amargamente no haber efectuado una preparación metódica, no haber aprovechado las horas de clase y de estudio, que es cuando se adquieren los conocimientos bien cimentados, leves pero metódicos, adquiriéndose el hábito de la constancia, el amor al estudio.

La asimilación de conocimientos, ya sea mediante la palabra de un

maestro o la lectura de un texto, se graban con más intensidad cuanto más aisladamente unas de otras se han adquirido, porque al no recargar el cerebro, éste habrá podido consagrar durante algún tiempo, toda su reserva orgánica y funcional y retiene lo que se le suministra. Cuando el estudiante posee buen caudal de conocimientos, valiéndonos de la asociación de ideas, se profundizan, crean relaciones y comparaciones, y de ahí que lo aprendido subsista imborrable, enriqueciéndose cada vez más con el estudio.

El estudiante disciplinado y aplicado en todas las sesiones de clases y estudios contestará con certeza en los exámenes, y aun con amplitud, por difícil que se le interrogue; pero también los examinadores deben ser inteligentes, deben ser maestros, para estimar y apreciar de manera particular las respuestas, a fin de cerciorarse no sólo del saber del sustentante, sino de lo que ha comprendido, y deducir, por sus trabajos, qué futuro le espera, a fin de calificarle a conciencia, a fin de no matarle las alas de su corazón; no debe, pues, aferrarse el examinador en el trabajo puramente material, lo que está a la letra, sino en el psicológico, en medir sus facultades intelectuales o artísticas.

En la actualidad sabemos de mu-

chos jóvenes que se preparan a exámenes, y que se dedican a una labor anormal, porque sólo réstanles pocas semanas para sus pruebas; a éstos les aconsejamos: Abreviar el trabajo hasta donde sea posible; no emplear libros de consulta extensos, ni tratados difusos; debe aprenderse en manuales, compendios, cuestionarios; en obras que den, sobre cada asunto, una idea, una noción que permita responder a la pregunta correspondiente en el examen, o al tema de programa.

Si las respuestas se hacen a tiempo, si el examinando sabe presentar lo que ha aprendido, podrá satisfacer al examinador y obtener una clasificación suficiente para pasar el curso.

En los días de trabajo excesivo, todo estudiante debe de conservar un equilibrio fisiológico entre el organismo y el cerebro, para poder resistir el desgaste.

Necesítanse alimentos abundantes, de fácil digestión y de volumen reducido para no recargar el estómago. No se cometa error al estudiar inmediatamente después de comer. Recordemos que la digestión se hace mal durante un trabajo cerebral continuado. Es menester de media hora o tres cuartos, según nos dicen algunos médicos, entre la comida y el comienzo del estudio.

Recúrrase a las bebidas tónicas o excitantes cuando se tenga cansancio intelectual. Recomendamos el café, el té, el mate, tomados en dosis moderada durante el estudio, y pronto el estudiante renovará las energías para continuar el trabajo comenzado. Pero estas bebidas dan mayor resultado en ayunas o algunas horas después del almuerzo.

Para trabajar con plenitud, el estudiante debe disfrutar de descanso suficiente. El sueño debe ser completo, durante la noche. El trabajo nocturno prolongado es más bien nocivo, porque perjudica los estudios del día siguiente.

Recordamos a los señores estudiantes, que para efectuar una recapitulación rápida y fructuosa, deben de leer bien los títulos de sus programas, los sumarios, los índices. En los últimos días que falten para el examen, puede ser excesivo el trabajo de la recapitulación; es entonces que debe exigirse al organismo toda la energía; de este último esfuerzo depende el éxito final.

La recapitulación tiene por objeto poner en actividad las células cerebrales, es decir, prepararlas para satisfacer las preguntas de los examinadores. Así se refresca la memoria; así se repasa, en detalle, los puntos dudosos o poco sabidos.

Amigos estudiantes, si llegases a fastidiaros y a sentir pesada la cabeza, leed articulando. También se combate la fatiga cerebral tomando un recreo al aire libre, pero donde se disfrute de calma, nada de ruido y preocupaciones ajenas al examen. El joven, en el momento decisivo, debe tener suficiente valor, no dudar de sí mismo, evitar las depresiones, y ya en el momento del examen, lograr una buena disposición de espíritu, creer en sus aptitudes que ha de reconcentrar todas, disciplinado siempre, pensando nada más que en el triunfo, en la victoria.

Gilberto Valencia Robleto.

San Salvador, diciembre de 1941.

Morazán, Precursor de América

Por Rafael Heliodoro Valle

Miembro Correspondiente del Ateneo

Cuando el hombre de la calle, el que piensa y sufre la angustia de nuestro tiempo, se detiene en la plaza central de Tegucigalpa, Honduras, a leer la inscripción que está en el pedestal de la estatua de Francisco Morazán, se siente fascinado ante el elogio en bronce: «Al que despreció la dictadura para fundar el gobierno de la Democracia». Y ese mismo hombre ha de releer con amargura estas palabras de Morazán en 1842: «No más contribuciones arbitrarias: no más prisiones sin causa: no más destierros y confinaciones sin motivo: no más trabajos forzados sin objeto: no más víctimas inocentes, sacrificadas a la venganza sin ninguna forma de juicio: no más arbitrariedad y tiranía!»

Centroamérica no es aún digna del héroe. La realidad política de los países por cuya unión batallara y muriera, es la misma que él fustigó con sus palabras y subrayó con su sangre. «He preguntado a Centroamérica, con la voz del cañón, qué hora es —dijo otro gran fracasado— y Centroamérica me ha dicho que es la media noche!» (1)

Francisco Morazán es figura imparable en la historia de las ideas políticas en Centroamérica. Una luz en esa media noche. Dentro de un año va a celebrarse el centenario de su muerte en Costa Rica. Después de él todo intento para reconstruir la unidad centroamericana se ha frustrado; y los intereses lugareños

en contubernio con los de los explotadores de afuera y las ambiciones de quienes gobiernan con la Constitución en la mano —pero sólo en la mano— hacen imposible que a Morazán se le honre y se le estime dignamente. No es caso aislado el suyo, porque también Bolívar y Martí vienen y van en los labios de aquellos que, con los hechos, más los niegan.

Morazán fué el paladín de la primera revolución liberal que hubo en América: en 1829 exclaustraba las órdenes religiosas, decretaba la libertad de imprenta, reformaba la codificación derogando muchas leyes españolas y creaba la Academia de Ciencias. Se anticipaba así a Gómez Fariás en su intento de reforma en México en 1833. Hasta 1842, en que fué al patíbulo, su vida fué perpetua batalla contra los partidarios del privilegio, los títulos nobiliarios y las clases que usufructuaban la riqueza pública durante el régimen español. Ahondando en el estudio de las ideas de Servando Teresa y Mier y de Joaquín Fernández de Lizardi, las de los intelectuales de la insurgencia argentina, las del peruano Toribio Rodríguez de Mendoza —el reformador del Convictorio Carolino—, las de Francisco de Miranda y las del ecuatoriano Vicente Rocafuerte, puede ser que el historiador del ideario político de América encuentre allí los primeros esquemas de una lucha que aun no llega al epílogo; pero es evidente que Mo-

(1) Máximo Jeréz.

razán fué el corifeo en quien la acción y el pensamiento renovadores se vincularon con profunda historicidad.

Criollo con educaci6n que le permiti6 asomarse a las Humanidades y leer a Montesquieu y a otros héroes de la conciencia humana; valeroso hasta sobrepasar a sus conciudadanos, capaz de hacerse temer y amar, jefe de hombres civiles más que de soldados, escritor que sabía dar énfasis a sus ideas, invicto en épica lucha de doce años, con hazañas que tuvieron categoría genial; ese fué Morazán, el hombre contra quien dieron guerra sin cuartel la aristocracia de Guatemala y los señores que preferían ser Jefes de Estado a llamarse ciudadanos de una república con territorio y población decorosos.

Hay que leer a sus mismos enemigos —por ejemplo a Marure y a Manuel Montúfar— y revisar, valorándola, su correspondencia política, sus proclamas y sus discursos, hasta aquella nota oficial al Gobierno de México ofreciéndole la ayuda de Centroamérica apenas se supo la invasión de Barradas. Y entonces, el lector que no ha sido corroído por la pasión, podrá perfilar certeramente la figura del héroe y percatarse de lo que significaban las fuerzas de resistencia que Morazán halló a su paso y que al fin le vencieron. Pero a pesar de que fracasó entonces, él sigue en pie en las almas, recogiendo victorias, porque tenía fe ciega en el progreso y renegaba de las iniquidades de su tiempo. Morazán continúa siendo ejemplo y esperanza.

Rápidamente desglosemos del ideario de Morazán lo que mejor expresa su mensaje:

«Nuestras leyes llaman al hombre ilustrado e industrioso, sin examinar su origen ni su religión; el centroamericano lo recibe con sus brazos abiertos, y el Gobierno lo protege».

«La instrucción pública que proporciona las luces, destruye los errores y prepara el triunfo de la razón y de la libertad. Nada omitiré para que se propague bajo los principios que la ley establezca. Por desgracia, hasta ahora mucha parte de la juventud se ve entregada en manos de la ignorancia y la superstición. Los funestos vicios del sistema colonial se transmiten entre nosotros, de padres a hijos, y el trastorno y las revoluciones que se han repetido en los Estados desde su independencia, son la escuela en donde aprende a conocer sus derechos esa desgraciada y preciosa porción de la República que es la destinada a consolidar el sistema que nos rige».

«La alianza de los pueblos americanos, aunque se ha frustrado hasta ahora, no está lejos el momento de ser puesta en práctica esta combinación admirable. Ella hará aparecer al Nuevo Mundo con todo el poder de que es susceptible por su ventajosa posición geográfica e inmensas riquezas, por la justicia de los gobiernos y por la identidad de sus sistemas: por su crecido número de habitantes y, sobre todo, por el común interés que los une» (16 septiembre 1830).

«...el pueblo inglés, ese gran pueblo que ha cifrado siempre su gloria y su riqueza en la libertad del comercio y en la independencia de las naciones».

El diplomático viajero norteamericano John L. Stephens le conoció

en Guatemala en momentos en que el analfabeto Rafael Carrera, al frente de sus tropas ponía sitio a dicha capital; y en su libro «Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan» (New York, 1841), relata su encuentro con el héroe:

«Tenía como 45 años, cinco pies diez pulgadas de alto, era delgado, con barba y bigotes negros y llevaba espada y casaca militar abotonada hasta la garganta. Estaba sin sombrero y la expresión de su cara era suave e inteligente. Aunque joven aún, por diez años había sido el primer hombre de su país y durante ocho Presidente de la República. Se había levantado y se había sostenido por su pericia militar y su valor personal; siempre dirigía sus tropas; había estado en numerosas batallas y a menudo había sido herido pero nunca derrotado. Un año antes, el pueblo de Guatemala, de ambos partidos, le había implorado que acudiese en su auxilio, como el único que podía salvarles de Carrera y de la destrucción. En aquel

momento había añadido otro ejemplo más a los innumerables de la volubilidad del favor popular».

Y terminaba Stephens así: «El gran clamor contra el general Morazán era por su hostilidad a la Iglesia y a los empréstitos forzosos. En cuanto a lo primero hay la justificación de que en la actualidad es ella un desaliento en el espíritu de las instituciones libres, que degradan y rebajan el carácter cristiano en lugar de elevarlo; y en cuanto a los empréstitos forzosos, se puede alegar que las guerras eran constantes. Aun sus peores enemigos están de acuerdo en que era ejemplar en su vida privada y lo que ellos consideran no pequeña alabanza, que no era sanguinario. Ahora está caído y en el destierro, probablemente para siempre, sentenciado a muerte si regresa; los aduladores y los adoradores del sol que nace, maldicen su nombre y su memoria; pero yo creo, y sé que atraeré sobre mí la indignación de todo el Partido Centralista por lo que digo, que ellos han arrojado de sus playas al mejor hombre de Centroamérica».

El Misterio del Sufrimiento

Por Federico J. Huegel

El Libro de Job es el esfuerzo supremo que en el Antiguo Testamento se hace por aclarar el gran misterio del sufrimiento. Que el libro sea historia, o que sea poesía, nada tiene que ver. Lo que importa es la luz de inspiración divina que arroja sobre el más intrincado problema que jamás haya conmovido

el corazón del hombre. («y mudó Jehová la aflicción de Job, orando él por sus amigos». Job XLII: 10).

Job recibe golpe tras golpe. Se le mueren sus hijos. Es un gran sheik, riquísimo, pero lo pierde todo, absolutamente todo. Los caldeos le roban cuanto tiene... Todo esto no

es nada. El golpe supremo se lo da Satán cuando le pega «una maligna sarna», la cual desde la planta del pie hasta la mollera, cual lepra horripilante, le consume. Ahora sí, Job desea morir y maldice el día en que nació. Como piltrafa sobre el muladar, el gran sheik gime, rascándose con una teja sus llagas pestilentes. Ahora los mozos cuyos padres él hubiera desdeñado ponerlos con los perros de su ganado, se rien de él. En verdad, nunca se había visto dolor cual su dolor. Con razón los amigos que vienen a Job a consolarle, cuando lo ven horrorizados guardan silencio por espacio de siete noches y siete días.

¡Pobre Job! Le resta un sufrimiento más grande aún. Sus amigos, de quienes con justicia pudo haber esperado bálsamo con que aligerar sus penas y pañuelo en que enjugar sus lágrimas, no le comprenden. Le arrojan reproche tras reproche. Creen que los sufrimientos obedecen a la ley del castigo. Creen que ha cometido un gran pecado. Eliphaz le dice: «Los que aran iniquidades y siembran injuria, la siegan». Es como sal en las llagas de Job. Le llevan al borde de la desesperación. No es que quieran atormentar más al agonizante; es que juzgan el caso de acuerdo con su teología; y su teología es muy limitada; no ven más allá de su rígido credo: a los justos Dios los bendice, y a los malvados los castiga; el sufrimiento de Job es castigo; Job es malo.

Pero Job era recto, temeroso de Dios y apartado del mal. El escritor sagrado le llama hombre perfecto. Consciente de su integridad el venerable sheik se defiende a capa y

espada. «Hasta morir», exclama frente a sus acusadores, «no quitaré de mí mi integridad. Mi justicia téngola asida, y no la cederé». Job no puede entender la misteriosa e inescrutable Providencia de Dios. El porqué de su sufrimiento le está enteramente oculto; pero sabe bien que no es por crimen alguno, ni por alguna maldad.

Si Job hubiera tenido la luz de que nosotros como cristianos gozamos, si hubiera vivido como nosotros al amparo de la Cruz de Cristo, le habría sido fácil resolver su problema. La última palabra con respecto al gran problema del sufrimiento se pronunció en el Calvario. Pero Job vive en las sombras de la antigua dispensación y no en las refulgencias de la nueva. Job no sabe que, su fidelidad y religiosidad aparte, hay en él un egoísmo refinado y un orgullo religioso; no sabe que la vanidad anida en su corazón; no se da cuenta de que es víctima de una lepra más pestilente aun que la que le devora el cuerpo; hace mucho alarde de SU justicia. Cómo se extiende y con cuánta elocuencia al hacer la historia de SUS caridades (Véase el capítulo XXIX), se nota que tuvo un concepto exageradísimo de su integridad. La prueba por la cual pasa pone de relieve su egolatría. La prueba sujetó el carácter del gran sheik a un análisis agudo y reveló el punto débil de su vida.

La verdad es que la vida de Job, a pesar de su religiosidad, está mal fundada; no se funda en Dios, se funda en su «yo». En todo el drama, en todo lo que Job sufre, Dios persigue un sublime y glorioso fin que el agonizante no se ima-

gina, ni jamás ha pasado por su mente.

¿Cuál es ese fin? Es que Job salga de sí mismo. Está engolfado en su dolor y no ve la gloria de Dios. Tiene que ser sacado de sí mismo. Tiene que dejar de girar sobre el eje de su «yo». Tiene que llegar a entender que su propia justicia no es más que un trapo de inmundicia. Sólo hay un paso entre Job y la salud y el gozo inefable y glorificado de la comunión con el Altísimo. Le parece que la felicidad jamás será suya otra vez. ¡Cuán equivocado está! Porque sólo necesita renunciar a su «yo» para ser feliz.

El Señor en su gran misericordia le da una visión de su gloria. Job se arrepiente en el polvo y en la ceniza. Se aborrece a sí mismo. «De oídos te había oído; mas ahora mis ojos te ven», exclama con asombro contemplando la gloria de Dios... Pero todavía no le muda su aflicción el

Señor. ¿Cuándo lo hará? ¿Cuándo acostumbra el joyero quitar el fuego del crisol? Cuando ya ve su rostro reflejado en el oro. El rostro de Cristo se refleja en Job, «orando él por sus amigos». Cuando ya no le importa SU justicia, sino la salvación de sus amigos; cuando sale completamente de sí mismo, pensando sólo en cómo sacar de su ceguera a aquellos que tanto lo habían atormentado, Dios mudo la aflicción de Job.

He aquí una lección profunda para la gente de nuestros días y de los días por venir. Dios no puede mudar nuestras aflicciones hasta que no salgamos de nosotros mismos. La razón es muy sencilla. ¿Qué pasa con el agua que se separa del mar quedando aparte en un charco a la orilla? Se descompone para crear peste y muerte. Así es mi vida si no se pierde en el mar de la vida nueva, la vida eterna del espíritu cuyo centro es Dios.

¿A qué Hora Murió Amado Nervo?

Por Carlos de Negri

El 24 de mayo de 1919 el señor don Fernando Cuén, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en Chile, recibía el siguiente telegrama:

«Con profundo dolor comunico a usted que hoy veinticuatro a las nueve y treinta y siete minutos de la mañana falleció en Montevideo nuestro queridísimo compañero y amigo el Ministro don Amado Nervo. Esta noche trasladóme Montevideo. Ya comuniqué fatal noticia a Relaciones pidiendo dñenseme instrucciones telegráficas. Muy atentamente».

Confirmaba este telegrama, remitido a Santiago de Chile, vía la «Central and South American Telegraph Company», el Encargado de Negocios ad-interin de México en Buenos Aires, licenciado don Leopoldo Blásquez.

De acuerdo con este telegrama, Amado Nervo, uno de los más grandes poetas de México, murió en Montevideo, Uruguay, a las 9.37 horas del día 24 de mayo de 1919, en un cuarto del Hotel Parque de esa ciudad suramericana.

Ese 24 de mayo era en Montevideo y en la mitad del mundo, sábado.

Ahora bien, tenemos en nuestro poder el manuscrito del telegrama que el Secretario de la Legación de México en Montevideo, don Enrique R. Freymann, puso al Ministro de nuestro país en Chile, don Fernando Cuén, a las 11.10 horas y fué recibido en Santiago a las 13.30. Dice así:

«Profundamente conmovido, me permito comunicarle hoy, sábado, a las diez y diez falleció señor Nervo».

Según este segundo telegrama, el autor de Serenidad, Plenitud, la Amada Inmóvil, El Arquero Divino y muchos volúmenes más de exquisita poesía, murió a las 10.10 horas del 24 de mayo.

No se trata, desde luego, de un error de transcripción, dado que las horas señaladas en ambos telegramas son de una absoluta precisión. ¿Entonces...?

Para explicar a nuestro modo esa diferencia de horas, nos permitimos hacer un análisis psicológico, basado principalmente en el manuscrito del segundo telegrama, o sea el que firma don Enrique Freymann, Secretario de Legación en Montevideo, persona que por el cargo mismo que ocupaba estuvo más cerca que ningún otro del ilustre poeta ese fatal 24 de mayo.

Observando el manuscrito vemos, en primer término, una inconsistencia en la caligrafía que nos hace sospechar el estado de nervios, de emoción o de desequilibrio en que debió encontrarse don Enrique Freymann a las 10.10 horas de aquel día.

Textualmente ese original de telegrama dice: «Profundamente conmovido comunicarle hoy sábado a las diez y diez falleció señor Nervo. Respetuosamente».

Se olvidó el señor Freymann de poner un «me permito» antes de comunicarle. Además noten ustedes que las únicas palabras que el Secretario de Legación escribió con mayúsculas fueron «profundamente» y «señor», mientras que el apellido del poeta está escrito con minúscula. Lo mismo sucede en la línea que llena el espacio de la dirección. En esta línea «Ministro» está escrito con mayúscula, en

cambio, Cuén, con minúscula, lo mismo que las palabras «Legación» y «Montevideo».

Es indudable que Enrique Freymann, que hoy día es propietario de una importante casa impresora de libros científicos en París (calle de Racine), se encontraba el 24 de mayo de 1919 en un estado de exaltación nerviosa agudo. En ese estado de ánimo llega a las oficinas del Telégrafo del Estado y escribe el telegrama a las 11.10 horas, como consta en el manuscrito. Nervioso, impresionado en lo más profundo de su ser, calcula subconscientemente la hora exacta de la muerte de Amado Nervo y escribe las «diez y diez»; una hora antes, exactamente.

Se nos puede decir que cómo sabemos que esa manera de escribir no era particularidad del señor Freymann, también hombre de letras y bohemio... Es que tenemos el manuscrito de un telegrama que al día siguiente envió el señor en cuestión al mismo Ministro de México en Chile, Fernando Cuén, quien al enterarse de la muerte de Nervo había ordenado, telegráficamente, «colocar en mi nombre una corona en su lecho mortuario».

Este tercer telegrama es claro, conciso, bien redactado. Comparen ustedes mismos:

«Orden depositar corona cumplida. Cadáver embalsamado. Será repatriado cuenta gobierno Uruguay. Correo escríbole. Respetuosamente».

Este telegrama está fechado, como decimos, el 25 de mayo. Han pasado veinticuatro horas desde la muerte de Amado Nervo, y Enrique Freymann, su último secretario, está más sereno.

Es posible que Freymann se comunicara más tarde, telefónicamente, con nuestra embajada en Buenos Aires, o que el Encargado de Negocios de ella, el licenciado Blásquez, ansioso de conocer los detalles, pidiera el número del Hotel Parque, en Montevideo. Así se explicaría que Freymann rectificara por teléfono la hora de la muerte de Amado Nervo, y que el licenciado Blásquez telegrafió a Santiago de Chile: las 9.37.

Concluye en la página 95

INFORMACIONES

Durante el año de 1941 el ATENELO DE EL SALVADOR continuó desarrollando su labor, de acuerdo con el plan trazado en 1940, al reorganizarse esta institución.

Es cierto que en 1941, tal como se deseaba, no pudo ensancharse más el radio de acción, haciéndose lo que de acuerdo con recursos disponibles se podía, siendo, sí, visible esta labor en la que se puso buena voluntad, amor y empeño por parte de Miembros del ATENELO.

Conferencias

De carácter completamente cultural fueron sustentadas conferencias por elementos de la Institución, distinguiéndose los Miembros Activos siguientes: don Alfonso Mejía Robledo, doctores Lisandro Villalobos, Aristides Palacios, Vicente Vega y Aguilar (Pbro.), señores profesor Manuel Luis Escamilla y don Agenor Argüello.

Desde luego, la Secretaría ha puesto lo que le corresponde como órgano encargado de ver la forma adecuada para el desarrollo de tales actividades.

Hora de Proyección de Cultura por Medio de la Radiodifusión

Este es otro aspecto de las labores de la Institución, dando así oportunidad para divulgar por medio de la radiodifusión, desde los estudios de la YSS, ALMA CUSCATELECA, todo aquello que pueda ser provechoso para el público.

Cada quince días, de las diecinueve y media horas en adelante, un Miembro Activo, o Correspondiente,

ha tenido a su cargo la trasmisión, cooperando en ella el empleado colaborador del Ateneo.

Frente a la radio han desfilar los siguientes Miembros: don Miguel Román Peña (Pbro.), profesor Manuel Luis Escamilla, doña María de Baratta, doña Victoria Durán de Arango, doctor Lisandro Villalobos, profesor José Lino Molina, don Manuel Álvarez Magaña, profesores Gilberto Valencia Robledo y Esteban Ibarra.

Cada uno de ellos llevó los componentes necesarios para hacer más variada, amena e interesante dicha hora, habiendo estado la parte musical a cargo de la orquesta del profesor Francisco López Navarro, orquesta cedida por la gerencia de dichos estudios y por disposición del Ministerio de Gobernación.

Actos Patrocinados por la Institución

Siendo como es el ATENELO DE EL SALVADOR una entidad que se relaciona con toda clase de actividades elevadas, científicas literarias, artísticas, etc., y estando atenta al movimiento actual de la civilización y de la cultura, de su deber es buscar cómo dar cabida a aquellos elementos destacados en cualesquiera ramas del saber humano que hayan venido a El Salvador. Así, el primero de mayo patrocinó la conferencia del eminente economista ecuatoriano, doctor Eduardo Salazar Gómez, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario del Gobierno del Ecuador ante los de Centro América e igualmente Miembro del Comité Interamericano de Econo-

mía, éste con asiento en Washington.

Esa noche del primero de mayo, en un acto solemne en el Paraninfo de la Universidad Nacional, presidido por el señor Subsecretario de Instrucción Pública, el distinguido conferenciante desarrolló el tema: AMERICA LATINA ANTE LAS SORPRESAS POLITICAS Y ECONOMICAS DE LA GUERRA ACTUAL, tema éste que mantuvo en expectación al público por la maestría con que fuera desarrollado.

Asimismo, patrocinó el solemne acto público del 5 de noviembre, día del aniversario del Primer Grito de Independencia, dado en El Salvador el 5 de noviembre de 1811. En este acto se dieron los premios a los vencedores en el Concurso patriótico que mantuvo la revista Colombia y que sostuvo don Alfonso Mejía Robledo, Encargado de Negocios de Colombia y Miembro Activo del Ateneo de El Salvador.

Este acto fue presidido por el señor Subsecretario de Instrucción Pública y estuvo brillante.

Movimiento de la Biblioteca

La Secretaría ha tenido que hacerse cargo de las funciones inherentes a las actividades de biblioteca. Así, ha distribuido canjes llegados del exterior a instituciones del país, a fin de que el pensamiento escrito se mantenga activo y puedan utilizarse aquellas publicaciones. En esta labor, se han recibido libros que han sido debidamente catalogados, numerados e inventariados, tal como están los volúmenes de la Biblioteca que llegan a 389 volúmenes de gran

valor, figurando obras de clásicos, hasta de autores modernos.

Libros Remitidos al Exterior

Como manifestación positiva de las labores del ATENEO DE EL SALVADOR, Miembros de esta institución que han publicado obras, han remitido por medio de la Secretaría a instituciones fuera de la República, con el objeto de hacer extensivo el conocimiento de lo que se produce en el país.

Fueron enviadas las siguientes obras:

EL SENTIDO DE VIVIR —75 ejemplares— por el Profesor José Andrés Orantes.

INDICE DE POETAS DE EL SALVADOR EN UN SIGLO (1840-1940) —40 ejemplares— por Juan Felipe Toruño.

VASO ESPIRITUAL —21 ejemplares— libro de poemas de Juan Felipe Toruño.

ARITMETICA VIVA —20 ejemplares— libro de didáctica por el Profesor Baudilio Fuentes.

EN LA PENUMBRA DE LOS CLASICOS — ensayo crítico —15 ejemplares— por el señor Julio César Escobar.

NUESTRO PALUDISMO —200 ejemplares—, estudio sobre características de dicha enfermedad, por el doctor Arístides Palacios.

Revista "Ateneo", órgano de la Institución

Se distribuye cada cuatro meses, y en ella está, principalmente, la labor, el pensamiento, la iniciativa de los Miembros de la Institución. Circulan alrededor de 400 ejempla-

res en el exterior, instituciones y Miembros correspondientes, así como a eminentes personas que la solicitan. En el país circulan 200 ejemplares.

Esta revista está siendo constantemente solicitada, de tal modo que llega a ser —como lo expusiera el doctor Manuel Castro Ramírez— la más alta tribuna del pensamiento salvadoreño en el momento actual.

Correspondencia

En el año de 1941, hasta el 19 de noviembre, se han remitido 680 piezas, habiéndose recibido 377.

Apoyo de Instrucción Pública

Con eficiencia ha apoyado Ins-

Presidente.....	doctor Lisandro Villalobos
Vice-Presidente.....	doctor Nazario Soriano
Primer Vocal.....	profesor Manuel Luis Escamilla
Segundo Vocal.....	doña María de Baratta
Tercer Vocal.....	don Julio César Escobar
Tesorero.....	profesor Baudilio Fuentes
Sindico.....	doctor Aristides Palacios
Secretario.....	don Juan Felipe Toruño
Pro-Secretario.....	profesor Francisco Osegueda
Bibliotecario.....	don Manuel Alvarez Magaña

De esta manera funcionó el ATENELO DE EL SALVADOR, teniendo entremanos actualmente, propósitos de ensanchar más las actividades a fin de dar el mayor rendimiento posible en beneficio de la cultura.

Electa la Junta para 1942, del Ateneo de El Salvador

El 26 de noviembre, conforme lo

Presidente	Doctor Aristides Palacios
Vice-Presidente	Profesor José Andrés Orantes
Primer Vocal	Don Alfonso Mejía Robledo

trucción Pública las actividades del ATENELO DE EL SALVADOR; ya facilitando medios para conseguir el mejor de los éxitos en el desarrollo de trabajos, bien contribuyendo a mantener la vitalidad de la Institución atendiéndola en urgencias que nunca faltan.

El Estado —por medio de Instrucción Pública— da una Subvención de Cien Colones mensuales que en este año fue manejada y distribuida con eficiencia por el tesorero profesor Baudilio Fuentes.

Directiva

Los Miembros componentes de la Directiva para el año de 1941, son:

disponen los Estatutos, hubo sesión general del ATENELO DE EL SALVADOR, en la que se trataron asuntos de vital importancia para la institución.

En esa fecha se eligió la Junta Directiva que deberá funcionar en el año social 1942.

Los siguientes Miembros Activos fueron electos, y la Junta Directiva quedó integrada así:

Segundo Vocal ...	Profesor Manuel Luis Escamilla
Tercer Vocal... ..	Doña Victoria Durán de Arango
Tesorero... ..	Profesor Baudilio Fuentes
Síndico	Doctor Nazario Soriano.
Secretario	Doctor Lisandro Villalobos
Pro-Secretario ...	Profesor Francisco Osegueda
Bibliotecario... ..	Don Juan Felipe Toruño

La anterior Junta Directiva tomará posesión el primero de enero de 1942.

Nuevos Miembros del Ateneo

Los Miembros Activos, Dr. Victorino Ayala y don Alfonso Espino, en gracia a sus merecimientos intelectuales y labores desarrolladas en el ATENEO DE EL SALVADOR, fueron electos Miembros Honorarios, obteniendo de esta manera la jerarquía que da tal disposición.

El Dr. Ayala desempeñó en 1927 el cargo de Presidente de la Institución, habiendo laborado con eficacia.

Don Alfonso Espino es uno de los miembros más antiguos del Ateneo, habiéndose distinguido siempre por su afanoso empeño por llevar a cabo obra enaltecida, tanto dentro como fuera de la Institución.

El doctor Juan Marín, eminente y múltiple hombre de capacidades mentales, fué aceptado Miembro Correspondiente.

El doctor Marín reside actualmente en Shanghai, en donde desempeña cargo diplomático de su gobierno. El es chileno. Se distingue en todas las actividades que desarrolla: psiquiatra, marino, aviador, deportista literato de renombre, habiendo obtenido varios premios por sus producciones, PARALELO 53 SUR, PUERTO NEGRO y otras. Tradadista, ensayista, sociólogo, en fin...

Bienvenido al ATENEO DE EL SALVADOR el doctor Marín.

Juan Felipe Toruño.

S. S. 19/11/41.

¿A QUE HORA MURIO.

Viene de la página 92

Bueno: ¿y qué más da la hora exacta, si lo importante es la muerte?, dirán ustedes. Tal vez tengan razón; pero pueden reconocer que, por vez primera, se publican aquí los textos exactos de aquellos mensajes en que se anunciaba la muerte de Amado Nervo.

SUPLEMENTO

También por vez primera le damos a los lectores el texto exacto del mensaje que preparó el ánimo de América para conocer la noticia de la muerte del poeta.

Se trata del que enviara el mismo licenciado Blásquez, encargado de Ne-

gocios en Buenos Aires, al Ministro de México en Chile, señor Fernando Cuén, el 21 de mayo de 1919, tres días antes de fallecer Nervo. Dice así:

«Tengo la pena de comunicarle que nuestro querido amigo, el señor Ministro Nervo, se halla gravemente enfermo en el Parque Hotel de Montevideo. Seguiré informándole.

A lo que el Ministro Cuen repuso:

«Con profunda pena he impuéstome por su mensaje hoy, gravedad nuestro querido amigo y compañero Nervo en Montevideo. Ruégole infórmeme constantemente de su estado, autorizándolo manifestar, en mi nombre, a médicos lo atienden, no omitan esfuerzos ni gastos para salvarlo».

No se omitieron....

CUADRO DEMOSTRATIVO

Del Movimiento de Caja del "Ateneo de El Salvador", Desde
Enero Hasta Octubre de 1941

EXPLICACIONES: El cuadro de INGRESOS consta de tres columnas, numeradas, 1 - Cuotas de Socios Activos, 2 - Subvención, 3 - Venta de Revistas y Contribuciones. El cuadro de EGRESOS comprende seis columnas, 1 - Costo de la Revista «Ateneo», 2 - Sueldo de Oficinista, 3 - Gastos de Secretaría, 4 - Servicio de Luz Eléctrica, 5 - Gastos Varios, 6 - Servicio de Cobros.

INGRESOS

1941	1	2	3	Totales
Enero.....	¢ 18.00	¢ —	¢	¢ 18.00
Febrero.....	46.00	200.00		246.00
Marzo.....	28.00	100.00		128.00
Abril.....	54.00	100.00		154.00
Mayo.....	44.00	100.00	28.00	172.00
Junio.....	60.00	200.00		260.00
Julio.....	90.00	100.00		190.00
Agosto.....	20.00	—		20.00
Septiembre.....	40.00	200.00		240.00
Octubre.....	50.00	100.00		150.00
	¢ 450.00	¢ 1100.00	¢ 28.00	¢ 1578.00

EGRESOS

	1	2	3	4	5	6	Totales
Enero.....	¢ 5.00	¢ 40.00	¢ 5.00	¢	¢ 16.50	¢ 2.20	¢ 68.50
Febrero.....	186.75	40.00	5.00	4.00	1.25	10.00	247.00
Marzo.....	3.00	40.00	5.00	8.00	35.60	3.40	95.00
Abril.....	—	40.00	5.00	4.00	53.65	6.40	109.05
Mayo.....	186.00	40.00	5.00	4.00	0.15	5.40	240.55
Junio.....	92.50	40.00	5.00	4.00	11.15	8.00	160.65
Julio.....	2.50	40.00	5.00	4.00	0.15	11.00	62.65
Agosto.....	188.00	40.00	7.00	4.00	0.15	3.00	242.15
Septiembre.....	—	40.00	5.00	4.00	3.15	5.00	57.15
Octubre.....	106.25	40.00	5.00	3.00	8.00	6.00	168.25
	¢ 770.00	¢ 400.00	¢ 52.00	¢ 39.00	¢ 129.75	¢ 60.20	¢ 1450.95

BALANCE

INGRESOS	EGRESOS
Saldo 1940..... ¢ 84.26	1..... ¢ 770.00
1..... 450.00	2..... 400.00
2..... 1100.00	3..... 52.00
3..... 28.00	4..... 39.00
Una contribución..... 1.00	5..... 129.75
	6..... 60.20
	Saldo 13 de octubre.... 212.31
<u>¢ 1663.26</u>	<u>¢ 1663.26</u>

El saldo de ¢ 212.31 corresponde exactamente al del último movimiento de Caja informado a la Presidencia, Secretaría y Sr. Síndico, con fecha 5 de noviembre de 1941. La documentación respectiva, autorizada por las firmas del Presidente y del Secretario está ordenada conforme a la clasificación de este Cuadro.

Baudilio Fuentes,
Tesorero.

San Salvador, 26 de noviembre de 1941,